

CONTRA LOS PENSAMIENTOS MALIGNOS

ANTIRRHETIKOS

EVAGRIO PONTICO

ÍNDICE

Inicio
Créditos

Introducción

- Estructura e intención de la obra
- El método de la confutación de los pensamientos
- Oración y lucha a partir de la Escritura
- Ocasión de la obra
- El Antirrhethikos y sus relaciones con el Praktikos

Comentario espiritual al prólogo

- Hombres, ángeles y demonios en la lucha por el conocimiento de Dios
- El camino de Cristo en la lucha contra las tentaciones
- La aplicación del método
- El rol de las palabras de la Escritura
- Fe y observancia de los mandamientos
- Oración y fe en la ascesis cristiana
- Oración pura y contemplación de la luz de la Santa Trinidad
- Las fuentes de la antírrhesis: David y la tradición de los Santos Padres
- La ascesis monástica como lucha contra los pensamientos
- Conclusión: El significado de la antírrhesis en la vida espiritual

Antirrhethikos Discurso de Evagrio Póntico sobre los ocho pensamientos

- Prólogo
- Discurso I Contra los pensamientos de gula
- Discurso II Contra los pensamientos de la fornicación
- Discurso III Contra la avaricia
- Discurso IV Sobre los pensamientos del demonio de la tristeza
- Discurso V Contra el demonio de la ira
- Discurso VI Contra los pensamientos del demonio de la acedia
- Discurso VII Contra los pensamientos del demonio de la vanagloria
- Discurso VIII Contra los detestables pensamientos de la soberbia

Abreviaturas y siglas

Índice bíblico
Índice de nombres

Evagrio Póntico
Contra los pensamientos malignos
Antirrhethikos

Introducción de Gabriel Bunge
Traducción del siríaco al italiano y notas a cargo de Valerio Lazzeri
Traducción al castellano bajo la dirección de Julio Egrejas

Recuperado de:
Evagrio Póntico
Contra los pensamientos malignos.
Antirrhethikos
Primera edición para Amazon Kindle,
2015
Vida y Espiritualidad
Lima 2015

El presente libro es traducción de la obra Contro i pensieri malvagi. Antirrhethikos, publicada por Edizioni Qiqajon, Comunità di Bose, Magnano (BI) 2005.

Formato, orden e índice analítico: P. Juan Puigbó. Inicio de la Santa Cuaresma, 2021.

Introducción¹

El *Antirrhetikos* es una de las obras más importantes² del monje pónico Evagrio (c. 345–399)³ y, con toda evidencia, una de las más interesantes para el mundo monástico. No obstante, no se ha conservado ni siquiera un fragmento del original griego⁴. La obra es mencionada por eruditos como los historiadores Sócrates⁵ y Genadio⁶; por consiguiente, era aún conocida en el Oriente griego hacia la mitad del siglo V y en el Occidente latino hacia fines del mismo siglo. Con todo, la pérdida del original griego no se debe tanto a la falta de interés del monacato de lengua griega, sino más bien a las consecuencias de una de las desafortunadas rupturas de la tradición, frecuentes en la antigüedad. La favorable acogida que recibió el *Antirrhetikos* en los ambientes monásticos ha sido de hecho testimoniada por las traducciones siria y armenia. Fragmentos en lengua sogdiana atestiguan, además, que este escrito llegó incluso hasta el lejano oasis de Turfán⁷.

Estructura e intención de la obra

La estructura de la obra, como se puede intuir, es sencilla. Luego de un largo prólogo siguen ocho «libros» o *lógoi*, dedicados a cada uno de los ocho «pensamientos», que aparecen siguiendo un orden ya utilizado por Evagrio en otro lugar⁸. Cada *lógos* contiene, en forma de breves citas de ambos Testamentos, de 43 a 76 «respuestas»⁹ a las «sugestiones» tentadoras de los demonios, todas delineadas de manera más o menos detallada. La nota conclusiva siria indica un total de 497 «sugestiones» y «réplicas»; en realidad, debido a una equivocada fusión de dos textos, son 498.

Respecto a la intención del escrito, es necesario hacer una observación previa. El lector moderno estará más inclinado a poner su atención sobre todo en las «sugestiones», interesándose normalmente más en la «psicología» evagriana que en la comprensión de la

¹ La presente introducción retoma, con pequeñas modificaciones, el artículo de G. Bunge, *Evagrio Pontikos: der Prolog des "Antirrhetikos"*, en «*Studia Monastica*» 39 (1997), pp. 77–105

² A pesar de ello, el *Antirrhetikos* ha sido dejado de lado incluso por la investigación científica sobre Evagrio. No hay prácticamente ningún estudio sobre esta obra, aunque todos la utilicen como cantera. Se pueden encontrar sólo indicaciones muy generales en O. Zöckler, *Evagrius Pontikus. Seine Stellung in der altkirchlichen Literatur- und Dogmengeschichte*, Munich 1893, pp. 23–24, y en R. Augst, *Lebensverwirklichung und christlicher Glaube. Acedia – Religiöse Gleichgültigkeit als Problem der Spiritualität des Evagrius Ponticus*, Frankfurt am Main 1990, pp. 32–33. Aparte de eso, sólo conocemos el artículo de M. O’Laughlin, *The Bible, the Demons and the Desert: Evaluating the "Antirrheticus" of Evagrius Ponticus*, en «*Studia Monastica*» 34 (1992), pp. 201–215.

³ Sobre la persona de Evagrio, ver *Evagrius Pontikos, Briefe aus der Wüste*, a cargo de G. Bunge, Tréveris 1968, p. 17.

⁴ No se puede excluir del todo que en algún momento aparezcan fragmentos en algún florilegio.

⁵ Ver Sócrates, *Historia eclesiástica*, IV,23: PG 67, 516B.

⁶ Ver Genadio, *Escritores eclesiásticos*, XI: PL 58, 1066–1067.

⁷ Ver E. Benvéniste, *Études sur quelques texts sogdiens chrétiens*, en «*Journal Asiatique*» 243/3 (1955), pp. 297–337, aquí pp. 298–303; 247/1 (1959), pp. 115–136; O. Hansen, *Berliner sogdische Texte, II: Bruchstücke der grossen Sammelhandschrift C2*, Akademie der Wissenschaften und der Literatur, Abhandlungen der Geistes- und Sozialwissenschaftlichen Klasse, Mainz 1954, n. 15, pp. 825–841.

⁸ Ver *Pract.*, 6.

⁹ El concepto de «réplica» (*antirrhesis*) se encuentra también en la Biblia en *Ecle* 8,1. En sus *Scholia* sobre este libro, Evagrio no comenta este versículo; sin embargo, lo cita en el prólogo del *Antirrhetikos*.

Escritura por parte del antiguo monacato. Estas más o menos largas descripciones de las manifestaciones de algunas tentaciones particulares nos permiten una mirada bastante diferenciada, no solamente de los mecanismos del comportamiento psicológico, sino también de las circunstancias concretas de la vida del monacato de Escitia y de sus problemas específicos.

Pero sin duda Evagrio veía las cosas de un modo un poco diferente. Para él se trataba de preparar un «arsenal» que estuviera al alcance de la mano del monje, en vistas a la búsqueda veloz del arma conveniente¹⁰. Ahora bien, para escoger el instrumento de lucha era primero necesario identificar al agresor. Por este importante motivo hacía falta, antes de la palabra de la Escritura, una descripción de las diversas manifestaciones de los «pensamientos» tentadores.

El método de la confutación de los pensamientos

En el prólogo del *Antirrhetikos*, que por sí solo constituye un pequeño tratado, Evagrio explica el sentido y la finalidad de un «método» que consiste en destruir rápidamente el hilo de la «sugestión» tentadora a través de la repetición de los textos de la Escritura recogidos aquí para ese fin. Evagrio dice expresamente que él no es el inventor de este método, sino que solamente reproduce, como casi siempre, la sabiduría de los Padres. Se atribuye a sí mismo tan sólo la elección y la recolección sistemática de los textos de la Escritura más apropiados. Como lo demuestra la explícita referencia a diversos Padres en el curso de los ocho *lógoi*¹¹, se trata, en efecto, de una praxis en general difundida, fundada en el mismo principio de la así llamada «oración monológica»¹².

Aún así, este método de la «confutación» de los pensamientos, característico del monacato de Escitia, no obtuvo un consenso general. Entre los textos de Evagrio que nos hacen tomar conciencia de ello se encuentra el siguiente «capítulo», que no carece de cierta ironía: «Incluso replicando a estos pensamientos malignos, los Padres de Escitia poseían una gran sencillez y temor de Dios. Pero para la mayoría de nosotros no es éste un método confiable, porque no se confunde al maligno por medio de una palabra. En efecto, pasando el día entero en un vano parloteo, quedamos fuera de la conversación con Dios por el hecho mismo de entretenernos con el enemigo»¹³.

Con fina intuición, este texto se refiere también a los límites del método, que no deben de haber escapado a la consideración del mismo Evagrio. Él sabía muy bien que, cuando se pierde de vista el objetivo, un medio —como por ejemplo el de las tan preciosas lágrimas— puede fácilmente convertirse en su contrario¹⁴. El monje, por tanto, está llamado a no perder de vista el objetivo específico de la «confutación», a saber, quedar libre para el «coloquio con Dios»¹⁵. El prólogo del *Antirrhetikos* muestra claramente con qué espíritu desea Evagrio que se ejercite la *antírrhesis*, por él recomendada en otros lugares¹⁶.

¹⁰ Ver Ant., Pról., 4. 2

¹¹ Ver más abajo, p. 204.

¹² Ver G. Bunge, *Das Geistgebet. Studien zum Traktat "De oratione" des Evagrius Pontikos*, Colonia 1987, pp. 29–43. También se puede encontrar allí una más amplia bibliografía sobre la así llamada oración del corazón.

¹³ J. Muyldermans, *À travers la tradition manuscrite d'Évagre le Pontique*, Lovaina 1932 (*Bibliothèque du Muséon* 3), p. 89.

¹⁴ Ver Or., 7–8.

¹⁵ Or., 3.

¹⁶ Ver Ep., 4,1; 11,2; 25,2. 2

Oración y lucha a partir de la Escritura

En el centro de la espiritualidad evagriana, de su «mística» en el sentido más estricto, está la oración «verdadera» o «espiritual», «en espíritu y verdad»¹⁷. Ella es «coloquio con Dios sin mediación alguna»¹⁸, encuentro inmediato y personal con Dios Trino y Uno. Tal encuentro es posible sólo cuando el intelecto es «puro», es decir libre de pensamientos y representaciones (noémata)¹⁹ pasionales o de cualquier otro tipo. Ahora bien, un medio excelente para arrojar a los pensamientos impuros que manchan el intelecto es la lectura de la Sagrada Escritura, como lo subraya Evagrio de varias maneras²⁰. A esta lectura de la Escritura, los monjes en condiciones de leer dedican, hoy como entonces, un tiempo determinado del día, pero ella se torna fructífera sólo gracias a la «meditación» (meléte), esto es la repetición contemplativa de determinadas palabras de la Escritura, aprendidas de memoria precisamente con este objetivo²¹. De este modo, el intelecto disperso queda ligado, por así decirlo, al único «pensamiento de Dios» y es preparado para lo que Evagrio llama «oración»: un «estado» (katástasis) en el cual el intelecto se «ve» a sí mismo y luego, en este «espejo», a Dios²².

Si los pensamientos tentadores se muestran particularmente obstinados, el monje recurre a «breves e intensas oraciones»²³ que él —como se entiende por el contexto²⁴— extrae principalmente del tesoro de los textos de la Escrituras que ha memorizado²⁵. De esta raíz han brotado tanto el método de la «confutación» como la incesante oración del corazón. Este uso específicamente monacal de la Escritura presupone que se comprenda su sentido espiritual o «místico»²⁶, es decir que no se encierre la palabra inspirada —como frecuentemente lo hace la comprensión histórica— en la irrepetible situación temporal de su formulación, sino que, por el contrario, se la abra en el Espíritu Santo a su siempre actual plenitud y cumplimiento en Cristo. En una ulterior etapa, este «sentido místico» es llevado al plano personal, siendo así interiorizado. De este modo, el que reza entra personalmente en la plenitud de la historia de la salvación.

Ocasión de la obra

El *Antirrhetikos* es, como la mayoría de los escritos evagrianos, un escrito de ocasión o, más aún, a pedido²⁷. Por una feliz circunstancia ha permanecido accesible a nosotros, en una

¹⁷ Ver G. Bunge, *Das Geistgebet*, ob. cit., pp. 88–109.

¹⁸ Or

¹⁹ Ver Or, 56

²⁰ Ver Ep., 4,3; 6,4; 25,6.

²¹ Ver G. Bunge, *Das Geistgebet*, ob. cit., pp. 29–43.

²² Ver allí mismo, pp. 62–73.

²³ Or., 98. Afirmaciones similares son muy frecuentes en los escritos evagrianos.

²⁴ Ver Or., 97.

²⁵ Ver G. Bunge, *Vasi d'argilla. La prassi della preghiera personale secondo la tradizione dei Santi Padri*, Bose 1996.

²⁶ Ver G. Bunge, *Der mystische Sinn der Schrift. Anlässlich der Veröffentlichung der Scholien zum Ecclesiasten des Evagrius Pontikos*, en «*Studia Monastica*» 36 (1994), pp. 135–146. 2

²⁷ Análogamente sucede con el *De oratione* (ver Pról.); con la trilogía *Capita practica ad Anatolium*, *Gnostikos* y *Kephalaia Gnostica* (ver Pról. [Epistula ad Anatolium]); y con el *Sententiae ad virginem* (ver Ep. 20 [véase G. Bunge, *Briefe*, ob. cit., pp. 179–180]). También *Sententiae ad monachos* podría ser un escrito a pedido. Desafortunadamente, la tradición de los escritos evagrianos se encuentra en condiciones tan deplorables que de otras obras, como por ejemplo *De diversis malignis cogitationibus* o los *Scholia*, no se han conservado los escritos anexos que deben de haber existido originalmente.

traducción árabe, la carta de un cierto abad Lucio a Evagrio, a la que siguió un escrito de respuesta que se encuentra entre las cartas de Evagrio. Dado que esta correspondencia permite comprender un aspecto importante de los sucesos que han llevado a la composición del Antirrhetikos, la reproducimos aquí:

«Tú, oh padre, habitas en el desierto como en el seno materno desde hace muchos años, luchando contra los enemigos invisibles, oh venerable padre Evagrio, revestido de las fatigas [de la ascesis] útiles al alma, y te has convertido en un tan experimentado luchador contra los espíritus de la maldad que no sólo ya no te dejas asustar a la vista de los demonios, sino que incluso llamas a ti a otros para que se vuelvan también luchadores contra los espíritus impuros y los pensamientos contaminados. Por ello ruego a tu paternidad que me enseñes de qué modo debo combatir a los que pertenecen a las tinieblas, y ruego insistentemente a tu santidad que compongas un tratado claro, que me explique toda la malicia de los demonios, que por propia iniciativa se cruzan en el camino del monacato, y que tengas a bien enviarme este [tratado] para que sin fatiga también nosotros repelamos lejos sus pérfidos ataques. Sé que tú escuchas al que te pide a propósito de asuntos espirituales; por ello te he confiado este [pedido]. ¡Que estés bien en el Señor!»²⁸.

La situación aquí descrita corresponde perfectamente con la que nos describe el biógrafo de Evagrio, su fiel discípulo Paladio²⁹. Evagrio alcanzó un amplio grado de notoriedad en los casi dieciséis años que vivió en el desierto³⁰. De todas partes venían a escuchar sus enseñanzas y le pedían sus escritos, como lo muestra esta carta. El renombre le atrajo también, desafortunadamente, la envidia de algunos hermanos. En esto no estuvo solo: también Macario el Grande y Juan Kolobos³¹ fueron blanco de un cierto Eucarpio³².

Nuestra carta presupone que Evagrio habitaba en el desierto desde hacía ya muchos años y que había reunido en torno a sí un grupo de discípulos, cuya existencia conocemos también a través de Paladio³³. Así pues, el Antirrhetikos podría haber sido compuesto en los años 90 del siglo IV.

Con respecto al contenido del tratado solicitado por Lucio, se puede constatar lo siguiente. Lucio pide a Evagrio que exponga con precisión dos cosas: por una parte, «toda la malicia de los demonios»; por otra, una descripción de cómo se puede «repeler sin fatiga sus pérfidos ataques». Como se verá, ello corresponde al contenido del Antirrhetikos.

A este pedido, Evagrio responde con la siguiente carta:

«Hemos visto la carta de tu santidad, en la que muestras tu gran amor por nosotros y nos ordenas hacerte llegar algo de nuestras fatigas que yo, conociendo tu prudencia, espontáneamente no habría querido enviarte. Sin embargo, ya que me ha sido ordenado, he

²⁸ Ver I. Hausherr, Elogios–Loukios, en «Orientalia Christiana Periodica» 6 (1940), pp. 216–220, reimpreso en Études de spiritualité orientale, Roma 1969 (Orientalia Christiana Analecta 183), pp. 99–104, aquí p. 101.

²⁹ Para lo que sigue, ver HL, 38 y Vita, E y F.

³⁰ Ver también HM, 27 (Rufino di Concordia, pp. 171–173), donde Rufino, otro de los amigos de confianza de Evagrio, alaba su excepcional don de discernimiento de los «pensamientos», admirado también por el abad Lucio.

³¹ Sobre Juan Kolobos o Juan Nano, véase la nota biográfica y los apotegmas atribuidos a él en Vita e detti dei Padri del deserto, a cargo de L. Mortari, Roma 1997, pp. 229–245.

³² Ver HL syr., 73,3–4.

³³ Ver HL, 35,5 (Butler, p. 102): synodía/hetaireía Euagriou.

obedecido prontamente y te he mandado el tratado del Antirrhethikos, para que lo leas, lo corrijas y completes lo que le falte, en caso no hayamos descrito con precisión uno u otro de los pensamientos contaminados o no hayamos encontrado la apropiada confutación que se le opone. En efecto, te confieso que hasta ahora no termino de comprender de manera adecuada los pensamientos demoníacos, ya que a menudo sufro duros ataques por parte de ellos y, después de que te fuiste de aquí, he soportado indecibles sufrimientos a causa de ellos. Sin embargo, agradezco a nuestro Señor por las cosas que he oído de ti, como había esperado»³⁴.

También este escrito de respuesta es informativo. Evagrio es, evidentemente, desde hace un tiempo, un activo escritor, y como tal también se le conoce. Fueron justamente sus escritos —y naturalmente la doctrina contenida en ellos— los que despertaron la envidia del monje Eucarpio³⁵. El texto que le envía a Lucio no parece haber sido compuesto del todo ad hoc, como por ejemplo parece ser el caso de las Sentencias para una virgen³⁶. La composición de una obra tan vasta exigía necesariamente un cierto lapso de tiempo. Parece más bien que Evagrio habría considerado el Antirrhethikos, que como vemos recibió el título de su mismo autor, como la obra más adecuada para responder al pedido de Lucio. Este último, por lo demás, debe de haber visitado a Evagrio en el desierto y, asimismo, haber formado temporalmente parte de su «sinodia»³⁷.

El Antirrhethikos y sus relaciones con el Praktikos

El Antirrhethikos, según lo vemos hoy —sin una edición crítica que tome en cuenta toda la tradición manuscrita— consiste en un prólogo y ocho libros. Sin embargo, en Ant., Pról., 8, Evagrio parece presuponer que «al inicio de este libro monástico» había originariamente no sólo un repertorio de los ocho «pensamientos» de los demonios, sino también una descripción, quizás bastante pormenorizada, «de toda la lucha de la vida monástica». Se esperaría algo así. Sin embargo, después del prólogo sigue inmediatamente el primer lógos. También el abad Lucio había pedido una precisa descripción de «toda la malicia de los demonios». Es verdad que en cierto sentido se responde a esta solicitud, pero, sea como fuere, se podría esperar una presentación más general de los ocho «pensamientos» y de sus mecanismos, como sucede, por ejemplo, en el Praktikos.

Debemos, sin embargo, rechazar la idea de que el Praktikos mismo, que tiene también el título de El monje, haya podido ser parte, originalmente, del Antirrhethikos. El Praktikos, con sus cien «capítulos», está claramente destinado a formar una trilogía junto al Gnostikos y a los Kephalaia Gnostika³⁸. Una mirada a la estructura indica, no obstante, que el Praktikos ha sido compuesto en un segundo momento, a partir de unidades diferentes. Se podría pensar entonces, con todo derecho, que algunas de estas unidades pudieron haber tenido previamente vida autónoma.

³⁴ Ep., 4, 1.

³⁵ Ver HL syr., 73,4; igualmente HL, 26 (Herón se lanza contra la doctrina de Evagrio).

³⁶ Ver Ep., 19,2, que se refiere precisamente a este escrito. También desde el punto de vista del contenido, Sententiae ad virginem está totalmente destinado a una mujer de noble cuna, probablemente la monja Severa.

³⁷ No es nada fácil determinar quién fue este abad Lucio. Quizás se trate del homónimo abad del monasterio de Ennaton en Alejandría (así en I. Hausherr, Eulogios–Loukios, ob. cit., p. 101). En todo caso, el Antirrhethikos tiene en mente tanto a monjes anacoretas como cenobitas.

³⁸ Ver Pract., Pról., 9; véase también A. Guillaumont, en Évagre le Pontique, Traité pratique, pp. 113–125.

Los capítulos 6–33 del Praktikos contienen una detallada presentación de los «ocho pensamientos genéricos», enumerados en Pract., 6 y analizados en Pract., 7–14, a los que siguen los remedios correspondientes en Pract., 15–33. ¿Quizá los capítulos 6–14 constituían antiguamente una especie de introducción a los ocho lógoi del Antirrhetikos? Se podría suponer que los copistas, al ver que estos capítulos volvían a aparecer en el Praktikos, los dejaron de lado. Hay que tener en cuenta que en la antigüedad se trataba la obra de un autor de un modo mucho más libre de lo que hoy parecería aceptable, y ello sin hacer la menor advertencia³⁹. Por lo demás, no podemos determinar si esta intervención habría que atribuirla propiamente a los copistas griegos o tan sólo a sus colegas sirios, que recogieron de manera sistemática las obras de Evagrio y las reunieron en grandes colecciones manuscritas. Sobre esto no podemos ir más allá de las simples suposiciones.

³⁹ Ver la indicación del mismo Evagrio a los copistas de su escrito, traducida en Evagrios Pontikos, Praktikos oder Der Mönch, a cargo de G. Bunge, Colonia 1989, p. 67. 2

COMENTARIO ESPIRITUAL AL PRÓLOGO

Llegados a este punto, podemos considerar trazado el cuadro esencial en el que se ubica el Antirrhethikos. Antes de dejar al lector con el texto mismo de Evagrio, queremos invitarlo a profundizar en el contenido del prólogo, en sintonía con la intención propia del autor, a través de un comentario a la manera de una relectura monástica. Quien lee un escrito evagriano no puede ignorar, en efecto, que su lectura sólo estará completa cuando llegue a colocar «el pie en las huellas de los Santos Padres»⁴⁰; en otras palabras, cuando llegue a asimilar y hacer fecundo para su propia vida espiritual el «método» del que se habla. Ésa es la finalidad del escrito de Evagrio. Nos disponemos así al análisis, párrafo a párrafo, de este pequeño tratado puesto como fundamento doctrinal y espiritual de toda la obra.

Hombres, ángeles y demonios en la lucha por el conocimiento de Dios

De la naturaleza racional que existe «bajo el cielo» (Ecle 1,13), una parte combate, otra parte acude en ayuda del que combate, y otra parte lucha contra el que combate, desatando y levantando contra él una fuerte batalla. Los que combaten son los hombres; los que lo ayudan, los ángeles de Dios; y los que se le oponen, los demonios malignos. Pero si [en los hombres] disminuye o desaparece el «conocimiento de Dios» (Prov 17,2), [no es] por la gran fortaleza de los enemigos ni por la negligencia de los ayudantes, sino por la laxitud de los que combaten⁴¹.

Es insólito, para una sensibilidad moderna, reunir ángeles, hombres y demonios en una única «naturaleza racional» (phýsis logiké); nos es familiar, en cambio, la idea de que los demonios son ángeles caídos, y por ello de la misma «naturaleza» que los ángeles. Para Evagrio, ángel, hombre y demonio son tan sólo expresiones del «estado» (katástasis) correspondiente —bueno o malo— en que se encuentra la «naturaleza racional»⁴². Esta «diferenciación» (diaíresis) es de naturaleza secundaria⁴³ y está destinada, a través de la acción salvífica de Cristo, a ser superada. Con todo, en este eón es inmutable⁴⁴.

De estas tres clases principales, el hombre es el único ser que, gracias a su «cuerpo práctico»⁴⁵, está en condiciones de mejorar o empeorar su «estado». No sólo puede transformarse en «ángel», sino también en «demonio»⁴⁶. Esto significa, en conformidad con la limitación arriba anunciada, que en esta vida gracias a su gran pureza puede hacerse «semejante a los ángeles»⁴⁷ e incluso llegar a alcanzar un «estado casi angélico»⁴⁸. Si, por el contrario, se deja dominar por las pasiones, en particular por la ira, se hace «semejante a la serpiente» y se transforma en un «demonio»⁴⁹.

En efecto, se le ha conferido el órganon de su cuerpo humano para que ejercite las virtudes con este «instrumento»⁵⁰. Sin embargo, su «libre voluntad» (proaíresis), su «poder sobre sí

⁴⁰ Pract., Pról., 9.

⁴¹ Ant., Pról., 1.

⁴² Ver In Eccl., 6,10–12 (Géhin 52).

⁴³ Ver In Prov., 17,2 (Géhin 153).

⁴⁴ Ver In Prov., 1,32 (Géhin 16).

⁴⁵ Ver KG, IV,82.

⁴⁶ Ver KG, V,11 y III,76.

⁴⁷ Or., 113.

⁴⁸ In Ps., 118,171; ver 57,5β.

⁴⁹ Ep., 56,4.6.

⁵⁰ Ep., 57,4.

mismo» (autexoúision), conlleva también la posibilidad opuesta de elegir el mal y hacerse esclavo del vicio⁵¹.

Por tanto, la existencia terrena del hombre está determinada por la lucha y por la decisión⁵². En esto, vienen en su ayuda los ángeles⁵³ y, en particular, el ángel de la guarda personal⁵⁴, mientras que los demonios, siendo sus «opositores» (antikeímenoi), intentan de todo para hacerlo caer⁵⁵. Esta lucha se despliega en buena parte en el interior del hombre al nivel de los «pensamientos». Mientras los ángeles le sugieren pensamientos buenos, los demonios le proponen pensamientos malignos⁵⁶. El hombre está plenamente en condiciones de elegir entre unos y otros gracias a los pensamientos que brotan de las «semillas» de la virtud, sembradas en la «tierra» de la naturaleza humana en el momento de la creación, y por ello indelebles⁵⁷. Tales movimientos de conciencia, como los llamaríamos, se encuentran hasta en los peores pecadores, ¡incluso si éstos estuvieran en los infiernos⁵⁸!

De este modo, nada le falta al hombre para hacer el bien y oponerse al mal. En caso llegue a ceder en esta lucha realmente impar, la culpa será sólo suya⁵⁹. Como demuestra Evagrio con muchos ejemplos en el libro octavo del Antirrhetikos, negar esta responsabilidad personal es una de las más peligrosas tentaciones: la soberbia. Ésta, bajo la forma de la blasfemia, rechaza la propia responsabilidad humana, incluso en el caso de la fornicación⁶⁰, como también la asistencia de los ángeles⁶¹, es decir la providencia de Dios⁶². Por este camino se llega también, lógicamente, a la negación de la justicia de Dios en la retribución del bien y del mal⁶³.

La conclusión de este primer párrafo menciona el núcleo alrededor del cual gira la reflexión de Evagrio: el conocimiento de Dios, es decir, en primer lugar, el conocimiento indirecto de Dios a través de la contemplación de lo creado (physiké), en el que Dios se revela por medio de sus obras⁶⁴; luego, el conocimiento de Dios mismo (theologiké) en el encuentro inmediato con las tres Personas divinas⁶⁵. Ya que este conocimiento inmediato de Dios aquí en la tierra se realiza en la oración «en espíritu y verdad», Evagrio puede también decir que toda la lucha entre nosotros y los demonios gira únicamente en torno a la «oración verdadera»⁶⁶.

Así se repite, en el plano de la vida de cada día, lo que sucedió en el «inicio» sin tiempo, meta-histórico. A causa de su negligencia (améleia), los espíritus creados fueron privados⁶⁷ de su

⁵¹ Ver In Eccl., 6,10–12 (Géhin 52).

⁵² Ver Pract., 48.73.83.

⁵³ Ver Or., 81; KG, VI,35.86.

⁵⁴ Ver In Prov., 19,4 (Géhin 189).

⁵⁵ Ver Pract., 45; véase también 84; In Ps., 16,11ε, etc.; Or., 10.47ss; KG, I,25; III,41.

⁵⁶ Ver Ep., 18,1–2 (véase Sk., 18; Mal. cog. r.l., 31); Pract., 24.

⁵⁷ Ver KG, I,40; Ep., 43,2.3.

⁵⁸ Ver Ep., 43,3 (KG, I,40); In Prov., 5,14 (Géhin 62).

⁵⁹ Ver Pract., 6; Ep., 25,2.

⁶⁰ Ver Ant., II,4–5.

⁶¹ Ver Ant., VIII,3.7.

⁶² Ver Mal. cog., 5.

⁶³ Ver Ant., VIII,16; ver In Eccl., 6,10–12 (Géhin 52).

⁶⁴ Ver Ep. fidei, 12,41–42; In Ps., 17,12z.

⁶⁵ Ver Pract., Pról., 8; ver Ep., 58,2; KG, III,41.

⁶⁶ Or., 50; ver 51.

⁶⁷ Ver KG, I,49.

unión inicial con Dios y, con ello, también del conocimiento de Dios que les pertenecía en los orígenes⁶⁸.

Por tanto, ¡lo que aquí está en juego no es otra cosa que el propio destino del hombre!

El camino de Cristo en la lucha contra las tentaciones

Nuestro Señor Jesucristo nos ha procurado todo [lo necesario] para nuestra redención y nos ha concedido «pisar sobre serpientes y escorpiones, y sobre toda fuerza del enemigo» (Lc 10,19). Además, aparte de toda su enseñanza, nos ha donado lo que Él mismo hizo cuando fue tentado por Satanás (ver Mt 4,1–11; Lc 4,1–13), [de modo que], en tiempo de batalla, cuando los demonios combatan contra nosotros y nos lancen sus «dardos» (Ef 6,16), les demos una respuesta tomada de las Escrituras, y así no permanezcan en nosotros los pensamientos impuros, no hagan esclava al alma con un pecado que se realiza en las obras, no la manchen ni la sumerjan en la muerte del pecado. «El que peque, morirá» (Ez 18,4). Cuando no hay en la mente un pensamiento sólido, capaz de responder al mal con una palabra, el pecado se comete fácil y rápidamente⁶⁹.

El cristianismo no es una religión de auto-salvación. Aquel que crea y conserva es también Aquel que salva y lleva a cumplimiento. Hasta ahora se ha minusvalorado el rol de Cristo en el pensamiento de Evagrio, porque su cristología posee en parte algunos aspectos decididamente insólitos. El prólogo del Antirrhethikos nos da algunas indicaciones más al respecto. En la lucha contra los demonios, el hombre no está confiado únicamente a la ayuda de los ángeles. Estas manifestaciones de la providencia de Dios son precedidas por la acción salvífica de Cristo, quien no sólo ha vencido personalmente a Satanás, sino que también nos ha concedido el poder de «pisar sobre serpientes y escorpiones»⁷⁰. De la misma manera, es Él quien concede a los combatientes la liberación final de las pasiones (apátheia)⁷¹. Sólo la blasfema soberbia se atreve a negarlo⁷².

A la gracia de Cristo se une su doctrina. En el primer capítulo del Praktikos, donde en amplios pasajes se habla ya de la relación con los «pensamientos», podemos leer:

*«El cristianismo es la doctrina de Cristo, nuestro Salvador, que consiste en la praktiké, la physiké y la theologiké».*⁷³

De estas tres, es sobre todo la praktiké la que tiene que ver con el ejercicio de los mandamientos divinos⁷⁴ y con todo lo que se les opone. Se trata en particular de los demonios, de los pensamientos tentadores que ellos nos sugieren y, finalmente, de las pasiones (páthe). Son los demonios quienes las generan cuando cedemos a ellos, y éstas enferman el alma⁷⁵.

⁶⁸ Ver KG, II,3. 17

⁶⁹ Ant., Pról., 2.

⁷⁰ Ver Ep., 28,2.

⁷¹ Ver Pract., 33; Ep., 11,1.

⁷² Ver Ant., VIII,3.13.

⁷³ Pract., 1; ver Ep. fidei, 4,20–21; In Prov., 1,1 (Géhin 2) y, además, G. Bunge, *Praktike, Physike und Theologike als Stufen der Erkenntnis bei Evagrius Pontikos*, en *Ab Oriente et Occidente. Festschrift W. Nyssen, St. Ottilien 1996*, pp. 59–72.

⁷⁴ Ver Pract., 81.

⁷⁵ Ver KG, I,41; II,8; III,46; Pract., 56.

Finalmente, Evagrio menciona también el modelo de Cristo mismo. Para él, «cristianismo» es esencialmente también «imitación de Cristo»⁷⁶. Cristo se ha opuesto en el desierto a los tres principales pensamientos de la gula, de la avaricia y de la vanagloria, no solamente para vencer a Satanás, sino también para dejarnos un ejemplo a imitar⁷⁷.

De manera muy fina, Evagrio observa que Cristo no «discutió» con el tentador, sino que sencillamente opuso una palabra de Dios a una palabra del diablo. No es posible escapar de otra manera a los pecados en las obras. Evagrio suele distinguir entre los pensamientos tentadores, que no son culpables⁷⁸, los pecados de pensamiento⁷⁹, de los cuales difícilmente se puede escapar⁸⁰, y los verdaderos y propios pecados en las obras⁸¹, que son realizados únicamente con nuestro consentimiento⁸². Sólo estos pecados en las obras traen consigo la «muerte» espiritual del alma⁸³, de la que solamente puede liberarla el «morir la muerte de Cristo» y la «resurrección» que le sigue⁸⁴.

Para cerrar la puerta a estos pecados en acto, el hombre debe recurrir al medio de la antirrhesis⁸⁵. Ésta consiste en alejarse de la lógica del tentador para dirigirse a la palabra pura de Dios, y es un medio extraordinariamente eficaz para apagar «los dardos encendidos del enemigo»⁸⁶, impidiendo que los pensamientos tentadores «permanezcan en nosotros». En efecto, cuando estos pensamientos llegan a enraizarse en nosotros, el paso a un pecado en las obras depende, a menudo, tan sólo de las circunstancias.

La aplicación del método

Esto nos lo muestra sabiamente el Eclesiastés, cuando dice: «No proviene prontamente una sentencia opositiva de parte de quienes cometen el mal» (Ecle 8,11). También Salomón dice en sus Proverbios: «No respondas al insensato siguiendo su insensatez, para que no te hagas semejante a él; responde al insensato siguiendo tu sabiduría, para que no se crea sabio» (Prov 26,4–5). El que obra insensatamente y se enoja con su hermano responde al insensato siguiendo su insensatez, y se hace semejante a los demonios, cuya ira es «aliento de áspides incurable» (Dt 32,33). En cambio, el que es paciente y dice: «Desiste de la ira y abandona el enojo» (Sal 36[37],8), responde al insensato de manera opuesta a su insensatez, confuta al demonio en su insensatez y le demuestra que ha tramado algo en contra de la Escritura⁸⁷.

Se trata aquí de la aplicación concreta del método ilustrada a través del testimonio de la Sagrada Escritura. La confutación de los pensamientos es necesaria, nos dice la Escritura, pero ¿cómo debe desarrollarse? ¡En ningún momento puede uno dejarse envolver en el juego del demonio! Como decía el texto citado en la introducción, no siempre se tiene una respuesta lista para oponerse a ellos. Es necesario, más bien, taparles la boca. Lo ilustra Evagrio con un

⁷⁶ Mal. cog., 14; ver G. Bunge, Briefe, ob. cit., pp. 126–139.

⁷⁷ Ver Mal. cog., I; véase también Ep., 39,3.

⁷⁸ Ver Pract., 6; Ep., 18,5.

⁷⁹ Ver Ep., 25,2.

⁸⁰ Ver In Ps., 129,3β.

⁸¹ Ver In Ps., 71,14η; 118,61κε, etc.; Ep., 30,1; In Prov., 6,4 (Géhin 70).

⁸² Ver Pract., 6.75

⁸³ Ver In Ps., 88,49κγ.

⁸⁴ Ver Mal. cog., 18; In Ps., 142,2β; véase también 39,19α.

⁸⁵ Ver Ep., 25,2.

⁸⁶ Ep., 27,4. 2

⁸⁷ Ant., Pról., 3.

ejemplo concreto frente a una tentación de ira. La tarea natural de la potencia irracional de la irascibilidad (thymikón) es la «de combatir a los demonios»⁸⁸. Ello es bien sabido por estos opositores a toda verdad. Por ello hacen de todo para alejar a esta potencia del alma de su fin natural; en otras palabras, nos empujan continuamente a orientar esta potencia irracional de modo antinatural contra nuestros hermanos⁸⁹. Ello, sin embargo, está severamente prohibido, porque no existe en absoluto una cólera justa contra alguien creado a imagen de Dios⁹⁰.

Quien de esta manera consiente a la «insensatez» del demonio (pròs tèn ekeinou aphrosýnen) y cede a la tentación de cólera contra un hermano, se vuelve él mismo un demonio⁹¹, el cual es esencialmente cólera⁹². Por eso la ira y el fastidio, que «ciegan»⁹³ el intelecto y lo privan del conocimiento contemplativo, son los peores enemigos de la vida espiritual, como Evagrio no se cansa de repetir. El «nazireo» consagrado a Dios, es decir el monje, debe abstenerse absolutamente de este obnubilante «vino de los dragones»⁹⁴.

Quien por el contrario responde al tentador de manera opuesta a la insensatez por él mostrada (katà tèn aphrosynen autoù) y acalla con paciencia, con una palabra apropiada de la Escritura, los pensamientos de ira y enojo por él suscitados, gracias a esta confutación hace que el demonio regrese a su propia «necedad» y huye de los pecados en el pensamiento y en las obras.

Si estas instigaciones antinaturales de la irascibilidad constituyen el peor obstáculo para la oración «pura»⁹⁵, queda claro que el método de la antírresis, aplicado correctamente, desempeña un papel importante en esta lucha. Más precisamente, ello ayuda al thymikón a luchar conforme a su naturaleza contra los demonios y, lleno de humildad, por la virtud⁹⁶, a mantener el alma en el equilibrio interior de su «salud» natural⁹⁷.

El rol de las palabras de la Escritura

Por ello, dado que en la hora de la lucha no hallamos rápidamente en la Escritura las palabras idóneas para confutar a nuestros enemigos, los pérfidos demonios, pues éstas se encuentran desperdigadas y es difícil localizarlas, hemos compilado diligentemente las palabras de las Santas Escrituras para que nos armemos de ellas y procedamos con valor contra los «filisteos» (Éx 13,17), de pie en la batalla como valientes y vigorosos soldados de Jesucristo, nuestro victorioso rey⁹⁸.

La vida espiritual es para Evagrio esencialmente una personal interiorización de la historia de la salvación. Por ello aplica tipológicamente al itinerario interior del monje la historia de la salvación del Antiguo Testamento, que la Iglesia ya había leído tipológicamente con relación a

⁸⁸ Pract., 24.

⁸⁹ Ver Pract., 93.

⁹⁰ Ver Pract., 24.

⁹¹ Ver Ep., 56,4.5.

⁹² Ver KG, I,68; In Ps., 73,190.

⁹³ KG, III,90; IV,47.

⁹⁴ KG, V,44; In Prov., 20,1 (Géhin 206); Mal. cog., 5.

⁹⁵ Ver Pract., 63.

⁹⁶ Ver KG, IV,73.

⁹⁷ Pract., 86; ver 24. 2

⁹⁸ Ant., Pról., 4.

su cumplimiento en la Nueva Alianza. Egipto es símbolo del mal⁹⁹ o de este mundo¹⁰⁰; el faraón, el típos de Satanás¹⁰¹; la salida de Egipto, símbolo del abandono de la maldad y de la ignorancia¹⁰²; el tiempo del desierto, símbolo de la praktiké¹⁰³; la entrada en la tierra prometida, finalmente, el ingreso en la virtud y en el conocimiento¹⁰⁴.

Pero la tierra prometida debe ser primero conquistada, porque los extranjeros «filisteos», esto es, los demonios, la tienen ocupada¹⁰⁵, o en todo caso buscan ocuparla continuamente, cada vez que «Israel» se aleja de Dios y se debilita¹⁰⁶. Pero el monje no está solo en esta incesante batalla. Sigue, más bien, cual valeroso combatiente, al verdadero «Josué»¹⁰⁷, su «rey» victorioso, Jesucristo¹⁰⁸.

Como lo subraya explícitamente, Evagrio persigue con el Antirrhetikos un objetivo netamente práctico. Ha preparado, digamos así, un arsenal, en el que el monje, en caso de un ataque enemigo, encuentra siempre y sin fatiga el arma adecuada. Lo que no menciona es el hecho de que con ello también ha realizado un servicio a quienes —y deben de haber sido la mayoría— en sus pobres celdas del desierto no podían disponer de una edición completa del Antiguo y del Nuevo Testamento. La mayor parte de los monjes, siempre y cuando estuviesen en condiciones de leer y escribir, poseían tan sólo un salterio, el libro más utilizado del Antiguo Testamento, y, en todo caso, el Nuevo Testamento, completo o en partes.

Como hemos dicho al comienzo, el lector moderno se interesa sobre todo por las caracterizaciones de los diversos «pensamientos» que Evagrio ubica antes de cada recopilación de citas escriturísticas. Sin embargo, si bien estas caracterizaciones ocupan la mitad del texto, él se limita a una alusión al final del párrafo precedente.

Fe y observancia de los mandamientos

Queridos, sabemos que cuanto más resistimos y respondemos a los demonios, tanto más se exasperan contra nosotros. Lo aprendemos de Job, que dice: «Cuando comienzo a hablar, me golpean» (Job 4,4). Y nuevamente de David, que dice: «Yo les hablaba de paz, y ellos guerreaban contra mí sin causa» (Sal 119[120],7). Pero no dejemos que nos perturben, opongámonos tenazmente a ellos con la fuerza de nuestro Redentor, pues si «creemos en Cristo» (Jn 14,1) y «guardamos sus mandatos» (Jn 15,10), cruzaremos el Jordán y llegaremos a la «ciudad de las palmas» (Dt 3,4)¹⁰⁹.

⁹⁹ Ver In Ps., 135,6.

¹⁰⁰ Ver In Ps., 104,23. 2

¹⁰¹ Ver lug. cit.

¹⁰² Ver In Prov., 1,20–21 (Géhin 12); KG, VI,64.

¹⁰³ Ver KG, VI,49; In Ps., 135,6y.

¹⁰⁴ Ver In Ps., 135,6y; para el conjunto, ver G. Bunge, *La paternità spirituale nel pensiero di Evagrio*, Bose 1991, pp. 107–111.

¹⁰⁵ Ver KG, V,30.38.

¹⁰⁶ Ver KG, V,36.

¹⁰⁷ Ver KG, VI,47. Recuérdese que la forma del nombre en griego es idéntica a la de Jesús (Iesoûs).

¹⁰⁸ Ver In Ps., 126,1β; In Prov., 20,2 (Géhin 207); 22,11 (Géhin 241). 5

¹⁰⁹ Ant., Pról., 5. La «ciudad de las palmas» es Jericó, como se puede leer en Dt 34,3.

Sabemos por experiencia que los demonios nos atacan tanto más violentamente cuanto más decididamente los resistimos¹¹⁰. Por lo demás, Evagrio ha comentado de modo detallado el versículo del Salmo 119[120] arriba citado:

«Los demonios que nos hacen la guerra se vuelven más perversos cuando alguien les responde al nivel de los pensamientos. Pero esto es lo que Cristo nos enseñó a hacer cuando Él mismo fue tentado. Es con espíritu de ayuno que se debe refutar los pensamientos¹¹¹. Los enemigos no quieren que ayunemos durante la batalla, para que no tengamos suficientes reservas de pensamientos contra los que ellos lanzan contra nosotros. Mientras no les oponemos nada de nuestra parte, mientras sus pensamientos permanecen en nosotros, alienan el alma. Por ello se dice de manera excelente en los Proverbios: “Sal de ahí, no te quedes en ese lugar ni dejes que tu ojo se fije en ella” (Prov 9,18)¹¹², es decir, como sabemos, en el poder contrario o en la maldad, que la sabiduría representa con la figura corpórea de una mujer»¹¹³.

Por ello, en la lucha espiritual contra los opositores son necesarias la fe en Cristo y la observancia de sus mandamientos¹¹⁴. La vida espiritual no es otra cosa que un gradual despliegue del acto inicial de fe, que encuentra su realización en el conocimiento¹¹⁵.

En este contexto, retomando la tipología del Éxodo¹¹⁶, Evagrio habla de la travesía del Jordán, que el «nuevo Israel» realiza siguiendo al verdadero Josué, Jesucristo. El Jordán marca el límite entre el desierto de la praktiké¹¹⁷ y la tierra prometida de la theoretiké, del conocimiento¹¹⁸. Este río es como el símbolo de la ausencia de pasiones o del amor que de ella brota: representa la meta específica de la praktiké¹¹⁹. Sin embargo, no queda del todo claro el significado simbólico que Evagrio atribuye aquí a la «ciudad de las palmas» (Dt 34,3), es decir Jericó. Para Orígenes es la ciudad que representa simbólicamente este mundo destinado a pasar¹²⁰. Pero Evagrio la interpreta en un sentido evidentemente positivo, con una insistencia particular sobre la expresión «ciudad de las palmas», antes que sobre Jericó. Vale la pena notar que Evagrio se expresa de manera muy parecida al final de una discusión sobre la necesidad de examinar con precisión el motivo por el cual hemos sido liberados de improviso de los pensamientos impuros: hace falta discernir si hemos atravesado el Jordán y estamos cerca de la ciudad de las palmas, o si seguimos en el desierto y nos acosan los extranjeros¹²¹.

¹¹⁰ Ver Ant., IV,3; Pract., 59.

¹¹¹ En efecto, Cristo fue tentado después de haber ayunado durante cuarenta días y cuarenta noches (ver Mt 4,2).

¹¹² Ver In Prov., 9,18a (Géhin 115); Ep., 55,2.

¹¹³ In Ps., 119,7δ.

¹¹⁴ Ver Ep., 14; 20,2.

¹¹⁵ Ver Pract., Pról., 8.

¹¹⁶ Ver KG, VI,47.

¹¹⁷ Ver KG, VI,49.

¹¹⁸ Ver In Prov., 17,2 (Géhin 153).

¹¹⁹ Ver Pract., 84.

¹²⁰ Ver Orígenes, Omelie su Giosuè, VI,4, a cargo de M.I. Danieli y R. Scognamiglio, Roma 1993, pp. 112–115

¹²¹ Ver Mal. cog., 22.

Quizá la «ciudad de las palmas» deba ser entendida como la ciudad de los «justos» —se dice que el «justo florece como la palma» (Sal 91[92], 13)¹²²—, teniendo presente que la justicia es la virtud reguladora¹²³ sin la cual no hay conocimiento.

Oración y fe en la ascesis cristiana

En esta batalla necesitamos la «armadura» (Ef 6,11.13) espiritual de la recta fe y la doctrina, esto es, ayuno perfecto, obras virtuosas, humildad, una quietud difícilmente o en modo alguno turbada, y «oración incesante» (1Tes 5,17). Me asombraría que hubiese alguien capaz de sostener el combate espiritual y ser coronado con la «corona de la justicia» (2Tim 4,7.8) saciándose de pan y de agua, avivando fácilmente su ira, despreciando y descuidando la oración, o departiendo¹²⁴ con los herejes. Dice San Pablo: «El que lucha se abstiene de todo» (1Cor 9,25), «muestra una constante mansedumbre con todos los hombres» (Tit 3,2), y «en todo lugar eleva piadosas sus manos, sin ira ni disputa» (1Tim 2,8)¹²⁵.

A la vida espiritual pertenecen la «recta fe», esto es la ortodoxia, como también una «doctrina» espiritual, en este caso sobre todo la praktiké. Esto es lo que encontramos expresado por Evagrio en dos pasajes de su comentario sobre los Salmos:

«La praktiké es la doctrina espiritual que purifica la parte pasional del alma»¹²⁶.

«La voz del Señor “apaga los dardos encendidos del enemigo” (Ef 6,16). Esta [voz] es la doctrina espiritual, que llama a la recta conducta (politeía) a todos los que creen en Cristo»¹²⁷.

Es justamente esta «doctrina espiritual de nuestro Salvador Jesucristo»¹²⁸ la que realiza¹²⁹ la «mortificación de los miembros terrenales» (Col 3,5). Esta doctrina le es participada al monje por Dios «justo»¹³⁰, ya sea a través de los padres espirituales¹³¹, o directamente, a través de los santos ángeles¹³². Además de a las obras ascéticas mencionadas en el texto, esta doctrina se refiere también al comportamiento frente a los pensamientos malignos:

«Feliz el que coge y estrella tus párvulos contra la peña: todo el que deshace los pensamientos malignos conforme a las enseñanzas de Cristo, estrella a los niños de Babilonia contra la roca»¹³³.

Contra esa roca, obviamente, que es Cristo mismo¹³⁴, o, como también dice Evagrio, «la fe en Cristo»¹³⁵.

¹²² Ver In Ps., 91,13; Mon., 107.

¹²³ Ver Pract., 89. 2

¹²⁴ Lit.: «comiendo sal».

¹²⁵ Ant., Pról., 6.

¹²⁶ In Ps., 2,12δ; ver Pract., 78.

¹²⁷ In Ps., 28,7ε.

¹²⁸ In Ps., 74,4α.

¹²⁹ Ver In Ps., 80,3.

¹³⁰ Ver In Ps., 91,14.

¹³¹ Ver G. Bunge, La paternità spirituale, ob. cit., pp. 46–50.

¹³² Ver In Ps., 96,4γ.

¹³³ In Ps., 136,9.

Ahora bien, esto no se realiza tan sólo con las obras exteriores de la ascesis. Sin el amor, éstas no serían más que «cenizas apagadas»¹³⁶. La ascesis «somete sólo el cuerpo, mientras que la benevolencia», esto es la concreta manifestación del amor, la «madre del conocimiento»¹³⁷, «torna contemplativo el intelecto»¹³⁸, lo transforma en alguien que no sólo habla de Dios, sino que también «ve» la verdadera luz¹³⁹. Así pues, no es una casualidad que Evagrio mencione también la humildad, que es otra forma del amor. En pocas palabras, a las obras exteriores de la ascesis que doman las pasiones del cuerpo — en particular el ayuno, que ya el mismo Señor tentado en el desierto nos enseña a practicar— acompañan también las obras interiores, sin las cuales no pueden ser curadas las pasiones del alma¹⁴⁰.

Como parte de la «doctrina» Evagrio menciona también expresamente la «oración incesante», que él atribuye¹⁴¹ a un encargo de Pablo (ver 1Tes 5,17), o mejor, del mismo Señor (ver Lc 18,1). Ella pertenece a las más antiguas prácticas del primer monacato¹⁴², y es al mismo tiempo el lado positivo de la antírrhesis. Evagrio la menciona prácticamente en todos sus escritos. Tal oración no debe ser sólo recitada de manera «frecuente»¹⁴³, «sin interrupción»¹⁴⁴, «incesante»¹⁴⁵, sino también —para que eso sea posible— de manera «concisa»¹⁴⁶, «breve»¹⁴⁷ y al mismo tiempo «vehemente»¹⁴⁸, «intensa»¹⁴⁹. Agustín, que había oído hablar de este ejercicio de los «hermanos de Egipto», hace referencia a breves oraciones, que son como «golpes de jabalina» (raptim quodam modo iaculatas)¹⁵⁰. Juan Casiano, que recibió su formación en el mismo ambiente que Evagrio, ha transmitido esta tradición al monacato de Occidente¹⁵¹, donde, sin embargo, no adquirió el mismo significado que tiene en Oriente.

El fundamento de toda la ascesis cristiana es, por lo tanto, la «recta fe». Ella es «fe en Cristo»¹⁵², acceso a las acciones salvíficas de Dios (oikonomía), y fe en la «adorada y santa Trinidad»¹⁵³, es decir introducción en el ámbito de la theología. Al respecto, no sorprende que Evagrio alerte ante la familiaridad con los herejes. En muchos pasajes de sus escritos —en

¹³⁴ Ver In Ps., 60,3δ (véase 1Cor 10,4).

¹³⁵ In Ps., 39,3β.

¹³⁶ Ep., 28,1.

¹³⁷ Ep., 27,2. 2

¹³⁸ Ep., 27,4.

¹³⁹ Ver KG, V,26.

¹⁴⁰ Ver Pract., 35–36.

¹⁴¹ Ver Pract., 49.

¹⁴² Ver G. Bunge, *Das Geistgebet*, ob. cit., pp. 29–43.

¹⁴³ Ep., 4,5.

¹⁴⁴ Mon., 37.

¹⁴⁵ Virg., 5.

¹⁴⁶ Oct. sp., 6,18.

¹⁴⁷ Or., 98.

¹⁴⁸ Mal. cog., 9,16; Or., 98.

¹⁴⁹ Mal. cog., 15.

¹⁵⁰ Ver San Agustín, Carta 130. A Proba, 10,20.

¹⁵¹ Ver Juan Casiano, Colaciones, 9–10.

¹⁵² In Ps., 39,3β.

¹⁵³ In Ps., 147,2a; ver Pract., 81, con nuestro comentario en Evagrios Pontikos, *Praktikos*, ob. cit., pp. 231–232.

parte de forma autobiográfica¹⁵⁴— Evagrio llega a hablar no sólo de encuentros sino incluso de enfrentamientos con herejes, que de manera ya manifiesta se habían infiltrado en las comunidades ortodoxas¹⁵⁵. El peligro que subraya expresamente es el de los conflictos que brotan de las disputas con ellos¹⁵⁶. El motivo principal es que éstas provocan el vicio de la cólera y comprometen la «oración pura». Evagrio evitó conscientemente los litigios¹⁵⁷, aunque los demonios, que están detrás de toda herejía¹⁵⁸, hayan algunas veces logrado hacerlo caer en la trampa¹⁵⁹.

Oración pura y contemplación de la luz de la Santa Trinidad

Por ello es necesario que emprendamos este combate revestidos de la armadura espiritual y mostremos a los filisteos que «lucharemos hasta la sangre contra el pecado» (Heb 12,4), «derribando los pensamientos malignos y todo baluarte que se alza contra el conocimiento de Dios» (2Cor 10,5) y esforzándonos por poner delante del trono del juicio de Cristo no [solamente] al hombre–monje, sino también al intelecto–monje. Hombre–monje es el que se aleja del pecado en las obras. Intelecto–monje es, en cambio, el que se aleja del pecado suscitado por los pensamientos que hay en nuestro interior, y que en el tiempo de la oración ve la luz de la Santa Trinidad¹⁶⁰.

Evagrio retoma la distinción, hecha en el segundo párrafo, entre los pecados en los pensamientos y los pecados en las obras. Aquí trata sobre todo de los primeros. Su objetivo es siempre la «oración pura», un «estado del intelecto» que no sólo «destruye todos los pensamientos terrenales»¹⁶¹, sino al final, en realidad, todos los pensamientos¹⁶². En efecto, «la oración es una renuncia a los pensamientos»¹⁶³. Ahora bien, el objetivo de la antírresis es impedir que los pensamientos, formados por nuestro intelecto en su relación con la realidad material¹⁶⁴ —de por sí con valor neutro—, se vuelvan primero «pensamientos» tentadores y, luego, cuando las circunstancias sirvan de ocasión, verdaderos y propios pecados en las obras¹⁶⁵.

La peculiar distinción entre un «hombre–monje» y un «intelecto–monje», utilizada aquí por Evagrio, se encuentra también de forma análoga en otros lugares. Corresponde a los dos grados principales de la vida espiritual, la praktiké y la theoretiké. Significa que el intelecto puede rezar como «mundano» (kosmikós)¹⁶⁶ o —alcanzada la perfección— «como monje» (hos monachós)¹⁶⁷. De modo similar dice en otro lugar:

¹⁵⁴ Ver Mon., 126; véase también al respecto Vita, 11.

¹⁵⁵ Ver G. Bunge, Origenismus–Gnostizismus. Zum geistgeschichtlichen Standort des Evagrius Pontikos, en «Vigiliae Christianae» 40 (1986), pp. 24–54.

¹⁵⁶ Ver Gnost., 26.

¹⁵⁷ Ver Ep., 52,5.

¹⁵⁸ Ver Mon., 123.125; In Ps., 26,2a; 141,4a.

¹⁵⁹ Ver Vita, 11. 16

¹⁶⁰ Ant., Pról., 7.

¹⁶¹ Sk., 26.

¹⁶² Ver Or., 56–58.

¹⁶³ Or., 71.

¹⁶⁴ Ver In Ps., 145,8β.

¹⁶⁵ Ver Ep., 25,2.

¹⁶⁶ Ver Or., 44.

¹⁶⁷ Ver Or., 127.

«Un hombre–praktikós (ánthropos praktikós) es aquel que utiliza correctamente los dones de Dios»¹⁶⁸.

«Un intelecto–praktikós (noûs praktikós) es aquel que continuamente acoge sin pasión las representaciones conceptuales de este mundo»¹⁶⁹.

El «intelecto–monje», del que aquí habla Evagrio, es el «contemplativo» (theoretikós), que «en el tiempo de la oración ve la luz de la Santa Trinidad». Evagrio ha tratado a menudo este tema central de su mística¹⁷⁰ y hace referencia a él también en el Antirrhetikos¹⁷¹. La visión de esta «luz bienaventurada» es el instante en el que Dios Trino y Uno se revela por gracia a su criatura.

«Los pensamientos demoníacos (logismoí) ciegan el ojo izquierdo del alma, que se consagra a la contemplación de lo creado. Las representaciones conceptuales (noémata), que inciden y plasman nuestro espíritu (hegemonikón), ofuscan el ojo derecho, que en el tiempo de la oración ve la luz bienaventurada de la Santa Trinidad, el mismo ojo con que la esposa del Cantar de los Cantares hiere el corazón del Esposo (ver Cant 4,9)»¹⁷².

Así pues, el intelecto ve esta «luz bienaventurada» con los ojos inteligibles del alma¹⁷³, precisamente «en sí mismo»¹⁷⁴, y no como un fenómeno sensible perceptible fuera de sí¹⁷⁵. «Luz» y «ver» son a menudo en Evagrio sinónimos de «conocimiento» y de «conocer»¹⁷⁶. Aún así, se trata de algo diferente y más profundo. A esto se refiere ya la cita del Cantar de los Cantares, un libro que Evagrio cita muy raramente, pero del que recientemente se ha encontrado una transposición, compuesta por él en forma de diálogo, de alta inspiración mística¹⁷⁷. Tampoco falta aquí el tema de la «luz»: la figura (eídos) del Esposo es como la imagen de la luz¹⁷⁸.

De «esa luz» que resplandece en el intelecto solamente «en el tiempo de la oración» se dice en otros pasajes que hace «cognoscible el lugar de Dios»¹⁷⁹. Se refiere así —sobre la base de la luminosa teofanía de Éx 24,10— a la presencia de la gracia de Dios Trino y Uno en el alma, que se vuelve así ella misma el «lugar de Dios»¹⁸⁰. ¡Está en juego la más alta experiencia mística posible al hombre en esta vida!

¹⁶⁸ Sk., 15.

¹⁶⁹ Sk., 16; ver 32–33.34–35.38–39.

¹⁷⁰ Ver A. Guillaumont, La vision de l'intellect par lui-même dans la mystique évagrienne, en «Mélanges de l'Université Saint-Joseph» 50 (1984), pp. 255–262; G. Bunge, Das Geistgebet, ob. cit., cc. 4 y 5.

¹⁷¹ Ver Ant., IV,62; VI,16.

¹⁷² Mal. cog. r.l., 42.

¹⁷³ Ver Or., 27; véase también KG, II, 35, donde se habla de los cinco sentidos del intelecto.

¹⁷⁴ Sk., 23.

¹⁷⁵ Ver Or., 67.69.74.115, etc., donde Evagrio pone en guardia ante todo tipo de percepción sensible en la oración.

¹⁷⁶ Ver In Ps., 4,7V.

¹⁷⁷ Ver P. Géhin, Evagriana d'un manuscrit basilien, en «Le Muséon» 109 (1996), pp. 59–85.

¹⁷⁸ Ver allí mismo, p. 71.

¹⁷⁹ Mal. cog. r.l., 40; ver Sk., 23.

¹⁸⁰ Ver In Ps., 67,6ε: lugar de Dios es un alma pura. 2

Las fuentes de la antírresis: David y la tradición de los Santos Padres

Pero ya es tiempo de combatir, «con la virtud de nuestro Señor Jesús» (1Cor 5,4), contra el pensamiento del demonio de la gula y, luego, contra los pensamientos de los otros siete demonios que he enumerado al inicio de este libro monástico, luchando por «abrir mi boca» (Sal 118[119],131; ver Ef 6,19) y por hablarle a Dios, a sus santos ángeles y a mi alma probada. Mostraré abiertamente toda la lucha de la vida monástica, que el Espíritu Santo enseñó a David en los Salmos, y que nos ha sido transmitida por nuestros bienaventurados Padres¹⁸¹.

Evagrio hace referencia a dos fuentes para el método de la antírresis: David, en particular sus Salmos, y la tradición de los Santos Padres. Sería necesario agregar también el modelo de Cristo, mencionado al inicio¹⁸². Ya hemos visto que Evagrio no expone aquí nada que vaya más allá de la antigua doctrina de los Padres. De la Vida de Antonio se pueden citar diversos ejemplos en que se utiliza específicamente los Salmos como «confutación» de las tentaciones demoníacas¹⁸³ por parte de la «primicia de los anacoretas»¹⁸⁴. Luego, en los ocho libros del Antirrhētikos, Evagrio mismo hace referencia al ejemplo de Antonio¹⁸⁵, como también a sus propios maestros: Macario el Grande¹⁸⁶ y Macario el Alejandrino¹⁸⁷. Con más frecuencia encontramos también alusiones a Juan de Licópolis¹⁸⁸, a quien Evagrio buscó expresamente para hacerle algunas preguntas difíciles sobre la vida espiritual¹⁸⁹. Sin embargo, el verdadero «inventor» del método es David, como lo afirma Evagrio en una de sus cartas:

«[El intelecto] debe estar sin miedo delante de su adversario, como lo muestra el bienaventurado David cuando reproduce voces como provenientes de la boca de los demonios y [en seguida] las confuta. En efecto, cuando los demonios dicen: “¿Cuándo morirá y pasará su nombre?” (Sal 40[41],6), él dice: “No moriré, sino viviré y anunciaré las obras del Señor” (Sal 117[118],17). Y nuevamente, cuando los demonios dicen: “Huye y ve a vivir en la montaña como un pájaro” (Sal 10[11],1), él dice: “Porque Él es mi Dios y mi Salvador, mi fuerte refugio, no vacilaré” (Sal 61[62],3). ¡Mira, pues, las voces que se oponen una a la otra y ama la victoria, imita a David y estate atento a ti mismo!»¹⁹⁰.

Este bello texto nos ofrece una representación viva del modo en que los primeros monjes leían la Sagrada Escritura y sabían apropiarse de ella, especialmente en lo que se refiere al salterio. Por lo demás, Evagrio, a partir del relato de las tentaciones de Jesús en el desierto, sabía ya

¹⁸¹ Ant., Pról., 8.

¹⁸² Ver más arriba, pp. 21-24.

¹⁸³ Ver Atanasio, Vida de Antonio, 6,4 (Sal 117[118],7); 9,3 (Sal 26[27],3); 13,7 (Sal 67[68],2-3); etc.

¹⁸⁴ Así lo llama Evagrio en Mal. cog., 25.

¹⁸⁵ Ver Ant., IV,47.

¹⁸⁶ Ver Ant., IV,45.

¹⁸⁷ Ver Ant., IV,23. La historia a la que se hace referencia aquí es contada también de otro modo; ver HM, 29 (Rufino di Concordia, p. 180) y HL, 18 (Butler, p. 49); Ant., IV,58; VIII,26.

¹⁸⁸ Ver Ant., II,36; V,6; VII,19.

¹⁸⁹ Ver Ant., VI,16. La relación directa entre Evagrio y Juan de Licópolis está atestiguada en las variantes de HL, 35. Para la historia textual de este capítulo, véase el estudio de G. Bunge, en G. Bunge, A. de Vogüé, Quatre ermites égyptiens d'après les fragments coptes de l'Histoire Lausiaque, Bellefontaine 1994 (Spiritualité Orientale 60), pp. 101-102.

¹⁹⁰ Ep., 11,2.

que los mismos demonios citan la Escritura para ponernos en dificultades; esta estrategia la menciona también en otro lugar¹⁹¹.

Como enseña nuestro párrafo y lo confirma la lectura del Antirrhethikos, el método de la antirrhesis no consiste solamente —como pareciera indicar el término— en «dar [a los demonios] una respuesta a partir de la Escritura»¹⁹², es decir en contrarrestar directamente los pensamientos tentadores. A menudo es también necesario «hablar a la propia mísera alma» para infundirle nuevo valor:

«Cuando caigamos en manos del demonio de la acedia, dividamos, entre lágrimas, nuestra alma en dos mitades, una de las cuales consuele y la otra sea consolada, sembrando en nosotros mismos una buena esperanza y cantándonos las prodigiosas palabras del santo David: ¿Por qué te afliges, alma mía, por qué te me turbas? Espera en Dios, porque lo confesaré, Él que es la salvación de mi rostro y mi Dios»¹⁹³.

Sin embargo, más importante aún es «hablar a Dios y a sus ángeles», alejándose así del adversario e incluso de uno mismo, y retomar el «diálogo con Dios» (y sus servidores), esto es la oración que los demonios, con sus sugerencias, buscan impedir. De estas breves oraciones el mismo Antirrhethikos ofrece diversos ejemplos. Por motivos comprensibles, es a menudo el salterio, el libro más leído del Antiguo Testamento, la fuente de tales oraciones «de asalto».

La ascesis monástica como lucha contra los pensamientos

Toda la lucha a la que me refiero a lo largo de este libro será contra los pensamientos que nos dirige cada uno de los ocho demonios. Junto a cada pensamiento he colocado una réplica de la Sagrada Escritura capaz de aniquilarlo¹⁹⁴.

Lucha contra los pensamientos: ésta es la esencia de la ascesis monástica. En efecto, mientras el hombre vive en el mundo —mientras es «mundano» (kosmikós)—, los demonios se contentan generalmente con esconderse detrás de las cosas materiales. Los monjes que viven en soledad, en cambio, no poseen ordinariamente estas cosas. Pero igual tienen que lidiar con los «pensamientos» relativos a ellas¹⁹⁵. Entre los anacoretas, que no viven en comunidad, sino solos en su kállion, los demonios se muestran incluso abiertamente, «desnudos»¹⁹⁶, es decir, atacan directamente: una lucha incomparablemente más dura que cualquier enfrentamiento con un hombre¹⁹⁷. Pero fundamentalmente se trata para todos —mundanos, cenobitas y anacoretas— de la misma y única lucha; cambian solamente las circunstancias y las formas de manifestación¹⁹⁸.

Evagrio se propuso preparar un arsenal para defenderse de los pensamientos tentadores. Sin embargo, no se puede olvidar —y él mismo lo dice expresamente en la carta arriba citada— que también el hombre debe hacer su parte a fin de que los pensamientos no logren, en modo alguno, ingresar en su corazón:

¹⁹¹ Ver In Ps., 136,3β; Ant., V,13.

¹⁹² Ant., Pról., 2.

¹⁹³ Pract., 27. Citas: Sal 41[42],6.12; Sal 42[43],5. 2

¹⁹⁴ Ant., Pról., 9.

¹⁹⁵ Ver Pract., 48.

¹⁹⁶ Pract., 5.

¹⁹⁷ En Or., 106ss, Evagrio relata algunos ejemplo de esta «lucha cercana».

¹⁹⁸ Ver G. Bunge, Akedia. Il male oscuro, Bose 1999.

«Sé portero¹⁹⁹ de tu corazón y no dejes que ingrese ningún pensamiento sin que haya sido interrogado. Interroga a todo pensamiento y pregúntale: ¿Eres uno de los nuestros o uno de nuestros adversarios? (Jos 5,13)²⁰⁰. Si es de los nuestros, te colmará de paz. Si, por el contrario, es del enemigo, te confundirá con la ira o te perturbará con un deseo. Es a este tipo al que pertenecen los pensamientos de los demonios»²⁰¹.

El que de esta manera «examina siempre y continuamente el estado de su alma»²⁰² despoja a los demonios de buena parte de los pretextos que les permiten tentarnos. Pero, si aún así consiguen sorprendernos —algunos son extraordinariamente rápidos²⁰³—, entonces la antírresis es precisamente el mejor medio para cerrarles la boca.

Conclusión: El significado de la antírresis en la vida espiritual

La vida espiritual es una lucha incansable por la posesión de la «tierra prometida» que es el conocimiento de Dios²⁰⁴. Esta lucha se desarrolla en la «tierra» de nuestro corazón²⁰⁵. Los extranjeritos «filisteos», los antiguos enemigos también del «Israel» espiritual, buscan impedir la toma de posesión de esta tierra²⁰⁶. Para ello se valen del ejército de las pasiones, que Evagrio compendia por primera vez en un catálogo de ocho vicios y analiza detalladamente.

Para suscitarnos estas pasiones, los demonios lanzan incesantemente los «dardos encendidos» (Ef 6,16) de sus «pensamientos» tentadores²⁰⁷, que son la perversión culpable de los sutiles residuos que deja en nuestro espíritu, como «improntas» de un sello, la relación con el mundo sensible y material²⁰⁸. Todos estos pensamientos —también las más altas representaciones conceptuales relativas a las «razones» (lógoi) de la creación— «imprimen», «forman» y «plasman» de algún modo el intelecto²⁰⁹, ligándolo a las cosas.

Sin embargo, las «impresiones» se vuelven «pensamientos» en sentido peyorativo sólo cuando el hombre las acoge lleno de pasión, es decir con deseo o con ira. Ni las cosas, que han sido creadas por Dios, ni nuestro espíritu, que ha sido destinado precisamente para conocerlas, son malos en sí mismos²¹⁰.

Ahora bien, en el momento en que el hombre interrumpe la agitación de la vida cotidiana y se pone en oración delante de Dios, he aquí que todas las «impresiones» emergen del fondo del alma como «imágenes» vivas, por así decirlo, delante del «ojo» espiritual del intelecto²¹¹. Como

¹⁹⁹ Ver Mc 13,34; véase también KG, VI,52 con referencia a Prov 4,23

²⁰⁰ Evagrio tiene en mente, sin duda, la Vida de Antonio, 43, donde se cita el mismo texto de la Escritura

²⁰¹ Ep., 11,3. Los demonios pueden ser reconocidos por la confusión que difunden; Evagrio lo afirma también en otro lugar: ver Mal. cog. r.l., con relación a los sueños.

²⁰² Ep., 11,4.

²⁰³ Ver Pract., 51; Or., 90.

²⁰⁴ Ver In Prov., 2,21 (Géhin 26); 17,2 (Géhin 153); etc.

²⁰⁵ Ver Ep., 2,1; In Ps., 74,4α; In Prov., 19,24 (Géhin 203); 20,4 (Géhin 208) y sobre todo 22,5 (Géhin 236).

²⁰⁶ Ver KG, V,30; véase también V,36.38.

²⁰⁷ Ver Ep., 27,4.

²⁰⁸ Ver Pract., 4, con nuestro comentario en Evagrios Pontikos, Praktikos, ob. cit., pp. 74–75.

²⁰⁹ Ver Mal. cog., 24.

²¹⁰ Ver In Ps., 145,8β.

²¹¹ Ver Ep., 4,4; 34,1; Mal. cog., 4.16.26.

cada uno puede constatar en su propia experiencia, esto es especialmente cierto respecto a los movimientos antinaturales de la ira: odio, rabia, desprecio, que son por eso los peores enemigos de la vida de oración. Se podría decir muchas cosas sobre los efectos devastadores, en teología y en la vida espiritual, de estos impulsos de ira, que ciegan el intelecto y que a menudo no son reconocidos como tales por aquellos a quienes golpean. Por eso Evagrio no se cansa —tampoco en el *Antirrhetikos*— de alertar contra los pensamientos de la ira.

Lleno de estas «imágenes», el hombre empieza entonces a tener un «coloquio» con ellas antes que con Dios²¹² y «arruina así el estado celestial del intelecto»²¹³, pues no ofrece su oración a Dios de manera «pura», libre de toda pasión²¹⁴ y, en último término, de todo pensamiento²¹⁵. Como Dios es inmaterial, el que quiera acercársele debe «llegar a ser inmaterial»²¹⁶, para poder «acercarse inmaterialmente al Inmaterial»²¹⁷. Dios no es una «cosa» que deja en el intelecto una «impresión»²¹⁸: Dios Trino y Uno es absoluta presencia personal, que se acerca al espíritu creado «sin ningún intermediario»²¹⁹. Esta presencia personal resplandece en el intelecto, que es «imagen de Dios» creada, en el «estado de la oración», cual «luz bienaventurada» como en un espejo²²⁰.

Ahora bien, si rezar es una «renuncia a los pensamientos»²²¹, ¡cuánto más debe ser un «despojarse de todos los pensamientos pasionales»²²²! En efecto, a través de estos pensamientos pasionales mantenemos un secreto coloquio con el tentador, tal como lo hicieron nuestros primeros padres en el paraíso. La «auténtica oración», en cambio, es un «coloquio del intelecto con Dios»²²³, «adoración del Padre en Espíritu y Verdad», esto es, «en el Espíritu Santo y en el Hijo unigénito»²²⁴. Quien de este modo se ha hecho «teólogo»²²⁵, ya no glorifica a Dios a partir de las criaturas, sino que «alaba a Dios con himnos a partir de Dios»²²⁶.

¿Cómo huir, entonces, de estas constantes sugerencias del tentador, de las que fue víctima el primer Adán? Hay varias posibilidades. Ya hemos hablado de la vigilancia en la puerta del corazón. Pero, una vez que la batalla ha comenzado, se puede sacar provecho de la constatación de que «los demonios no nos atacan todos juntos y tampoco [todos] insinúan en nosotros sus pensamientos en el mismo momento, pues el intelecto no suele asumir simultáneamente las representaciones conceptuales de dos cosas sensibles»²²⁷. Como ello vale también para los pensamientos pasionales, que además están en parte contrapuestos entre sí, podemos suscitar artificialmente los pensamientos opuestos al demonio de aquel

²¹² Ver Ep., 7,1; véase también Mal. cog. r.l., 24.

²¹³ Mal. cog. r.l., 32.

²¹⁴ Ver Pract., 23.

²¹⁵ Ver Or., 55–58.

²¹⁶ Or., 119.

²¹⁷ Or., 67.

²¹⁸ In Ps., 140,2a.

²¹⁹ Or., 3; ver 64; Gnost., 4.

²²⁰ Ver G. Bunge, *Das Geistgebet*, ob. cit., c. 6.

²²¹ Or., 71; ver Sk., 2.23; Mal. cog. r.l., 40.

²²² Or., 4.55.

²²³ Or., 3; ver 4.55.

²²⁴ Or., 59.

²²⁵ Or., 61.

²²⁶ Or., 60.

²²⁷ Mal. cog. r.l., 23.

momento. Este método se llama «sacar un clavo con otro clavo»²²⁸; procedimiento no del todo carente de peligros. Ciertamente es más seguro emplear la virtud opuesta como medio contra tal vicio²²⁹. Es a este contexto que pertenece también la antírresis. El mismo Cristo, el segundo Adán, nos la enseñó cuando fue tentado en el desierto. Él no «discutió» con el adversario, como hizo Eva con imprudencia, sino que simplemente opuso la palabra de Dios a la palabra del diablo, cerrando así la boca del tentador.

Evagrio encuentra esa palabra pura de Dios, según el modelo de Cristo, en la Sagrada Escritura, que los monjes no sólo leían regularmente a determinadas horas²³⁰, sino que también «meditaban» incesantemente. La aprendían de memoria²³¹, la repetían de manera contemplativa durante el trabajo manual, y la transformaban luego en «oración»²³². Estas «oraciones–flechas», a menudo muy breves, corresponden, desde el punto de vista del contenido, a la disposición espiritual del monje en aquel momento. A la «petición», «alabanza» e «intercesión»²³³ muchas veces se agrega, en tiempos de violenta tentación, el desnudo clamor de ayuda. La antírresis se reduce entonces a la «breve y vehemente oración»²³⁴ que «destruye todo pensamiento terreno»²³⁵ y que finalmente, con la gracia de Dios, transforma al «hombre–monje» en el «intelecto–monje», que «en el tiempo de la oración ve la luz de la Santa Trinidad». La «oración» es en sentido espiritual un encuentro personal con el misterio de Dios Trino y Uno, un «estado que se realiza solamente a través de la luz de la Santa Trinidad»²³⁶.

No hay método que permita al hombre apoderarse, con sus propias fuerzas, de esta luminosa revelación que Dios hace de sí mismo. Ésta es un don de gracia puro e inesperado²³⁷. No obstante, ello no significa que no pueda contribuir en nada al objetivo de hacerse digno de esta gracia. ¡Por el contrario! Puede, por ejemplo, a través de la antírresis, colocar un freno al turbio flujo de los pensamientos tentadores, «llevar a cumplimiento su conversión y purificar su alma por medio de los mandamientos»²³⁸, para finalmente unir su espíritu con el único «pensamiento de Dios»²³⁹. Entre oración y antírresis existe así una estrecha relación. Por eso Evagrio aconseja muy concretamente lo siguiente:

«Cuando seas tentado, no reces sin haber dicho primero con ira algunas palabras contra quien te oprime. Pues cuando tu alma cae presa de los pensamientos, tu oración tampoco es ofrecida de manera pura. Pero si dices algo con cólera contra ellos, frustras y destruyes las representaciones conceptuales de los adversarios. En efecto, esto es lo que suele hacer la cólera también con las representaciones conceptuales buenas»²⁴⁰.

Éste es el lado «negativo» de la antírresis: la contraposición directa de los pensamientos

²²⁸ Pract., 58.

²²⁹ Ver lug. cit.; In Prov., 17,9 (Géhin 157).

²³⁰ Ver Ep., 4,3; Virg., 4.

²³¹ Ver Ant., VI,5.

²³² Ver G. Bunge, Das Geistgebet, ob. cit., cc. 1 y 2.

²³³ Sk., 28–30.

²³⁴ Or., 98.

²³⁵ Sk., 26.

²³⁶ Sk., 27.

²³⁷ Ver Ep., 29,3; 61,3; Or., 59.70 (dōron); 87 (chárisma)

²³⁸ Ep., 56,2.

²³⁹ Mal. cog., 24. Ver con relación a ello Umiltà e misericordia. Virtù di San Macario, pp. 62–63, donde Evagrio hace referencia a un apotegma de Macario el Grande.

²⁴⁰ Pract., 42. 2

tentadores. Su aspecto «positivo» lo constituyen, como ya se ha dicho, las breves invocaciones dirigidas a los santos ángeles y sobre todo a Dios, que tienen como objetivo alejar nuestro espíritu de la fijación, a menudo obsesiva, en las sugerencias demoníacas, y hacerlo libre para la misma oración. A fin de alcanzar esta liberación, Evagrio procede nuevamente de manera muy «metódica»:

«En el tiempo de las tentaciones se debe desplazar al intelecto del pensamiento impuro hacia otro pensamiento [neutral], y de éste a otro, para huir así del maligno instigador (Éx 3,7)²⁴¹. Pues cuando el intelecto se estanca en una cosa y no avanza más, cae en la pasión y corre peligro de dar el paso hacia el pecado en las obras. Y después necesita mucha purificación, vigilia y oración [para verse libre de nuevo]»²⁴².

La antírresis no es un fin en sí misma, sino sólo uno de los auxilios a los que debemos recurrir en la vida espiritual si queremos ejercitar la «praktiké con conocimiento»²⁴³. Ya que muchas de las confutaciones de los pensamientos son, en efecto, breves oraciones, este «método» conduce poco a poco a la «oración» en el sentido más alto. El mismo Evagrio ve las cosas de esta manera, como lo muestra esta «confutación», con la que queremos concluir:

Para el alma que en tiempo de tristeza busca en la oración palabras espirituales: No me abandones, Señor, Dios mío... (Sal 37[38],22)²⁴⁴.

Este mismo versículo, en otro contexto, es comentado por Evagrio de la siguiente manera:

«Una óptima introducción (prooímion) para la oración es la siguiente: No me abandones, Señor; Dios mío, no te apartes de mí; atiende a mi ayuda, Señor de mi salvación (Sal 37[38],22-23). En efecto, ¡[este versículo] contiene en sí incluso a la Santa Trinidad!»²⁴⁵

²⁴¹ Se trata del demonio.

²⁴² Mal. cog. r.l., 23.

²⁴³ Pract., 50.

²⁴⁴ Ant., IV,40.

²⁴⁵ In Ps., 37,22iy. Evagrio descubre en la triple invocación —Señor, Dios, Señor— una alusión escondida a las tres Personas consubstanciales de la Divinidad. 39

ANTIRRHETIKOS

DISCURSO DE EVAGRIO PÓNTICO SOBRE LOS OCHO PENSAMIENTOS

PRÓLOGO²⁴⁶

1. De la naturaleza racional que existe «bajo el cielo» (Ecle 1,13), una parte combate, otra parte acude en ayuda del que combate, y otra parte lucha contra el que combate, desatando y levantando contra él una fuerte batalla. Los que combaten son los hombres; los que lo ayudan, los ángeles de Dios; y los que se le oponen, los demonios malignos. Pero si [en los hombres] disminuye o desaparece el «conocimiento de Dios» (Prov 17,2), [no es] por la gran fortaleza de los enemigos ni por la negligencia de los ayudantes, sino por la laxitud de los que combaten.

2. Nuestro Señor Jesucristo nos ha procurado todo [lo necesario] para nuestra redención y nos ha concedido «pisar sobre serpientes y escorpiones, y sobre toda fuerza del enemigo» (Lc 10,19). Además, aparte de toda su enseñanza, nos ha donado lo que Él mismo hizo cuando fue tentado por Satanás (ver Mt 4,1-11; Lc 4,1-13), [de modo que], en tiempo de batalla, cuando los demonios combatan contra nosotros y nos lancen sus «dardos» (Ef 6,16), les demos una respuesta tomada de las Escrituras, y así no permanezcan en nosotros los pensamientos impuros, no hagan esclava al alma con un pecado que se realiza en las obras, no la manchen ni la sumerjan en la muerte del pecado. «El que peque, morirá» (Ez 18,4). Cuando no hay en la mente un pensamiento sólido, capaz de responder al mal con una palabra, el pecado se comete fácil y rápidamente.

3. Esto nos lo muestra sabiamente el Eclesiastés, cuando dice: «No proviene prontamente una sentencia opositiva de parte de quienes cometen el mal» (Ecle 8,11). También Salomón dice en sus Proverbios: «No respondas al insensato siguiendo su insensatez, para que no te hagas semejante a él; responde al insensato siguiendo tu sabiduría, para que no se crea sabio» (Prov 26,4-5). El que obra insensatamente y se enoja con su hermano responde al insensato siguiendo su insensatez, y se hace semejante a los demonios, cuya ira es «aliento de áspides incurable» (Dt 32,33). En cambio, el que es paciente y dice: «Desiste de la ira y abandona el enojo» (Sal 36[37],8), responde al insensato de manera opuesta a su insensatez, confuta al demonio en su insensatez y le demuestra que ha tramado algo en contra de la Escritura.

4. Por ello, dado que en la hora de la lucha no hallamos rápidamente en la Escritura las palabras idóneas para confutar a nuestros enemigos, los pérfidos demonios, pues éstas se encuentran desperdigadas y es difícil localizarlas, hemos compilado diligentemente las palabras de las Santas Escrituras para que nos armemos de ellas y procedamos con valor

²⁴⁶ La traducción al italiano ha sido hecha en base al texto sirio de la edición de W. Frankenberg, *Evagrius Ponticus*, Berlín 1912, pp. 472-545, comparando en los puntos más difíciles con el manuscrito Mingana 68. Se ha podido hacer uso, además, de la confrontación con la retro-traducción al griego que se encuentra en la edición de Frankenberg, como también de la traducción al alemán de L. Trunk, *Antirrheticus magnus. Die grosse Widerrede, Abtei Münsterschwarzach 1992* (pro manuscrito). Las citas bíblicas han sido traducidas directamente de la versión griega de los LXX —siendo éste el texto que utilizó el mismo Evagrio—, a la que se debe también la numeración de todas las referencias escriturísticas del Antiguo Testamento. Para la edición en castellano se ha seguido en cuanto ha sido posible la traducción de los LXX del padre Guillermo Jünemann (Centro de Exalumnos del Seminario Conciliar, Santiago de Chile 1992), así como, en el Pentateuco, La Biblia griega Septuaginta (Sígueme, Salamanca 2008).

contra los «filisteos» (Éx 13,17), de pie en la batalla como valientes y vigorosos soldados de Jesucristo, nuestro victorioso rey.

5. Queridos, sabemos que cuanto más resistimos y respondemos a los demonios, tanto más se exasperan contra nosotros. Lo aprendemos de Job, que dice: «Cuando comienzo a hablar, me golpean» (Job 4,4). Y nuevamente de David, que dice: «Yo les hablaba de paz, y ellos guerreaban contra mí sin causa» (Sal 119[120],7). Pero no dejemos que nos perturben, opongámonos tenazmente a ellos con la fuerza de nuestro Redentor, pues si «creemos en Cristo» (Jn 14,1) y «guardamos sus mandatos» (Jn 15,10), cruzaremos el Jordán y llegaremos a la «ciudad de las palmas» (Dt 3,4)²⁴⁷.

6. En esta batalla necesitamos la «armadura» (Ef 6,11.13) espiritual de la recta fe y la doctrina, esto es, ayuno perfecto, obras virtuosas, humildad, una quietud difícilmente o en modo alguno turbada, y «oración incesante» (1Tes 5,17). Me asombraría que hubiese alguien capaz de sostener el combate espiritual y ser coronado con la «corona de la justicia» (2Tim 4,7.8) saciándose de pan y de agua, avivando fácilmente su ira, despreciando y descuidando la oración, o departiendo²⁴⁸ con los herejes. Dice San Pablo: «El que lucha se abstiene de todo» (1Cor 9,25), «muestra una constante mansedumbre con todos los hombres» (Tit 3,2), y «en todo lugar eleva piadosas sus manos, sin ira ni disputa» (1Tim 2,8).

7. Por ello es necesario que emprendamos este combate revestidos de la armadura espiritual y mostremos a los filisteos que «lucharemos hasta la sangre contra el pecado» (Heb 12,4), «derribando los pensamientos malignos y todo baluarte que se alza contra el conocimiento de Dios» (2Cor 10,5) y esforzándonos por poner delante del trono del juicio de Cristo no [solamente] al hombre–monje, sino también al intelecto–monje. Hombre–monje es el que se aleja del pecado en las obras. Intelecto–monje es, en cambio, el que se aleja del pecado suscitado por los pensamientos que hay en nuestro interior, y que en el tiempo de la oración ve la luz de la Santa Trinidad.

8. Pero ya es tiempo de combatir, «con la virtud de nuestro Señor Jesús» (1Cor 5,4), contra el pensamiento del demonio de la gula y, luego, contra los pensamientos de los otros siete demonios que he enumerado al inicio de este libro monástico, luchando por «abrir mi boca» (Sal 118[119],131; ver Ef 6,19) y por hablarle a Dios, a sus santos ángeles y a mi alma probada. Mostraré abiertamente toda la lucha de la vida monástica, que el Espíritu Santo enseñó a David en los Salmos, y que nos ha sido transmitida por nuestros bienaventurados Padres.

9. Toda la lucha a la que me refiero a lo largo de este libro será contra los pensamientos que nos dirige cada uno de los ocho demonios. Junto a cada pensamiento he colocado una réplica de la Sagrada Escritura capaz de aniquilarlo.

²⁴⁷ Se trata de Jericó; sobre su conquista ver Jos 6.

²⁴⁸ Lit.: «comiendo sal».

DISCURSO I: CONTRA LOS PENSAMIENTOS DE GULA

Del libro del Génesis

1. Contra²⁴⁹ los pensamientos que pretenden cultivar la tierra del espíritu descuidando el trabajo del ayuno.

«Isacar deseó el bien reposando en medio de los lotes; al ver que el descanso era bueno y que la tierra era fértil, arrimó su hombro al trabajo y se hizo un hombre labrador» (Gén 49,14–15).

Del libro del Éxodo

2. Contra el pensamiento que me dice: «No te atormentes con tanto ayuno; no te será útil y no purificará tu intelecto».

«Beseleel hizo la pila de bronce y su pedestal de bronce con los espejos de las mujeres que ayunaron junto a la puerta de la tienda del testimonio» (Éx 38,26[8])²⁵⁰.

Del libro de los Números

3. Contra los pensamientos que nos suscitan el deseo de comer carne en día festivo y nos sugieren comer nuevamente por la debilidad del cuerpo.

«Y al pueblo le dirás: Purificaos para mañana y comeréis carne. No comeréis carne un día, ni dos, ni cinco, ni diez, ni veinte días. Un mes entero estaréis comiendo, hasta que os salga por las narices y se convierta para vosotros en objeto de náusea, porque habéis desobedecido al Señor que está entre vosotros» (Núm 11,18a.19–20).

Del libro del Deuteronomio

4. Contra el pensamiento que nos induce a saciarnos con comida y bebida, olvidando el daño que causa la saciedad del vientre.

«Cuando comas y estés saciado, cuídate de no olvidar al Señor, tu Dios, el que te sacó de Egipto, de la casa de la esclavitud» (Dt 6,11b–12).

5. Contra el pensamiento que nos dice que es difícil el mandato del ayuno.

«Este mandato que yo os doy hoy no es desmesurado ni está lejos de ti» (Dt 30,11).

6. Contra el pensamiento que desea que nos saciemos de comida y bebida, pensando que no hay en ello nada de malo para el alma.

²⁴⁹ El término sirio luqbal, que nosotros generalmente traducimos al castellano con la palabra «contra», puede expresar simplemente la dirección o el término de un movimiento: «hacia», «a»; en todo caso, para comprender el sentido de cada «capítulo», hace falta sobrentender en la primera parte una expresión como «di», «responde».

²⁵⁰ El ayuno se relaciona aquí con la purificación del intelecto gracias a la oscura traducción hecha por los LXX de un versículo igualmente enigmático, que en el texto hebreo corresponde a Éx 38,8.

«Comió Jacob y se sació y respingó el amado, engordó, se robusteció, se ensanchó y abandonó a Dios, al que lo hizo, y se apartó de Dios, su salvador» (Dt 32,15).

Del libro de Samuel

7. Contra el pensamiento de gula que me exige comer a la hora sexta²⁵¹.

«¡Esto me haga Dios y esto me añada si pruebo pan u otra cosa antes de que se ponga el sol!» (2Sam 3,35).

Del libro de los Reyes

8. Contra el pensamiento que me hace preocuparme por la falta de pan, aceite y demás bienes que necesitamos.

«Esto dice el Señor: “El cántaro de la harina no se vaciará y la ampolla del aceite no disminuirá hasta el día en que el Señor haga llover sobre la faz de la tierra”» (1Re 17,14).

9. Contra el alma que desea recorrer el camino de los santos saciada de pan y agua.

«Dijo el rey de Israel: “Coged a Miqueas y llevadlo ante Amón, el rey de la ciudad, y ante Joás, hijo del rey. Ponedlo en la prisión, y dadle de comer pan de tribulación y agua de tribulación, hasta que yo vuelva en paz”» (1Re 22,26–27)²⁵².

10. Contra el pensamiento que nos dice que las provisiones no alcanzarán para nosotros y para los hermanos que vienen.

«Esto dice el Señor: “Comerán y sobrá”. Y comieron y sobró, según la palabra del Señor» (2Re 4,43–44).

De David

11. Contra el pensamiento que me aflige por vivir en amarga pobreza.

«El Señor es mi pastor y nada me faltará» (Sal 22[23],1).

12. Contra el pensamiento que, sin que haya escasez, hace acumular más pan con el pretexto de la caridad hacia los huéspedes.

«Joven fui, y ahora soy viejo, y no he visto al justo abandonado ni a su linaje mendigar pan» (Sal 36[37],25).

13. Contra el pensamiento que se preocupa por la comida y el vestido y descuida el verdadero afán.

²⁵¹ 3 Traducción según Mingana 68 que dice «a la hora sexta» (bshat sh'in) en vez de «a la hora novena» (btsha' sh'in) de Frankenberg. En efecto, precisamente a la hora novena los monjes solían consumir la única comida del día.

²⁵² El deseo de santidad que va acompañado de la saciedad puede ser fuente de ilusión y de inquietud. El versículo bíblico citado, leído en sentido espiritual, sugiere imponerse el ayuno como medio para reencontrar el camino de la paz.

«Te confesaré mis faltas y me purificaré de mis pecados» (Sal 37[38],19).

14. Contra los pensamientos que nos aconsejan y dicen: «No te entregues a una vida tan dura, no atormentes tu débil cuerpo con ayuno y trabajo incesantes».

«Trabajaré por siempre y vivirá hasta el fin; verá a sabios morir y no verá la perdición» (Sal 48[49],10).

15. Contra el pensamiento que me dice: «No atormentes ni rebajes tan despiadadamente tu vida con la vigilia nocturna».

«Un corazón contrito y humillado, Dios no lo despreciará» (Sal 50[51],19).

16. Contra el pensamiento que se preocupa por la comida y la bebida y se inquieta por conseguirlos.

«Arroja sobre el Señor tu afán y Él te nutrirá» (Sal 54[55],23).

17. Contra el pensamiento que me sugiere: «La vigilia nocturna no te sirve de nada; más bien te atrae muchos pensamientos».

«He velado y me he vuelto como un gorrión solitario en el tejado» (Sal 101[102],8).

18. Contra el pensamiento que nos reprocha el que nos abstengamos de aceite y no recuerda que David hacía lo mismo y decía:

«Mis rodillas se han debilitado por el ayuno; y mi carne ha cambiado sin el aceite» (Sal 108[109],24).

19. Contra los pensamientos que nos alejan de nuestro modo de vida, atemorizándonos y diciéndonos que un ayuno tan riguroso nos provocará una muerte tremenda.

«No moriré, sino viviré y narraré las obras del Señor» (Sal 117[118],17).

20. Contra los pensamientos que me sugieren que disminuya la práctica prolongada de la vigilia nocturna y que dé un poco de descanso a mi pobre y debilitado cuerpo.

«¡No entraré bajo el techo de mi casa, ni me tenderé en mi lecho, ni daré sueño a mis ojos o reposo a mis párpados, hasta que encuentre un lugar para el Señor, una morada para el Dios de Jacob!» (Sal 131[132],3–5).

De los Proverbios de Salomón

21. Contra el pensamiento que nos presagia que en breve pasaremos hambre o gran tribulación.

«El Señor no hará pasar hambre a sus siervos; mas la vida de los impíos trastornará» (Prov 10,3).

22. Contra el pensamiento que me despierta el deseo del vino como si proviniese del hígado y el bazo debilitados por el agua²⁵³.

«Quien se deleita y entretiene con el vino dejará deshonra en sus fortalezas» (Prov 12,11a).

23. Contra el pensamiento que aprisionado por el ansia de comida pierde el interés por las obras virtuosas.

«En mucho trabajo hay abundancia; el satisfecho e indolente en indigencia estará» (Prov 14,23).

24. Contra el pensamiento que llora por el poco alimento y por el pan seco.

«Mejor un mendrugo seco, en paz, que casa llena de ofrendas, con altercado» (Prov 17,1).

25. Contra los pensamientos que en los días de fiesta nos sugieren que seamos un poco más indulgentes con nuestros cuerpos y que les concedamos un pequeño placer.

«No convienen al insensato placeres, ni al siervo empezar con oprobio a señorear» (Prov 19,10).

26. Contra el pensamiento que sin que tengamos grave enfermedad nos incita a beber vino y nos presagia dolor de estómago y de todas las vísceras.

«Desenfrenado es el vino, y disoluta la ebriedad; insensato el que en ellos se enreda» (Prov 20,1).

27. Contra el pensamiento que fuerza a nuestro intelecto a asumir con un juramento el ayuno y nuestro modo de vida —uso que es ajeno a la costumbre monástica²⁵⁴—.

«Lazo es para el varón consagrar de pronto algo de lo propio, porque después de hacer el voto sobreviene el arrepentirse» (Prov 20,25).

28. Contra el pensamiento que nos importuna con la preocupación de no dar de nuestro pan al indigente, y que nos dice que mientras él lo puede encontrar en cualquier lugar, nosotros no podemos acudir a otras puertas.

«Quien se apiada del pobre será saciado, pues ha dado de su propio pan al pobre» (Prov 22,9).

²⁵³ Este «pensamiento» sugiere que se recurra al vino con el pretexto de que el agua ha dañado el hígado y el bazo. Respecto a este pensamiento no es extraña la sugerencia apostólica a Timoteo (ver 1Tim 5,22–23), citada explícitamente más adelante en el n. 67. Al respecto, véanse también los nn. 26 y 35 de este mismo lógos.

²⁵⁴ Véanse a este propósito las palabras que Paladio dirige a Lauso en el prólogo de su obra: «Tú no has vinculado, por impulso o prejuicio irracional, tu libre albedrío a un juramento para agradar a los hombres, como sucedió a algunos, que por emulación, cautivados por la fama que da el abstenerse del comer y beber, han sometido su libre voluntad a la constricción del juramento, y bajo el peso de ello cediendo miserablemente, a causa del apego a la vida y a la debilidad moral y del placer, han generado el doloroso fruto del perjurio» (HL, Pról., 9 [Bachiesi, p. 11]).

29. Contra los pensamientos que en día de fiesta nos sugieren discretamente que por una vez, después de tanto tiempo, gustemos la carne y el vino.

«No seas bebedor de vino, ni participes en festines de carnes, pues el borracho y disoluto mendigará, y el perezoso vestirá harapos» (Prov 23,20–21).

30. Contra el pensamiento que nos recuerda los placeres de otrora y que nos evoca los vinos dulces y las copas en nuestras manos, cuando banqueteábamos y bebíamos.

«No prestes ojos al vino, cómo resplandece en la copa. Camina con rectitud, porque al final es como serpiente que muerde y víbora que envenena» (Prov 23,31–32).

31. Contra los pensamientos que nos incitan a hartarnos el vientre de pan y agua.

«No conduzcas a impío a pasto de justos; ni te engañes con hartura de vientre» (Prov 24,15).

32. Contra la vergüenza que sentimos cuando los días de fiesta nuestros Padres nos sugieren que rompamos el ayuno y comamos un poco de legumbres²⁵⁵.

«Hay vergüenza que acarrea pecado, y vergüenza que es gloria y regocijo» (Eclo 4,21).

33. Contra el demonio que me seduce con adulaciones y que me dice jurando: «En adelante ya no te abstendrás de comida y bebida, porque tu cuerpo está demasiado débil y descompuesto por el constante ayuno».

«El demonio complace con los labios, pero trama el mal en su corazón» (Prov 26,24).

34. Contra el pensamiento que me presenta cuán duros son los mandamientos del Señor y que me dice que éstos traerán muchas aflicciones y miserias a mi cuerpo y alma.

«Más confiables son heridas de amigo que espontáneos besos de enemigo» (Prov 27,6).

Del Eclesiastés

35. Contra el pensamiento que, sin estar yo enfermo, me hace desear un poco de vino y me dice que el vino fue creado para los hombres.

«Todo lo que ha hecho es bello a su tiempo» (Ecle 3,11).

36. Contra el pensamiento que me hace memoria de los placeres de otro tiempo y de los banquetes, y que me mueve a desear ese estilo de vida.

«Mejor ir a casa de llanto que entrar a casa de bebida» (Ecle 7,2).

37. Contra el pensamiento vano que nos sugiere recargar nuestra disciplina de vida más de lo debido —como por ejemplo ceñirnos un sayal al lomo²⁵⁶, adentrarnos en el desierto y

²⁵⁵ Los pensamientos que inducen en este caso a la vergüenza o al sentido de culpa provienen de la falta de sencillez ante la palabra de los Padres que invitan a comer algo más en día de fiesta.

²⁵⁶ Tal práctica recuerda un exceso ascético juvenil de Macario el Alejandrino mencionado en un fragmento copto de la HL. Ver G. Bunge, A. de Vogüé, *Quatre ermites*, ob. cit., p. 143. Véase también

permanecer bajo el cielo abierto— y nos aconseja huir también de la presencia de hombres con quienes comunicarnos.

«No seas muy escrupuloso ni caviles demasiado, no vayas a desvariar» (Ecle 7,16).

De Job

38. Contra los pensamientos que nos recuerdan los placeres del pasado y nos señalan las aflicciones del presente.

«Si lo bueno lo hemos recibido de mano del Señor, ¿lo malo no soportaremos?» (Job 2,10).

De Miqueas

39. Contra el pensamiento del que visita a sus familiares y encuentra la mesa colmada de todo tipo de alimentos.

«Levántate y vete, que este reposo no es para ti» (Miq 2,10).

De Habacuc

40. Contra el pensamiento de gula que en los días de fiesta nos muestra a muchos banqueteando, alegrándose y divirtiéndose.

«En el Señor me alborozaré; gozaré en Dios, mi Salvador» (Hab 3,18).

De Isaías

41. Contra los pensamientos que nos recuerdan los placeres y las mesas colmadas de bienes y que los ensalzan por sobre la disciplina monástica.

«¡Ay de los que llaman hermoso a lo malo, y malo a lo hermoso; los que tornan las tinieblas en luz, y la luz en tinieblas; los que tornan amargo lo dulce, y dulce lo amargo!» (Is 5,20).

42. Contra el pensamiento de quien se siente cansado y lento por el poco pan y agua.

«Os dará el Señor pan de tribulación y agua estrecha; pero ya no se acercarán a ti los que te extravían; pues tus ojos verán a los que te extravían; y tus orejas oirán las palabras de los que, detrás de ti, te extraviaban» (Is 30,20–21).

De Jeremías

43. Al Señor, cuando la debilidad de mi cuerpo se ha consumido de tanto ayuno y languidece por la austera disciplina.

«Señor, acuérdate de mí, visítame y ampárame de los que me persiguen. No demores; sabe que por Ti he recibido oprobio de los que reprueban tus palabras» (Jer 15,15).

Amonio 4 en Vita e detti dei Padri del deserto, a cargo de L. Mortari, Roma 1997, p. 121. Otras referencias en Mal. cog., 25 y Mal. cog. r.l.,

De las Lamentaciones

44. Al Señor, cuando el demonio deseca el estómago y todas las articulaciones del cuerpo y provoca en nuestro cuerpo un gran malestar, como de hambre o enfermedad prolongada.

«Ve, Señor, que se me atribula: mi vientre se ha conturbado, y el corazón se me retuerce» (Lam 1,20).

De Daniel

45. Para el alma a la que no le basta con comer pan y beber agua y que quisiera comer también legumbres, sin recordar la prueba en la que Daniel y sus compañeros comieron verduras.

«Y dijo Daniel a Malasar, a quien el arquiteunuco había puesto a cargo de Daniel, Ananías, Misael y Azarías: “Prueba a tus siervos por diez días; que se nos dé de comer legumbres y de beber agua. Y si nuestros rostros aparecen macilentos comparados con los jovencillos que comen de la comida del rey, haz con tus siervos según quisieres”. Y los trató de este modo y los probó diez días. Y, al fin de los diez días, sus rostros parecieron hermosos y el estado de sus cuerpos mejor que los jovencillos que comían de la comida del rey. Y Malasar fue quitándoles manjares y el vino de su bebida; y les daba legumbres» (Dan 1,11–16).

Del Evangelio de Mateo

46. Para el alma que desea encontrar un arma poderosa en el momento de la lucha.

«Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo. Y habiendo ayunado cuarenta días y cuarenta noches, al último tuvo hambre» (Mt 4,1–2).

47. Contra los pensamientos que se preocupan por la comida o por el vestido con la excusa de la hospitalidad o de las incesantes enfermedades y miserias del cuerpo.

«No os preocupéis de vuestra vida, qué habréis de comer o de beber, ni de vuestro cuerpo, qué os vestiréis. ¿Acaso la vida no es más que la comida y el cuerpo más que el vestido?» (Mt 6,25).

48. Contra el alma que está aprisionada por la gula y cree recorrer el camino de la vida satisfaciendo el cuerpo y [persiguiendo] los placeres.

«¡Estrecha la puerta y angosto el camino que conduce a la vida, y pocos son los que lo encuentran!» (Mt 7,14).

Del Evangelio de Lucas

49. Contra el pensamiento que no nos deja compartir nuestra comida y vestido con los necesitados, porque los recursos no alcanzan para nosotros y para ellos; y [nos sugiere] que seguramente habrá después otro más débil y necesitado a quien nos conviene dar en vez de a éste, que es un perezoso y quiere comer y vestirse sin trabajar.

«El que tiene dos túnicas, participe al que no tiene; y el que tiene alimentos, haga así también» (Lc 3,11).

De los Hechos

50. Para el alma que gusta de los antojos y acumula comida y vestido para ella sola.

«Todos los creyentes estaban unidos y tenían todo en común; y vendían y repartían sus bienes y posesiones entre todos, según la necesidad de cada uno» (Hch 2,44–45).

51. Para el alma agobiada en la tribulación por la abstinencia de pan y agua.

«Es necesario que pasemos por muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios» (Hch 14,22).

Apóstol. De la Carta a los Romanos

52. Contra los pensamientos que nos sugieren preocuparnos un poco de nuestro cuerpo recurriendo a comida y bebida.

«No os preocupéis de la carne con sus concupiscencias» (Rom 13,14).

53. Contra los pensamientos que nos sugieren que nos reanimemos con el anzuelo de algunas verduras.

«El enfermo, verduras come» (Rom 14,2).

De la Primera Carta a los Corintios

54. Contra el pensamiento que en el tiempo de la cosecha nos despierta el deseo de alimentos frescos.

«El que lucha se abstiene de todo para recibir una corona corruptible; nosotros, en cambio, una incorruptible» (1Cor 9,25).

De la Segunda Carta a los Corintios

55. Contra los pensamientos que nos sobrevienen por la gran necesidad y que van minando poco a poco la fortaleza del alma.

«Siendo en todo atribulados, pero no angustiados; vacilando, pero no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; postrados, pero no aniquilados; llevando siempre a doquier la mortificación de Jesús en el cuerpo, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Pues los que vivimos somos siempre entregados a la muerte por causa de Jesús; para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal» (2Cor 4,8–11).

56. Contra el pensamiento que describe ante nuestros ojos dolores de estómago, de hígado, de riñones e hinchazón del vientre.

«Por ello no desmayamos, sino que, aunque nuestro hombre exterior se corrompe, el interior es renovado día a día» (2Cor 4,16).

57. Contra los pensamientos que nos sobrevienen conforme nuestro cuerpo se va deteriorando.

«Sabemos que si esta tienda de nuestra casa terrena se deshace, tenemos de Dios una edificación, casa no hecha de manos, eterna en los cielos» (2Cor 5,1).

58. Contra el pensamiento que [primero] nos suscita la compasión y nos persuade a dar a los pobres, y que luego nos entristece y atormenta por lo que hemos dado.

«No con tristeza o por necesidad. Pues Dios ama al que da con alegría. Al varón alegre y dadivoso Dios lo bendice» (2Cor 9,7; ver Prov 22,8a).

59. Contra el pensamiento que nos figura que el ayuno nos provocará una enfermedad feroz, y que nos sugiere que comamos un poco de algo cocido.

«Cuando flaqueo, entonces soy fuerte» (2Cor 12,10).

De la Carta a los Efesios

60. Contra el pensamiento que ansía la abundancia de vino en día de fiesta.

«No os embriaguéis con vino, que porta la lujuria; sino llenaos del Espíritu. Hablaos en salmos, himnos y cánticos espirituales; cantad y salmodiad en vuestro corazón al Señor» (Ef 5,18–19).

De la Carta a los Filipenses

61. Contra los pensamientos que inducen al alma a no procurarse el alimento con el trabajo de sus manos y que tampoco acepte nada de los parientes —porque son muy pobres y viven lejos—, y que después le sugieren que otros suplirán sus necesidades.

«El Señor está cerca. Nada os inquiete; sino en todo, por la oración y la plegaria, con agradecimiento, manifestad ante Dios vuestras peticiones» (Flp 4,5–6).

62. Contra el pensamiento que me presagia hambre y falta de pan, y me suscita una gran ansiedad por la vergüenza de tener que depender de la caridad de los demás.

«En todo estoy iniciado: en la saciedad y en el hambre, en la abundancia y en la necesidad. Todo lo puedo en el que me conforta» (Flp 4,12–13).

De la Primera Carta a los Tesalonicenses

63. Contra el pensamiento que nos prohíbe trabajar con nuestras manos y que nos sugiere que esperemos recibir de los demás lo que necesitamos.

«Os exhortamos, hermanos, a abundar más y a rivalizar en sosegaros y hacer las cosas propias y trabajar con vuestras manos; según os hemos preceptuado, a fin de que caminéis noblemente ante los de fuera y de nada tengáis necesidad» (1Tes 4,10–12).

De la Segunda Carta a los Tesalonicenses

64. Contra el razonamiento que nos prohíbe trabajar con nuestras manos y nos exige comer pan hasta la saciedad.

«Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma» (2Tes 3,10).

De la Carta a los Hebreos

65. Contra el pensamiento que dice: «La vida monástica es dura y muy pesada, demasiado desgastante para nuestro cuerpo y sin ventaja alguna para el alma».

«Ninguna corrección es al momento agradable, sino penosa; pero al final da fruto pacífico de justicia a los ejercitados por ella» (Heb 12,11).

66. Contra el razonamiento que fija la atención en la comida y se olvida de la limosna a los pobres.

«No os olvidéis de la beneficencia y la comunión, pues con esos sacrificios se complace a Dios» (Heb 13,16).

De la Primera Carta a Timoteo

67. Contra el pensamiento que, sin que tengamos dolor de estómago o grave enfermedad, nos aconseja beber vino, recordándonos el mandamiento del bienaventurado Apóstol, que en su Carta a Timoteo lo exhorta a eso:

«Consérvate casto. Ya no bebas agua, sino toma un poco de vino por tu estómago y tus frecuentes enfermedades» (1Tim 5,22–23).

De la Carta de Santiago

68. Contra los pensamientos que nos dirigen nuevamente hacia el mundo y sus mandamientos.

«¿No sabéis que la amistad con el mundo es enemiga de Dios? Quien quiere ser amigo del mundo se constituye en enemigo de Dios» (Stgo 4,4).

De la Primera Carta de Juan

69. Contra el pensamiento que considera opresivo el precepto del ayuno.

«Sus mandamientos no son pesados, porque todo lo nacido de Dios vence al mundo. Y ésta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe» (1Jn 5,3–4).

¡Bendito sea nuestro Señor Jesucristo, que nos ha concedido la victoria sobre los pensamientos del demonio de la gula!

DISCURSO II: CONTRA LOS PENSAMIENTOS DE LA FORNICACIÓN

Del Éxodo 1.

Contra el pensamiento que presenta en mi mente la imagen de una mujer unida a un hombre.

«No desearás la mujer de tu prójimo» (Éx 20,17).

2. Contra el pensamiento de tristeza que surge en nosotros por las muchas tentaciones de fornicación que nos asaltan, y que mina nuestra esperanza diciéndonos: «¿Qué puedes esperar de bueno después de toda esta fatiga?».

«Si escucharas con atención mi voz e hicieras todo cuanto te he dicho, seré enemigo de tus enemigos y me opondré a quienes se opongan a ti. Marchará, pues, mi ángel guiándote, y te llevará donde el amorreo y khetteo y ferezeo y khananeo y gergeseo y heueo y ieboseo, y yo los aniquilaré» (Éx 23,22–23).

3. Contra el razonamiento que cree que después de [apenas] una hora se verá libre de los pensamientos malignos de fornicación.

«No los echaré en un solo año, para que no quede la tierra desierta y se multipliquen contra ti las bestias salvajes de la tierra. Poco a poco los echaré lejos de ti, hasta que te hayas multiplicado y hayas heredado la tierra» (Éx 23,29–30).

4. Contra el pensamiento de fornicación que dice: «El joven no es capaz de contenerse de los deseos de fornicación y de elevar pensamientos puros al Señor».

«Todo el que pasa por el censo, de veinte años para arriba, dará la ofrenda al Señor» (Éx 30,14).

5. Contra el pensamiento de fornicación que dice: «No es culpable ni reprehensible el joven que cede a la fornicación o que consiente alegremente pensamientos impuros».

«Y el Señor dijo a Moisés: “Si alguno ha pecado ante mí, lo borraré de mi libro”» (Éx 32,33).

Del Deuteronomio

6. Contra el razonamiento de quien no se esfuerza en proteger su alma de la fornicación que lo inflama y dice y hace cosas inicuas con la mujer que representa ante sus ojos.

«Escucha, Israel, y cuida de que se cumplan [todos los mandamientos], para que te vaya bien y para que os multipliquéis mucho, según lo que dijo el Señor, Dios de tus padres: que te daría la tierra que mana leche y miel» (Dt 6,3).

7. Contra el pensamiento que con un deseo impuro induce a acercarse al demonio de la fornicación.

«Al Señor, tu Dios, temerás, a Él servirás y a Él te mantendrás unido, y en su nombre jurarás» (Dt 6,13).

8. Para el alma que, atribulada día y noche por pensamientos de fornicación, abandona la esperanza de derrotarlos.

«Si dices en tu pensamiento: “Esta nación es más numerosa que yo, ¿cómo podré exterminarla?”. No le temas. En el recuerdo tendrás cuanto hizo el Señor, tu Dios, a Faraón y a todos los egipcios» (Dt 7,17–18).

9. Contra el razonamiento del alma atormentada por pensamientos de fornicación que [primero] le presentan con variadas imágenes la pasión maligna de la fornicación, luego acumulan pensamientos impuros, y [finalmente] regresan y fijan [la atención] en uno de estos pensamientos esclavizantes, y lo dejan para que habite en el alma desdichada.

«Hoy sabrás que el Señor, tu Dios, es éste, el que va en cabeza, delante de ti. Es fuego devorador. Él los exterminará, Él los pondrá en fuga ante ti y los aniquilarás rápidamente, como te dijo el Señor» (Dt 9,3).

10. Contra los pensamientos que consienten un poco de alimento apenas el espíritu de fornicación, burlándose de ellos, les concede una pequeña pausa, y creen haber alcanzado así la cumbre del dominio de sí mismos.

«No haréis todo lo que nosotros hacemos aquí hoy, cada uno lo que le parece bien, pues hasta ahora no habéis llegado al reposo ni a la herencia que el Señor, vuestro Dios, os da» (Dt 12,8–9).

11. Para el alma que titubea y tiembla a causa del demonio que excita sus miembros — quien ha sido tentado por este demonio comprende lo que aquí se dice—.

«Te servirá de escudo tu defensor, y la espada, su jactancia. Y te engañarán tus enemigos, y tú sobre sus cuellos pasarás» (Dt 33,29).

De los Jueces

12. Para el alma que cae de la tristeza a la acedia y que ya no es capaz de resistir a los pensamientos impuros que contaminan su oración.

«Levántate, que éste es el día en que el Señor ha entregado a Sisara en tu mano; el Señor irá delante de ti» (Jue 4,14).

13. Contra el razonamiento que es provocado por pensamientos de fornicación y de ninguna manera quiere arrojarlos de sí, y no toma en consideración la cadena del pecado y la estrategia de los malignos.

«Dijo Dalila: “¡Filisteos sobre ti, Sansón!”. Y despertó de su sueño y dijo: “Saldré como otras veces y me sacudiré”. Y no sabía que el Señor se había retirado de sobre él. Y los filisteos se apoderaron de él, le sacaron los ojos y lo bajaron a Gaza, y lo aherrojaron con grillos de bronce; y estaba moliendo en la cárcel» (Jue 16,20–21).

Del primer libro de Samuel

14. Al ángel del Señor que de pronto aparece en mi intelecto, enfría el pensamiento de fornicación y expulsa a los pensamientos que lo rodean.

«Mi corazón se ha confirmado en el Señor; mi cuerno se ha exaltado en mi Dios; mi boca se ha dilatado sobre mis enemigos; me he regocijado por tu salvación» (1Sam 2,1).

15. Contra el demonio abominable de la fornicación que de noche se me aparece obscenamente con rostro de mujer, sin que me sea posible resistir a sus deseos impuros.

«El arco de los poderosos desfalleció, pero los débiles se ciñeron con fuerza. Los hartos de pan enflaquecieron y los hambrientos tuvieron de sobra» (1Sam 2,4–5).

16. Para el alma que no quiere huir del deseo impuro y permanece [enredada] en el pensamiento de Naas el amonita, que significa serpiente.

«Dijeron todos los varones de Jabés a Naas el amonita: “Haz un pacto con nosotros y te serviremos”. Y les dijo Naas el amonita: “Haré este pacto con vosotros: sacaré todos vuestros ojos derechos y pondré oprobio sobre todo Israel”» (1Sam 11,1–2).

Del primer libro de los Reyes

17. Contra el demonio de la fornicación que por medio de sus pensamientos busca extraviar y corromper mi templanza.

«Líbreme Dios de darte la heredad de mis padres» (1Re 20[21],3).

Del segundo libro de las Crónicas

18. Para el alma que cree que el demonio de la fornicación la tienta por encima de sus fuerzas.

«Entonces el país empezó a pagar tributos según lo ordenado por el faraón; y a cada uno según sus recursos se le pidió plata y oro para el faraón Neco» (2Cró 36,4a; ver 2Re 23,35).

De Esdras

19. Al Señor, cuando de noche los pensamientos de fornicación nos muestran visiones abominables.

«Señor, estoy avergonzado y confundido para levantar mi rostro a Ti, Dios mío. Porque nuestras iniquidades se han multiplicado sobre nuestras cabezas, y nuestros delitos han crecido hasta el cielo. Desde los días de nuestros padres hasta hoy estamos en gran delito» (Esd 9,6).

20. Para el alma que ha alcanzado el señorío de sí y la pureza luego de duras batallas contra los pensamientos de fornicación.

«La tierra que vais a heredar es tierra perversa, por la perversión de los pueblos gentiles, por los extravíos con que los llenaron, de cabo a cabo, por sus inmundicias» (Esd 9,11)²⁵⁷.

Del profeta David

21. Al Señor, cuando multitud de pensamientos impuros nos inflaman y atormentan, distrayendo a la mente con [imágenes de] diversos rostros.

«Señor, ¿por qué se han multiplicado los que me atribulan? Muchos se levantan contra mí. Muchos dicen a mi alma: “No hay salvación para él en su Dios”. Pero Tú, Señor, eres mi refugio, gloria mía, el que exaltas mi cabeza» (Sal 3,2–4).

22. Para el alma que no sabe que la fuerza de la ira es contraria al pensamiento de la fornicación, porque está constituida de fuego, mientras que los pensamientos impuros provienen del agua.

«Airaos, y no pequéis; meditad en vuestros corazones y compungíos en vuestros lechos» (Sal 4,5).

23. Contra los pensamientos impuros que permanecen en nosotros, a menudo imprimen con fuerza en nosotros imágenes indecentes y mediante las pasiones de la concupiscencia atan nuestras mentes a los miembros indecorosos.

«Apartaos de mí todos los que obráis la iniquidad, porque ha oído el Señor la voz de mi llanto. El Señor ha oído mi súplica. El Señor ha acogido mi oración» (Sal 6,9–10).

24. Al Señor, cuando el demonio de la fornicación no puede vencernos mediante el deseo del cuerpo y presenta a nuestra mente [la imagen de] un monje cometiendo el pecado obscuro de la fornicación.

«Las espadas del enemigo han desfallecido hasta el fin, has arrasado sus ciudades, ha perecido su memoria y el Señor permanece por siempre» (Sal 9,7–8).

25. Al Señor, cuando el demonio impuro de la fornicación se acerca abiertamente a los que se esfuerzan por alejarse de él, haciendo perder la razón de pronto con una locura que revuelve el alma con multitud de violentos pensamientos de fornicación. Cuando somos tentados por este demonio es muy útil ponernos inmediatamente de pie y caminar en nuestra celda hacia delante y hacia atrás con pasos amplios y enérgicos; quien pueda comprender, que comprenda.

«Mira, óyeme, Señor, Dios mío: Ilumina mis ojos, no sea que me duerma en la muerte, no sea que diga mi enemigo: “He prevalecido contra él”» (Sal 12[13],4–5).

26. Para el alma convencida de que los pensamientos de la fornicación son más fuertes que los mandamientos del Señor que nos fueron dados para neutralizar esa pasión.

²⁵⁷ La victoria sobre los pensamientos de fornicación no es aún la conquista de la tierra prometida de la curación de las pasiones. Por eso el texto bíblico que se evoca aquí pareciera invitar a mantenerse humildes ante la pureza alcanzada y a no pasar de los pensamientos de la fornicación a los de la vanagloria.

«Como polvo al viento los desmenuzaré, como el lodo de las calles los emparejaré» (Sal 17[18],43).

27. Al Señor, cuando el demonio de la fornicación se lanza de pronto sobre el cuerpo e insinúa pensamientos impuros al intelecto, pero no puede vencerlo.

«Has convertido mi llanto en gozo, has desgarrado mi saco y me has ceñido de alegría para que te cante mi gloria y no sea yo afligido, no» (Sal 29[30],12–13).

28. Contra el pensamiento que me dice: «El demonio de la fornicación te hará pasar vergüenza si te levantas contra él».

«Ruborícense y confúndanse los que persiguen a mi alma. Retrocedan y ruborícense los que tramán el mal contra mí» (Sal 34[35],4).

29. Contra el pensamiento que me amenaza: «Será enviado sobre ti otro demonio de la fornicación, más opresivo, insolente y fuerte que el primero, que fácilmente someterá tu alma al pecado que se realiza en las obras».

«¡Háganse como polvo a la faz del viento, y un ángel del Señor los atribule, hágase su camino tinieblas y resbalamiento, y un ángel del Señor los persiga!» (Sal 34[35],5–6).

30. Para el alma que, en la tribulación producida por los pensamientos de la fornicación, desprecia el hábito de sayal y no recuerda que David lo vistió, para instrucción nuestra, cuando dijo:

«Yo, en cambio, cuando ellos me molestaban, me vestía de sayal y humillaba en ayuno mi alma; y mi oración en mi seno repetía» (Sal 34[35],13).

31. Para el alma que se entristece porque subsisten en ella pensamientos impuros y cree que ya no los podrá vencer porque en su mente se ha fijado una imagen impura que la atormenta sin cesar.

«Un poco más, y el pecador ya no estará, no; buscarás su lugar y no lo hallarás, no» (Sal 36[37],10).

32. Contra el demonio de la fornicación que se presenta bajo la apariencia de una bella mujer desnuda, que provoca con su paso, que mueve su cuerpo de manera impura y que a muchos hace perder la razón y olvidar sus mejores propósitos.

«Por esto Dios te destruirá para siempre; te arrancará de tu tienda, y extirpará tu raíz de la tierra de los vivos» (Sal 51[52],7).

33. Contra el pensamiento que me presagia que perderé la castidad y pasaré vergüenza ante los hombres.

«¡Ruborícense y vuélvanse hacia atrás, todos los que odian a Sión; sean hechos como hierba de techumbre que se seca antes de ser arrancada!» (Sal 128[129],5–6).

De los Proverbios de Salomón

34. Contra el demonio de la fornicación que de noche, mientras duermo, me induce a un acto impuro, y de día regresa con pensamientos de reproche y de burla.

«Yo también me reiré de vuestra perdición; me regocijaré cuando os venga la ruina, cuando de pronto os llegue el tumulto, y se presente la catástrofe, como tormenta, cuando os venga la tribulación y el asedio, cuando os llegue la ruina» (Prov 1,26–27).

35. Contra los pensamientos que nos constriñen a prolongar la conversación con una mujer casada, con el pretexto de que nos viene a visitar con frecuencia y puede recibir de nosotros beneficios espirituales.

«No estés mucho con otra, y no te echés en brazos de la ajena» (Prov 5,20).

36. Contra la mente que se deja impresionar por la imagen de una bella mujer, y que luego quiere hablarle o realizar con ella algo malicioso. Ello no debe suceder de ningún modo, como nos lo enseña el santo Juan, profeta de la Tebaida²⁵⁸.

«Que no te venza la concupiscencia de la hermosura; que no te cautiven sus ojos, que no te arrebaten sus párpados. Pues el precio de la ramera es el mismo que el de un pan» (Prov 6,25–26).

37. Contra el pensamiento que me sugiere: «No nos hace daño mirar a una prostituta».

«¿Atará alguien fuego en el seno sin quemarse los vestidos? ¿O caminará alguien sobre carbones de fuego sin quemarse los pies? Así el que se allega a mujer ajena, no quedará impune, tampoco el que la tocare» (Prov 6,27–29).

38. Para el alma que no conoce lo referido a las tentaciones y no aprecia el perfecto señorío de uno mismo que alcanzamos cuando el demonio ha sido vencido y se ha apartado de nosotros.

«Así como se acrisolan la plata y el oro en el horno, así también los corazones escogidos por el Señor» (Prov 17,3).

39. Contra el pensamiento impuro que nos seduce y arrastra nuevamente hacia un pecado del que nos hemos arrepentido ya muchas veces delante del Señor.

«Como el perro que vuelve a su vómito y se hace aborrecible; así el insensato, en su maldad, vuelve a su pecado» (Prov 26,11).

Del Eclesiastés

40. Contra el pensamiento que nos suscita la memoria de la casa en la que dimos muchos frutos a Satanás.

²⁵⁸ Quizás se hace referencia aquí al hecho de que Juan de Licópolis no quiere ver a las mujeres que van a visitarlo y se comunica con ellas sólo indirectamente, como sucede con la sierva de Dios Poimene; ver HL, 35. Juan es mencionado también en Ant., V,6 y VII,19.

«Mejor el varón que oye la reprensión del sabio que el que oye el cántico de los insensatos» (Ecle 7,5).

41. Para el alma que acoge las tentaciones de los pensamientos impuros y no los trata de expulsar con hambre, sed, vigilia y oración.

«Si te asalta el espíritu del dominante, no abandones tu lugar, pues la calma reprime grandes pecados» (Ecle 10,4).

Del Cantar de los Cantares

42. A los santos ángeles, a causa de los pensamientos impuros que subsisten en el alma.

«No os fijéis en que estoy ennegrecida; es que me quemó el sol» (Cant 1,6).

De Job

43. Para el alma que cree que guardar el firme propósito de no fornicar en su mente es extraño a su naturaleza.

«Pues decía Job: “No sea que mis hijos hayan pensado mal contra Dios en su mente”» (Job 1,5).

44. Para el alma que es tentada por el demonio de la fornicación, se desconcierta ante esta grande e indecible tentación, y se asombra de cuán desvergonzado e impertérrito es este demonio.

«¿Acaso no es tentación la vida del hombre sobre la tierra; y sus días como los de un jornalero?» (Job 7,1).

45. Contra el pensamiento que presagia que los demonios de la fornicación «vienen a tocar y a hacer arder nuestros miembros».

«De día les sobrevendrán tinieblas, y al mediodía andarán a tientas como de noche» (Job 5,14).

46. Contra el demonio de la fornicación que obliga a Israel a recoger paja y rastrojos en lugar de grano.

«¡Lejos de mí prevaricar ante el Señor y pervertir la justicia ante el Todopoderoso! Retribuya Él a cada hombre según lo que hace» (Job 34,10–11).

47. Para el alma que no sabe de dónde vienen estos pensamientos de fuego que son lanzados sobre nosotros.

«De las narices [del Leviatán] sale humo encendido en fuego de carbones del horno» (Job 41,11).

De Isaías

48. Contra el pensamiento de fornicación que me dice: «No pierdo nada ni soy destruido por hambre, sed y mucho ayuno».

«Morirá de hambre tu descendencia, y no quedará nada de ti» (Is 14,30).

49. Contra el demonio que en mi mente me aconseja que me una a una mujer y me haga padre de familia para que el hambre no me siga combatiendo con pensamientos de fornicación.

«Pues el necio cosas necias hablará y su corazón cosas vanas entenderá, para consumir iniquidades y hablar falsedades, para desvanecer a las almas hambrientas y despojar a las sedientas» (Is 32,6).

De Jeremías

50. Al Señor, cuando los demonios de la fornicación toman pretextos de las Escrituras y de lo que está escrito en ellas.

«Señor, que pruebas lo justo y comprendes riñones y corazones, vea yo tu venganza contra ellos, pues a Ti he encomendado mi causa» (Jer 20,12).

De las Lamentaciones

51. Al Señor, cuando los pensamientos de fornicación permanecen en mí.

«Mira, Señor, mi humillación: se ha engrandecido el enemigo» (Lam 1,9).

52. Al Señor, cuando de noche el demonio agita contra mi alma el maldito pensamiento y trastorna por completo las facciones de mi rostro.

«Mira, Señor, observa cuánto he sido deshonrada» (Lam 1,11).

53. Para el alma que de noche ha sucumbido a visiones abominables.

«Levántate, salta de noche al principio de tu vigilia; derrama como agua tu corazón ante la faz del Señor» (Lam 2,19).

54. Al Señor, cuando el demonio de la fornicación se vale de un deseo pasional e imprime en mi mente una visión impura.

«Invoqué tu nombre, Señor, desde hoyo profundísimo; mi voz has oído; no ocultes tus orejas para mi súplica; en ayuda mía te has llegado; en el día que te invoqué, me dijiste: “No temas”» (Lam 3,55–57).

De Daniel

55. Contra el demonio de la fornicación que, apenas cesan sus pensamientos, comienza a explorar y tocar los miembros del cuerpo —los que son tentados por este demonio saben de qué estoy hablando—. A los que combaten contra ese demonio les conviene, en medio de la lucha, caminar en la celda, rezar gran parte de la noche y del día, dormir poco y sentados,

vestirse con ropas burdas de sayal y evitar abundancia de pan y de agua. Los que combaten esta batalla han de saber, sin embargo, que cuando con la fuerza del Señor lleguen a vencer este demonio, obtendrán el dominio de sí mismos y no serán derribados [más].

«El reinado de Babel se te quitará y se dará a otro, a un humilde hombre de tu casa. He aquí que yo le constituyo sobre tu reino; y tu poder y tu gloria y tus delicias se llevará; a fin de que conozcas que el Dios del cielo potestad tiene en el reino de los hombres; y a quien quiere, le dará» (Dan 4,28–29).

Del Evangelio de Mateo

56. Contra el pensamiento que con representaciones mentales de hombres y mujeres incita a cometer un pecado.

«Todo el que mirare mujer para codiciarla, ya ha fornicado con ella en su corazón» (Mt 5,28).

57. Para el alma que es tentada por pensamientos impuros de fornicación y no quiere velar ni rezar.

«Velad y orad para que no caigáis en tentación» (Mt 26,41).

De la Primera Carta a los Corintios

58. Contra los pensamientos que unas veces nos mueven a frecuentar las plazas, y otras a vagar lejos de ellas²⁵⁹.

«No os extraviéis: ni los ramera, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los contumeliosos, ni los rapaces heredarán el reino de Dios» (1Cor 6,9–10).

59. Contra los pensamientos que suscitan en nuestros corazones la fornicación, que el Señor ve cuando es puesta en acto.

«No forniquemos, como algunos de ellos fornicaron y cayeron muertos veintitrés millares en un día» (1Cor 10,8)²⁶⁰.

De la Carta a los Efesios

60. Contra los pensamientos impuros que de noche nos traicionan en sueños y de día suscitan imágenes en nuestra mente.

«Pues esto sabed: que ningún ramera, impuro o avaro —que es ser idólatra— tiene herencia en el reino del Cristo y Dios» (Ef 5,5).

²⁵⁹ Los mismos pensamientos tentadores a veces nos hacen buscar tener contactos inoportunos, otras veces nos inducen, de modo irreflexivo, a aislarnos.

²⁶⁰ Se alude a Núm 25,9, donde, sin embargo, se habla de veinticuatro mil víctimas del flagelo.

De la Carta de Santiago

61. Contra el pensamiento que atribuye al Señor las tentaciones contra los hombres.

«Nadie, al ser tentado, diga: “de Dios soy tentado”, que Dios no es tentado de males, ni tienta Él a nadie. Cada cual es tentado por la propia concupiscencia que lo arrastra y ceba» (Stgo 1,13–14).

62. Para el alma que no sabe que los demonios se valen de sus ansias para suscitarle todo tipo de tentaciones.

«¿De dónde vienen las guerras y contiendas entre vosotros? ¿No es de las concupiscencias que luchan en vuestros miembros?» (Stgo 4,1).

De la Primera Carta de Pedro

63. Contra el pensamiento de quien no soporta el toque del demonio que se precipita en los costados y se mueve desde abajo provocando un incendio.

«Amados, no os extrañéis del fuego que ha encendido en vosotros como prueba, como si os aconteciera algo extraño, sino gozad por participar de los padecimientos de Cristo, para que gocéis también alborozándoos en la revelación de su gloria» (1Pe 4,12–13).

64. Contra el pensamiento de quien ha caído por desolación y tristeza y cree que es el único que es tentado así tan duramente.

«Templos, velad: vuestro enemigo el diablo, como león bramante ronda, buscando a quién devorar. Resistidle, firmes en la fe, sabiendo que las mismas tribulaciones están reservadas a vuestros hermanos en el mundo» (1Pe 5,8–9).

De la Segunda Carta de Pedro

65. Contra el pensamiento que me amenaza diciendo: «Sufrirás males indecibles por parte del demonio» —males que no he querido poner por escrito, para que no aminore el celo de quienes combaten, para que aquellos que ya se han apartado del mundo no se acobarden y los sencillos que están en el mundo no sean escandalizados; en verdad he visto a los demonios haciendo cosas indecibles, que pocos quizás sean capaces de relatar; en efecto, a menudo me ha causado gran estupefacción la magnanimidad de los santos ángeles y [me he preguntado] cómo así no queman [a estos demonios] y no los destruyen en la llama del fuego inextinguible—.

«El Señor sabe librar de la tentación a los piadosos y guardar a los injustos para castigarlos en el día del juicio» (2Pe 2,9).

¡Bendito sea nuestro Señor Jesucristo, que nos ha concedido la victoria sobre el demonio de la fornicación!

DISCURSO III: CONTRA LA AVARICIA

Del Génesis

1. Contra el demonio que en mi mente me promete: «Voy a convencer en sueños a un pariente tuyo o a alguien rico de que te mande oro».

«Extenderé mi mano al Dios altísimo, el que creó el cielo y la tierra, que no tomaré nada de todo lo tuyo, desde una cuerda hasta una correa de sandalia» (Gén 14,22–23).

2. Contra el pensamiento que me presenta una [condición de] amarga pobreza junto con los males que la acompañan, y me insinúa interiormente: «El día que pases necesidad no encontrarás ayuda».

«Si el Señor está conmigo y me protege en este camino que voy a emprender y me da pan para comer y una túnica para ponerme encima, y me hace volver sano y salvo a la casa de mi padre, el Señor será para mí Dios. Y esta piedra, que erigí como estela, será la casa de Dios para mí» (Gén 28,20–22).

Del Éxodo

3. Contra el pensamiento de la avaricia que nos mueve a quejarnos de nuestros padres porque no nos han dejado parte de sus bienes.

«El que maldice a su padre o a su madre con muerte perezca» (Éx 21,17).

4. Contra el pensamiento que, a causa de la avaricia, nos mueve a sobrecargar de muchos trabajos al que acaba de hacerse discípulo.

«Y al extranjero no oprimiréis, porque vosotros conocéis el alma del extranjero, pues fuisteis extranjeros en tierra de Egipto» (Éx 23,9).

Del libro del Levítico

5. Contra el pensamiento de avaricia que se niega a compadecerse del que pide por necesidad y nos aconseja que ahorremos sólo para nosotros.

«Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo soy el Señor» (Lev 19,18).

6. Contra el pensamiento de avaricia que para obtener una ganancia temporal nos mueve a cargar al hermano de fatigas y trabajos, impidiéndole leer la Escritura y recibir una enseñanza.

«No oprima el hombre a su prójimo, y temerás al Señor tu Dios. Yo soy el Señor tu Dios» (Lev 25,17).

7. Contra el pensamiento de avaricia que aparta la mirada del que sufre una larga enfermedad y vive muy atormentado por la pobreza.

«Si se empobreciera tu hermano y estuviera falto de fuerzas con las manos junto a ti, te harás cargo de él como extranjero y residente, y tu hermano vivirá contigo» (Lev 25,35).

8. Contra el pensamiento que exige al hermano un trabajo manual por encima de sus fuerzas.

«Ninguno forzaré a su hermano en los trabajos» (Lev 25,46).

Del Deuteronomio

9. Contra el pensamiento que no nos permite prestarle al hermano necesitado que nos lo pide.

«No dejarás de amar en tu corazón y no apartarás tu mano de tu hermano necesitado; tenderás tus manos a él, le harás un préstamo de cuanto necesite, según lo que carezca» (Dt 15,7–8).

10. Contra el pensamiento que trata de guardar los ahorros para sí y no los quiere usar para apoyar a un hermano.

«Malditos tus almacenes y tus provisiones. Malditos los descendientes de tu vientre y los frutos de tu tierra» (Dt 28,17–18).

De los Jueces

11. Contra el pensamiento que prefiere la riqueza a la pobreza.

«¿No es mejor la rebusca de Efraín que la vendimia de Abiezer?» (Jue 8,2).

Del primer libro de los Reyes

12. Contra el pensamiento del alma que se compadece de los pobres y les dona bienes, pero luego se retracta y se arrepiente de habérselos dado.

«Sean nuestros corazones perfectos ante el Señor, nuestro Dios; para andar santamente en sus preceptos y guardar sus mandamientos, como este día» (1Re 8,61).

13. Para el alma que quiere vivir la pobreza de Jesús pero se ha quedado todavía con algunos bienes y olvida que el profeta Eliseo renunció al mundo y se desprendió de todas sus pertenencias.

«[Elías] se fue de allí, y encontró a Eliseo, hijo de Safat, arando en vacas. Había doce yuntas delante de él, y él estaba con la duodécima. Fue donde él y le echó encima su pellón. Eliseo dejó las vacas, corrió en pos de Elías, y dijo: “Acabaré de besar a mi padre y seguiré en pos de ti”. Respondió Elías: “Ve, vuelve, ¿qué he hecho para ti?”. Eliseo volvió de en pos de él, tomó yuntas de vacas, las sacrificó y las coció en los aparejos de las vacas, las dio al pueblo, y comieron. Y se levantó, fue en pos de Elías y le sirvió» (1Re 19,19–21).

Del segundo libro de los Reyes

14. Para el alma que ahorra el dinero y los bienes que le asignan y no los quiere compartir con los hermanos que se le acercan.

«Dijo Eliseo a su criado: “Pon la olla grande, y cuece cocimiento a los hijos de los profetas”» (2Re 4,38).

15. Para el alma que recibe el oro destinado a la utilidad de los hermanos y, olvidándose de la lepra de Guejazí, lo quiere utilizar a su antojo —recuerden los lectores que el profeta Eliseo desveló el pensamiento de avaricia, indicando en primer lugar las pasiones malas y, luego, los razonamientos que las rodean; a ello sigue un largo período en el cual los pensamientos obstaculizan la mente con intenciones malignas y la vuelven leprosa—.

«Le dijo Eliseo: “¿De dónde vienes, Guejazí?”. Respondió Guejazí: “No ha ido tu siervo ni aquí ni allá”. Y le dijo Eliseo: “¿Acaso mi corazón no fue contigo cuando se volvió un varón de su carro a tu encuentro? Ahora has tomado la plata, y puedes comprar vestiduras, olivares y viñas, ovejas y vacas, siervos y siervas. Pero la lepra de Naamán se pegará en ti y en tu simiente por siempre”. Y salió de su presencia, leproso como la nieve» (2Re 5,25–27)²⁶¹.

Del profeta David

16. Al Señor, a causa del pensamiento de avaricia que me suscita angustia cuando me dice: «Has dejado la herencia de tus padres».

«Señor, la parte de mi heredad y de mi cáliz; Tú eres el que restauras mi heredad» (Sal 15[16],5).

17. Contra los pensamientos que nos reprochan que nuestros padres nos han abandonado y no nos enviarán oro para enfrentar nuestras necesidades.

«Mi padre y mi madre me han abandonado pero el Señor me ha acogido» (Sal 26[27],10).

18. Contra los pensamientos que nos generan angustia porque nuestros hermanos en el mundo son ricos y respetados por todos a causa de sus riquezas.

«En el Señor será alabada mi alma: oigan los mansos y alégrese» (Sal 33[34],3).

19. Para el alma que no sabe que si no administramos de manera apropiada los bienes que el Señor nos ha confiado, seremos juzgados con Satanás.

«Observa el pecador al justo, y busca cómo matarle. Pero el Señor no le abandonará, no, a las manos de él; y no le condenará, no, cuando se le juzgare» (Sal 36[37],32–33).

20. Para el alma que está atada al mundo, ama las cosas temporales y ansía su casa, sus bienes y a sus padres²⁶².

«Oye, hija, y ve, e inclina tu oreja; olvídate de tu pueblo y de la casa de tu padre» (Sal 44[45],11).

21. Contra los pensamientos que procuran el cuidado de los bienes y no consideran el afán extenuante de la riqueza.

«Si afluyeren riquezas, no pongáis en ellas el corazón» (Sal 61[62],11).

²⁶¹ Este capítulo corresponde a la enseñanza de Macario el Egipcio referida en HL, 17,4.

²⁶² Para los números 20–27, seguimos la numeración de Mingana 68. En la edición de Frankenberg encontramos las siguientes correspondencias: 20/21; 21/22; 22/23; 23/24; 24/24; 25/26; 26/27; 27/27. 2

22. Contra el pensamiento que evoca la imagen de la ilustre casa de nuestros padres y hace que [nuestra] pobre celda se vea insignificante a nuestros ojos.

«Prefiero ser desechado en la casa de Dios que habitar en pabellones de pecadores» (Sal 83[84],11).

23. Contra el pensamiento que me hace sentir una apremiante necesidad de dinero y no tiene en consideración la esperanza que proviene de la gracia del Señor.

«El Señor no retardará los bienes a los que anduvieren en inocencia» (Sal 83[84],12).

24. Al Señor, acerca del pensamiento de la avaricia que permanece en nosotros y turba nuestra mente con la memoria de los bienes que hemos disfrutado, con el estímulo para que obtengamos los que no hemos visto aún, o con la conservación y custodia de los actuales.

«Inclina mi corazón a tus testimonios, no a la avaricia» (Sal 118[119],36).

25. Contra el pensamiento de los que aman el dinero y, bajo el pretexto de la hospitalidad, me constriñen a aprovecharme de los demás y me impulsan a actuar por una ganancia pasajera.

«Y tendieron cuerdas, lazos para mis pies; por la senda me pusieron tropiezo» (Sal 139[140],6).

26. Contra el pensamiento de la avaricia que nos augura una larga vida en amarga pobreza.

«El hombre a vanidad se ha asemejado; sus días pasan cual sombra» (Sal 143[144],4).

De los Proverbios de Salomón

27. Para el alma que a causa de la pasión de la avaricia tiene dificultad para progresar en la compasión.

«Que no te falten limosnas y fe; lígalas sobre tu cuello y hallarás gracia. Provee lo hermoso a la faz del Señor y de los hombres» (Prov 3,3–4).

28. Contra el pensamiento de avaricia que nos impide hacer buenas obras, suscitándonos preocupación por la pobreza y la debilidad del cuerpo.

«No dejes de hacer bien al indigente cuando tuviere tu mano cómo ayudar. No digas: “Vuelve, retorna: mañana te daré” siendo tú capaz de hacerle bien» (Prov 3,27–28).

29. Contra el pensamiento de avaricia que, por el ansia de poseer, nos empuja día y noche al trabajo manual, alejándonos del estudio de las Sagradas Escrituras e impidiéndonos visitar y servir a los enfermos.

«No aprovecharán las riquezas en el día de la ira mas la justicia libraré de la muerte» (Prov 11,4).

30. Contra el pensamiento que nos atormenta porque derrochamos sin freno nuestros bienes.

«Las propias riquezas son rescate de la vida del varón; pero el pobre no está sujeto a amenazas» (Prov 13,8).

31. Contra el pensamiento que por falta de sensibilidad aprecia el dinero más que la sabiduría del Señor.

«Los nidos de sabiduría son preferibles al oro; y los nidos de prudencia, preferibles a la plata» (Prov 16,16).

32. Contra el pensamiento de la avaricia que en la riqueza busca satisfacción y gloria.

«Es mejor un buen nombre que muchas riquezas; y buena gracia que plata y oro» (Prov 22,1).

33. Para la mente que mediante la limosna se libera de los pensamientos de avaricia, pero que vuelve a ser aprisionada por ellos mediante la tristeza y la murmuración —estos incidentes revelan que esa alma no tiene experiencia con los pensamientos pasionales y desconoce los lazos de la naturaleza racional destinada al conocimiento del Señor—.

«A varón alegre y dadivoso bendice Dios, y la vanidad de sus obras se consumirá» (Prov 22,8a).

Del Eclesiastés

34. Contra los pensamientos que encienden en nosotros el recuerdo de la casa, de la propiedad y de su estilo de vida.

«Vanidad de vanidades, dijo el Eclesiastés; vanidad de vanidades; todo es vanidad» (Ecle 1,2).

35. Contra el pensamiento de la avaricia que, a la vez que se preocupa de custodiar los bienes reservados para las necesidades internas [de la comunidad], busca conseguir otros afuera con el pretexto del bien de los hermanos o de adquirir unas Santas Escrituras.

«El que ama el dinero no se harta de dinero; y el avaro no lo aprovecha. También esto es vanidad» (Ecle 5,9).

De Job

36. Contra el pensamiento que presenta a nuestros ojos la pérdida de los bienes y de las propiedades, que eran para Job el gran sustento corpóreo.

«El Señor dio, el Señor quitó; como al Señor ha parecido así se ha hecho; bendito sea el nombre del Señor» (Job 1,21).

De Isaías

37. Contra el pensamiento de la avaricia que nos sugiere que acumulemos provisiones y ropas y que no las compartamos con los hermanos necesitados.

«Parte al hambriento tu pan; e introduce en tu casa a los vagos menesterosos; si vieres un desnudo, cúbrelo; y no menosprecies a los domésticos de tu simiente» (Is 58,7).

Del Evangelio de Mateo

38. Para el alma que no siente compasión cuando ve la pobreza de los hermanos.

«Bienaventurados los compasivos, porque recibirán compasión» (Mt 5,7).

39. Para el alma que quiere iniciar una causa en el tribunal porque le han sustraído bienes y propiedades, y no sabe que no se liberará de las cadenas de los pensamientos que lo robado le provocan mientras no dé con amor también su manto.

«Al que quisiere enjuiciarte y tomar tu túnica, déjale también el manto» (Mt 5,40).

40. Contra el pensamiento que nos impide prestar al hermano porque seguramente no será capaz de restituir.

«Al que te pidiere, dale, y no rechaces al que te pidiere prestado» (Mt 5,42).

41. Contra los pensamientos que buscan acumular bienes para la comunidad y desgastan la mente con la preocupación por estas cosas.

«No acumuléis tesoros sobre la tierra, donde la carcoma y la herrumbre los destruyen, y donde hurtadores desentierran y hurtan» (Mt 6,19).

42. Contra el demonio que nos dice: «Se puede tener bienes y servir al Señor».

«Nadie puede servir a dos señores; pues, o al uno odiará y al otro amará; o al uno adherirá y al otro despreciará; no podéis servir a Dios y a Mamón» (Mt 6,24).

43. Para el alma que pretende que los demás vengan en su ayuda en momento de necesidad, pero no quiere dar apoyo a los atribulados y necesitados.

«Todo lo que quisierais que a vosotros hagan los hombres, así también vosotros hacedles; que ésta es la ley y los profetas» (Mt 7,12).

Del Evangelio de Marcos

44. Contra el pensamiento que no nos deja distribuir nuestros bienes, poniendo buenos motivos delante de nuestros ojos.

«¡Cuán difícilmente entrarán en el Reino de Dios los que tienen riquezas!» (Mc 10,23).

De la Carta a los Romanos

45. Para la mente que practica la limosna con un gesto de miseria y murmuración y con el rostro triste —estas cosas son extrañas al amor del que practica los mandamientos, que no quiere ser afectado por tal género de pasiones porque busca el santo conocimiento que nace cuando la mente se despoja de las pasiones detestables—.

«El que se compadece, de buen humor. ¡El amor, sin fingimientos!» (Rom 12,8–9).

De la Segunda Carta a los Corintios

46. Contra el pensamiento de la avaricia que considera que los hermanos de sangre y parientes que están en el mundo son dichosos porque han adquirido riquezas visibles.

«Lo que se ve es temporal; mas lo que no se ve, eterno» (2Cor 4,18).

47. Contra el pensamiento que no da por completo a los necesitados, ya que si bien al dar limosnas libera su mente de los pensamientos, después, cambiando de nuevo, se arrepiente de haber dado y sujeta su mente a los pensamientos que la estorban y disminuyen su capacidad de alcanzar el conocimiento del Señor.

«El que siembra parcamente, parcamente también segará, y el que siembra en bendiciones, en bendiciones también segará» (2Cor 9,6).

De la Carta a los Efesios

48. Contra los pensamientos de avaricia que anulan la bondad para con los hermanos.

«Hacedos buenos y entrañables unos con otros, perdonándoos como también Dios os ha perdonado en Cristo» (Ef 4,32).

De la Carta a los Filipenses

49. Contra el pensamiento que busca acumular bienes sólo para sí mismo.

«No mirando cada cual a lo suyo; sino también cada cual a lo de los demás» (Flp 2,4).

50. Contra el pensamiento provocado por la ganancia de bienes, que hace que la mente se vuelva a la riqueza de otrora, que alcanzaba para muchos hermanos.

«Las cosas que me eran ganancia, por Cristo las he creído pérdida. Por lo tanto, también creo que todas las cosas son pérdida ante la eminencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor; por quien he perdido todas las cosas, y las creo basura para ganar a Cristo» (Flp 3,7–8).

De la Carta a los Colosenses

51. Contra los pensamientos que nos angustian con la avidez y no ven la idolatría que ésta genera.

«Mortificad, pues, vuestros miembros terrenos: ramería, impureza, pasión, apetito malo y avaricia, que es idolatría, por las que viene la ira de Dios sobre los hijos de la desobediencia» (Col 3,5–6).

De la Carta a los Hebreos

52. Contra los pensamientos que buscan acumular bienes más de lo necesario y aman poseer dinero.

«Sed desinteresados en la vida, contentos con lo presente, pues Él dijo: “No te dejaré, no; ni te abandonaré, no”» (Heb 13,5; ver Dt 31,6.8 y Gén 28,15).

De la Primera Carta a Timoteo

53. Para el alma que no se satisface con la comida y el vestido, olvidándose de que vino al mundo desnuda e igualmente desnuda lo dejará.

«Nada hemos traído al mundo, y claro que tampoco podemos llevar cosa alguna. Teniendo sustento y cobertura, esto nos ha de bastar. Pero los que quieren enriquecer caen en la tentación bajo el diablo y muchos apetitos insensatos y perniciosos que hunden a los hombres en ruina y perdición» (1Tim 6,7–9).

54. Contra el pensamiento de la avaricia que dice: «La avaricia no comporta nada malo, sino más bien gran alivio para los hermanos y los forasteros».

«El amor al dinero es raíz de todos los males. Por tender a él, algunos se han extraviado de la fe y se han traspasado a sí mismos con muchos dolores» (1Tim 6,10).

De la Segunda Carta a Timoteo

55. Contra el pensamiento que debido a su indigencia trata de involucrarse en los negocios del mundo. «Nadie que milita se implica en los negocios de la vida si quiere agradar al que lo reclutó. Y también, el que lucha no es coronado si no lucha legítimamente» (2Tim 2,4–5).

De la Primera Carta de Pedro

56. Contra el pensamiento que se fatiga inútilmente en la adversidad porque los bienes disminuyen, y que [aún así] llega al punto en que éstos se acaban y no es posible obtener más.

«Si alguno sirve, [hágalo] como con la fuerza que Dios otorga; para que Dios sea glorificado en todo» (1Pe 4,11).

De la Primera Carta de Juan

57. Contra el pensamiento de avaricia que no quiere dar limosnas a los hermanos, como si no estuviesen necesitados, y niega en las obras el amor de Dios.

«El que tuviere bienes del mundo y viere a su hermano tener necesidad, y cerrare sus entrañas para con él, ¿cómo permanece en él el amor de Dios?» (1Jn 3,17).

58. Contra los pensamientos que de palabra nos hacen afirmar que amamos a los hermanos, mientras en las obras les rechazamos a causa de la avaricia.

«Hijitos, no amemos de palabra y con la lengua, sino con obra y verdad» (1Jn 3,18).

¡Bendito sea nuestro Señor, nuestro Dios y Salvador, Jesucristo, que nos ha concedido la victoria sobre el demonio de la avaricia!

DISCURSO IV: SOBRE LOS PENSAMIENTOS DEL DEMONIO DE LA TRISTEZA

Del Éxodo

1. Para el alma que, como la asalta la tristeza, piensa que el Señor no escucha su lamento.

«Gimieron los hijos de Israel por causa de los trabajos, y clamaron, y subió su clamor hasta Dios por los trabajos. Y escuchó Dios su gemido» (Éx 2,23–24).

2. Contra los pensamientos que sostienen: «El Señor no ve los tormentos que nos causan los demonios».

«Dijo el Señor a Moisés: “He visto de cerca la opresión de mi pueblo en Egipto y he escuchado su clamor por causa de los capataces; conozco, pues, su dolor”» (Éx 3,7).

3. Para el alma que no sabe que las tentaciones aumentan apenas ella comienza a escrutar espiritualmente las palabras vivificantes del Señor y a esforzarse en sus mandamientos.

«Se dirigió entonces Moisés al Señor y dijo: “Señor, ¿por qué has maltratado a este pueblo y para qué me has enviado? Desde que me he presentado a Faraón para hablar en tu nombre, él ha maltratado a este pueblo y tú no has defendido a tu pueblo”» (Éx 5,22–23).

4. Contra los pensamientos que desesperan de recibir ayuda del Señor y abaten de tristeza al alma.

«Anda, di a los hijos Israel lo siguiente: “Yo soy el Señor, y os sacaré del poder de los egipcios, y os libraré de la esclavitud, y os resucitaré con brazo elevado y juicio grande, y os tomaré para mí como pueblo mío, y seré vuestro Dios, y sabréis que soy el Señor, Dios vuestro, el que os ha sacado del poder de los egipcios”» (Éx 6,6–7).

5. Para el alma que no está convencida de que los que acaban de renunciar al mundo no caen [en seguida] en las manos de los pérfidos demonios y no combaten batallas abiertas en visiones y enfrentamientos —esto sucede para que no sean turbados por el miedo a [los demonios] y [no sean así empujados] a regresar al mundo—.

«Cuando Faraón dejó marchar al pueblo, Dios no los condujo por el camino de la tierra de los filisteos que era cercano; porque dijo Dios: “No sea que se arrepienta el pueblo al ver guerra y se vuelva a Egipto”» (Éx 13,17).

6. Contra los pensamientos que dicen: «Los demonios no saben que el Señor combate a nuestro favor».

«Enredó los ejes de sus carros y los arrastró con fuerza. Y dijeron los egipcios: “Huyamos de la presencia de Israel; porque el Señor lucha en favor suyo contra los egipcios”» (Éx 14,25).

7. Para el alma que no es consciente de que los demonios piensan en nosotros.

«Dijo el enemigo: “Si los persigo, los alcanzaré, repartiré el botín, saciaré mi alma, mataré con mi espada, dominará mi mano”» (Éx 15,9).

8. Al Señor, acerca de los pensamientos que nos aterrorizan diciéndonos: «De noche vendrán los demonios y se lanzarán contra vosotros».

«Que les asalte el temor y la zozobra, que por la grandeza de tu brazo se conviertan en piedra, hasta que pase tu pueblo, Señor, hasta que pase este pueblo tuyo, que has hecho tuyo» (Éx 15,16).

9. Contra los pensamientos que nos hacen temblar porque no vemos al ángel que nos asiste con fuerza.

«Porque con poder oculto lucha el Señor contra Amalek de generación en generación» (Éx 17,16).

10. Para el alma que se turba porque [piensa que] los ángeles del Señor no la están protegiendo.

«Mira, yo envió a mi ángel ante tu presencia, para que te guarde en el camino, de forma que te conduzca a la tierra que he preparado para ti» (Éx 23,20).

Del Levítico

11. Para el alma que se entristece por la turbación nocturna y por el terror piensa que la agitación permanecerá para siempre.

«Otorgaré paz en vuestra tierra, y dormiréis, y no habrá quien os atemorice» (Lev 26,6).

Del Deuteronomio

12. Contra los pensamientos humanos que se levantan en nosotros y nos dicen: «Quizás no os conviene estar en lucha contra los demonios».

«Y os dije: “No temáis ni tengáis miedo de ellos. El Señor, vuestro Dios, el que marcha en cabeza delante de vosotros, Él guerreará contra ellos junto a vosotros”» (Dt 1,29–30).

13. Para el alma atemorizada por la voz del demonio que de pronto le silba en el aire²⁶³.

«Empieza a heredar; entabla combate contra él. Empieza hoy a infundir temor y miedo hacia ti a todas las naciones que hay bajo el cielo y, cuando escuchen tu nombre, se perturbarán y tendrán sufrimientos ante ti» (Dt 2,24–25).

14. Contra los pensamientos humanos que se turban al ver que los ojos del demonio destellan como fuego.

«No temáis ni tengáis miedo de ellos. El Señor, vuestro Dios, el que marcha en cabeza delante de vosotros, Él guerreará contra ellos junto a vosotros» (Dt 1,29–30).

15. Al Señor, cuando el alma ha permanecido sin turbación pero luego, de improviso, los demonios se lanzan con voces y tumultos sobre su cuerpo.

²⁶³ Ver Ep., 28,2.

«Señor, Señor, Tú has empezado a mostrar a tu servidor tu fuerza y tu poder, tu mano fuerte y tu brazo elevado, porque ¿qué Dios hay en el cielo o sobre la tierra que haga lo que Tú hiciste y con tu fuerza?» (Dt 3,24).

16. Para el alma que está turbada y tiembla por los demonios que ha visto, y piensa que el Señor la ha abandonado.

«Como el Señor, tu Dios, es un Dios compasivo, no te abandonará ni te exterminará, ni olvidará el pacto de tus padres, el que les prometió» (Dt 4,31).

17. Para el alma que quiere conocer la causa de estas tentaciones.

«Para humillarte y ponerte a prueba, y para hacerte el bien al final de tus días» (Dt 8,16).

18. Contra los pensamientos humanos que se agitan al ver que los demonios vienen de noche contra nosotros bajo la figura de serpientes que suben por la espalda y los costados.

«Que no se afloje vuestro corazón, no temáis ni os quebrantéis, ni os apartéis de ellos, porque es el Señor, vuestro Dios, el que va delante de vosotros, para derrotar con vosotros a vuestros enemigos y manteneros salvos» (Dt 20,3–4).

19. Para el alma que está triste y tiembla porque los demonios se lanzan de noche contra ella.

«Actúa como un hombre y ten fuerza, no temas, no te acobardes ni tengas miedo ante ellos, porque el Señor, tu Dios, es el que va delante, entre vosotros, con vosotros, para no dejarte ni abandonarte» (Dt 31,6).

De Josué, hijo de Nun

19. Para el alma que retirándose del mundo quiere fortalecerse en el temor del Señor, pero se lo impide el terror que le causan los demonios.

«He aquí que te he mandado: esfuerzate y envalentónate; no te acobardarás ni temerás, pues contigo está el Señor, tu Dios, en todo lo que anduvieres» (Jos 1,9)²⁶⁴.

20. Contra los pensamientos que dudan de acercarse a la disciplina del temor del Señor por miedo a terribles visiones o a las antorchas de fuego que vuelan en el aire.

«No temáis, ni desmayéis: envalentonaos y esforzaos; porque así hará el Señor a todos vuestros enemigos, a quienes vosotros debelareis» (Jos 10,25).

De los Jueces

21. Para el alma que cae en la tristeza y por eso se ve turbada por visiones nocturnas.

«Despierta, despierta, Débora; despierta, despierta: canta un cantar» (Jue 5,12).

²⁶⁴ En la edición de Frankenberg este capítulo no tiene número.

Del primer libro de Samuel

22. Contra el pensamiento que no reconoce que la entonación de los Salmos cambia el equilibrio corpóreo y expulsa al demonio que toca la espalda, congela los nervios y descompone todos los miembros.

«Y aconteció que al estar el espíritu malo sobre Saúl, cogía David el arpa y tañía en su mano: y respiraba Saúl, y era bueno para él, y se retiraba de él el espíritu malo» (1Sam 16,23).

23. Contra el demonio que se presenta espada en mano conviene que le respondamos como en la guerra; así le respondió también nuestro bienaventurado padre Macario, que le vio venir espada en mano a su encuentro cuando se dirigía a ver el huerto plantado por Janes y Jambres²⁶⁵.

«Dijo David al filisteo [Goliat]: “Tú vienes a mí con espada, lanza y escudo; y yo voy a ti en nombre del Señor Dios de los ejércitos”» (1Sam 17,45).

24. Contra los demonios que provocan la tempestad en el aire y en seguida nos hacen escuchar el sonido de sus voces.

«El Señor no salva con espada y lanza; pues del Señor es la guerra; y el Señor os entregará a nuestras manos» (1Sam 17,47).

Del primer libro de los Reyes

25. Contra el demonio que me amenaza con juramentos diciéndome: «Te pondré en ridículo y te llenaré de vergüenza en medio de los demás monjes, porque estaré a la búsqueda de todo tipo de pensamiento impuro para después manifestarlo».

«¡Baste! ¡No se gloríe el encorvado como el recto!» (1Re 21[20],11).

Del segundo libro de los Reyes

26. Para el alma que está turbada porque los demonios se aparecen de repente en el aire.

«No temas, porque son más los que están con nosotros que con ellos» (2Re 6,16).

27. Para el alma que no cree que el aire está lleno de ángeles santos que nos asisten sin que los demonios los vean.

²⁶⁵ Janes y Jambres son los nombres atribuidos por la tradición judaica a los magos de Egipto que se opusieron a Moisés (ver Éx 7,11–12.22; 2Tim 3,8). Según Paladio, Macario el Alejandrino, presbítero de las Celdas, es impulsado a partir por el deseo de visitar su tumba situada en un huerto (ver HL, 18). La HM, a su vez, habla de la visita de Macario a una especie de oasis, particularmente adecuado para la vida monástica, pero ya habitado por dos hermanos. La afirmación según la cual tal jardín fue plantado por dos magos de Egipto es utilizada por los Padres más ancianos para disuadir a los más jóvenes, llenos de fervor por el relato de Macario, del temerario proyecto de transferirse a aquel lugar: ver HM, 29 (Rufino di Concordia, p. 180); Detti inediti dei Padri del deserto, n. 488, a cargo de L. Cremaschi, Bose 1986, p. 194. Para otras puntualizaciones respecto a las diversas versiones de este relato, ver G. Bunge, A. de Vogüé, Quatre ermites, ob. cit., pp. 35–37.

«Oró Eliseo y dijo: “Señor, abre ahora los ojos del criado, y que vea”. Y abrió el Señor sus ojos, y vio; y he aquí el monte, lleno de bridones y carros de fuego, en torno de Eliseo» (2Re 6,17).

De los Salmos

28. Contra el pensamiento que me hace ingresar en un [estado de] temblor y miedo porque los demonios vienen y combaten contra mí.

«El que habita en los cielos, se reirá de ellos; y el Señor los escarnecerá. Entonces les hablará en su ira; y en su furor los conturbará» (Sal 2,4–5).

29. Al Señor, acerca de las visiones perturbadoras y vergonzosas que se nos aparecen de noche.

«Apiádate de mí, Señor, porque enfermo estoy, sáname, porque conturbados están mis huesos. Mi alma conturbada está sobremanera; y tú, Señor, ¿hasta cuándo?... Vuélvete, Señor; salva a mi alma, por tu misericordia» (Sal 6,3–5).

30. Contra los pensamientos que, cuando se manifiesta la maldad de los demonios, nos aconsejan huir en vez de levantarnos y luchar con fuerza contra ellos.

«En el Señor confío, ¿cómo decís a mi alma: “Transmigra al monte, como gorrión?”» (Sal 10[11],1).

31. Al Señor, acerca de la opinión según la cual los demonios se prepararían a asaltarnos de noche.

«Levántate, Señor, adelántate a ellos y suplántalos; libra a mi alma del impío con tu espada» (Sal 16[17],13).

32. Para el alma asustada por las voces perturbadoras y el tumulto de los demonios.

«Éstos, en carros; y éstos, en bridones; pero nosotros nos engrandeceremos en el nombre del Señor, nuestro Dios. Ellos han sido atados y han caído; pero nosotros nos hemos alzado y erguido» (Sal 19[20],8–9).

33. Contra los demonios que de noche se adhieren a nuestros cuerpos y golpean nuestros miembros en forma de escorpiones.

«El Señor es mi iluminación y mi salvador: ¿a quién temeré? El Señor es escudador de mi vida, ¿ante quién me amedrentaré? Al acercarse a mí maléficos para comer mis carnes; los que me atribulan y mis enemigos, ellos mismos flaquearon y cayeron» (Sal 26[27],1–2).

34. Contra los demonios que de improviso se aparecen en el aire sobre nosotros en forma de etíopes.

«Si se juntare contra mí un campamento, no se amedrentará mi corazón; si se levantara contra mí guerra, en ella espero» (Sal 26[27],3).

35. Al Señor, acerca del demonio de la tristeza que se me acerca y, sin provocar una percepción particular, actúa sobre mi cabeza y espalda, a veces con pensamientos de

tristeza, y otras sin necesidad de pensamientos, poniendo mi alma en una grande e inesperada tribulación.

«Tú eres mi refugio de la tribulación que me circunda; mi alborozo, redímeme de los que me cercan. —Te instruiré y te enseñaré el camino en que andarás» (Sal 31[32],7–8).

36. Al Señor, acerca de los demonios que se acercan a la piel y se adhieren a ella, queman como el fuego e imprimen en ella marcas redondas como las [provocadas] por las sanguijuelas —he visto esto con mis propios ojos y quedé estupefacto²⁶⁶—.

«Juzga, Señor, a los que me agravian; combate a los que me combaten; coge armas y broquel, y levántate en mi auxilio; desenvaina espada y cierra en frente de los que me persiguen; di a mi alma: “Salud tuya yo soy”» (Sal 34[35],1–3).

37. Al Señor, acerca del demonio de la tristeza que altera la mente y la obsesiona con un razonamiento lleno de tormentos y sufrimientos —éste es signo de gran necesidad—.

«Restituye mi única alma de las maldades de leones» (Sal 34[35],17).

38. Contra el pensamiento que me amenaza diciéndome: «De noche vendrán los demonios blandiendo espadas».

«Entre su espada en su corazón y sean quebrantados sus arcos» (Sal 36[37],15).

39. Contra el pensamiento que me predice la aflicción que me provocarán los demonios.

«Porque yo estoy presto para flagelos y mi dolor está siempre delante de mí» (Sal 37[38],18).

40. Para el alma que en tiempo de tristeza busca en la oración palabras espirituales.

«No me abandones, Señor; Dios mío, no te apartes de mí; atiende a mi ayuda, Señor de mi salud» (Sal 37[38],22–23).

41. Al Señor, acerca de los demonios que inflaman las articulaciones de mi cuerpo.

«Aparta de mí tus flagelos: por la fuerza de tu mano he desfallecido» (Sal 38[39],11).

42. Para el alma [afligida] por el pensamiento de la tristeza que retrata delante de nuestros ojos la edad avanzada de nuestro padre, la pérdida de fuerza de nuestra madre y el dolor de nuestros parientes, que no son consolados.

«Más lisas que el aceite sus palabras, pero ellas son dardos» (Sal 54[55],22).

43. Al Señor, a causa del demonio que insinúa en mis pensamientos el miedo a la locura y a perder la razón, así como la vergüenza [que ello provocaría] para mí y para los que buscan al Señor en el camino monástico.

²⁶⁶ Ello corresponde a lo que se puede leer en los fragmentos coptos de HL acerca de la vida de Evagrio. Ver G. Bunge, A. de Vogüé, *Quatre ermites*, ob. cit., p. 162.

«No se avergüencen por mí los que te aguardan, Dios de los ejércitos; no se confundan por mí los que te buscan, Dios de Israel» (Sal 68[69],7).

44. Para el alma que no sabe lo que dicen los jefes de los demonios acerca de los que han sido abandonados por el Señor.

«Han dicho mis enemigos y los que acechaban mi alma, se aconsejaron a una diciendo: “Dios le abandonó: persegúidle y cogedle, pues no hay quien le libere”» (Sal 70[71],10–11).

45. Al Señor, acerca de las serpientes voladoras que aparecen en el aire e impelen a las personas a salir de los muros, conviene que digamos algo, porque también el bienaventurado Macario, anciano egipcio²⁶⁷, abrió la boca y dijo:

«No entregues a las fieras al alma que te alaba» (Sal 73[74],19).

46. Para el alma que no se da cuenta de lo que los demonios impuros dicen entre ellos acerca de nosotros.

«Han dicho: “Venid y exterminémoslos de las gentes, y ya no se recuerde, no, el nombre de Israel”» (Sal 82[83],5).

47. Contra los demonios que disimuladamente comienzan a presentarse bajo figuras abominables que se asoman en el aire, hemos de responder lo mismo que respondió el justo y bienaventurado Antonio²⁶⁸:

«El Señor es mi auxilio, yo desdeñaré a mis enemigos» (Sal 117[118],7).

48. Contra el demonio que se inflama como fuego y luego cambia y se disuelve como humo.

«El lazo fue destrozado, y fuimos librados. Nuestra ayuda es el nombre del Señor que hizo el cielo y la tierra» (Sal 123[124],7).

49. Al Señor, contra el demonio que amenaza quemarme con fuego ardiente.

«Caerán sobre ellos carbones de fuego, y los derribarás por tierra en miserias; no subsistirán, no» (Sal 139[140],11).

De los Proverbios de Salomón

50. Contra el pensamiento que me dice: «El camino que conduce al conocimiento de Jesucristo está lleno de gran peligro y de mucha tribulación».

«Pretexta y dice el perezoso: “León en los caminos, y en las calles sicarios”» (Prov 22,13).

²⁶⁷ Para un perfil de Macario el Egipcio, ver Umiltà e misericordia. Virtù di San Macario. No se ha podido encontrar en otros lugares el apotegma al que se hace aquí referencia.

²⁶⁸ Ver Atanasio, Vida de Antonio, 6,4, donde, sin embargo, este versículo del Sal 117(118) es utilizado contra el demonio de la fornicación.

De Job

51. Para el alma que no sabe que sin una orden del Señor, Satanás no puede acercarse ni siquiera a un animal de carga.

«¿Y las obras de sus manos has bendecido y su ganado abundante has hecho sobre la tierra? Empero, envía tu mano y toca todo lo que tiene —[y verás si] te bendecirá en tu faz—» (Job 1,10–11).

52. Para el alma que no sabe que Satanás, después de haberla tentado por medio de los pensamientos, no se cansa y pide a Dios que le dé poder sobre el cuerpo.

«Y, respondiendo el diablo, dijo al Señor: “Piel por piel, y todo cuanto tiene pagará el hombre por su alma. Empero, envía tu mano, toca sus huesos y sus carnes —[y verás si] te bendecirá en tu faz—”» (Job 2,4–5).

53. Contra los pensamientos que nos inquietan, profetizando y diciéndonos: «Los demonios vendrán de noche en forma de estrellas, se aparecerán dentro de la celda y quemarán vuestros ojos y rostros» —en ese momento de tentación es útil arrodillarse, perseverar en la oración, desviar nuestros rostros y no mirar mientras se esfuerzan por turbarnos—.

«Que la maldiga el que maldice a aquel día, el que está pronto a medirse con el gran monstruo. Entenebrézcanse los astros de aquella noche; quédese y a luz no venga, y no vea el lucero nacer» (Job 3,8–9).

54. Contra el pensamiento que me profetiza y me dice: «Te sobrevendrá la muerte a causa de los demonios».

«Pues, si muriere el hombre, vivirá después de consumir los días de su vida: aguardaré hasta que yo de nuevo sea hecho» (Job 14,14).

De Miqueas

55. Contra el espíritu maligno que ataca el alma evocando los pecados pasados, haciéndomelos ver y esforzándose por sugerirme la tristeza.

«No te alegres de mí, enemiga mía²⁶⁹; pues si he caído, me levantaré; si me sentare en las tinieblas, el Señor me iluminará» (Miq 7,8).

De Nahúm

56. Para el alma que no soporta virilmente al demonio que en el tiempo de la oración se aparece inesperadamente, se posa sobre el brazo y la nuca, frota la oreja e irrita la nariz.

«Bondadoso es el Señor para con los que esperan en Él en día de tribulación, y conoce a los que le temen» (Nah 1,7).

²⁶⁹ Babilonia o quizás Edom.

De Zacarías

57. Para el alma que quiere saber qué les ocurrirá a los demonios en el día del juicio y a qué género de tormentos serán destinados; a propósito de este tormento habla místicamente el profeta cuando profetiza y dice:

«Ésta será la ruina con que herirá el Señor a todos los pueblos que han militado contra Jerusalén: se desharán sus carnes parados sobre sus pies, sus ojos fluirán de sus cuencas y su lengua se deshará en su boca» (Zac 14,12).

De Isaías

58. Contra los demonios que de improviso prenden fuego, inquietan con voces perturbadoras, ponen al alma en un estado de agitación y no la abandonan hasta que caiga aterrorizada ante ellos, se ha de decir lo que dijo también nuestro santo padre Macario²⁷⁰, quien les respondió:

«Conoced, gente, y sucumbid; escuchad hasta el extremo de la tierra: sucumbid envalentonados; si de nuevo os envalentonareis, de nuevo sucumbiréis. El Señor disipará el plan que acordareis; y la amenaza que hablareis no permanecerá, no, en vosotros, pues Dios está con nosotros» (Is 8,9–10).

59. Contra los pensamientos que nos asaltan a causa de la debilidad que nos generan los demonios.

«La disciplina del Señor me abre las orejas, yo no desobedezco ni contradigo. Mi espalda he dado a flagelos, y mi rostro no he apartado de vergüenza de esputos; el Señor mi ayudador se ha hecho; por esto no he sido confundido, sino que he puesto mi rostro como dura piedra, y sé que no seré avergonzado, no; pues llega quien me justifica» (Is 50,5–8).

60. Contra el pensamiento del alma que se entristece porque sus amigos y parientes le reprochan no haberles dado parte de su riqueza, y por eso no recibe consuelo de parte de ellos.

«No temáis opróbio de hombres; y por el desprecio de ellos no os desaniméis» (Is 51,7).

61. Para el alma que no sabe que los pensamientos vanos generan miedo y temblor y oscurecen la luz santa que da confianza a la mente.

«Abstente de lo inicuo y no temerás, y el temblor no se te acercará» (Is 54,14).

De Jeremías

62. Para el alma que tiembla a causa de los resplandores que aparecen en las paredes.

«No les temas, pues estoy contigo para librarte, dice el Señor» (Jer 1,8).

63. Al Señor, cuando los pensamientos de tristeza conducen a la mente a un abismo lleno de

²⁷⁰ Se trata de Macario el Alejandrino, pero no se ha encontrado otra fuente para el apotegma al que se hace aquí referencia.

muerdos e imprimen en el corazón visiones abominables —éstos son signos de que el alma pasa por un peligro—.

«¿Por qué prevalecen contra mí los que me contristan? Mi llaga está rígida, ¿por dónde sanaré? Fueme hecha cual agua engañosa, sin fe» (Jer 15,18).

64. Al Señor, cuando los demonios nos dicen en nuestra mente: «Pronto probaréis vergüenza por vuestro modo de vivir».

«Sean confundidos los que me persiguen y no sea confundido yo; atérrense ellos, y no me aterre yo; trae sobre ellos día malo, con doble quebranto quebrántalos» (Jer 17,18).

De Ezequiel

65. Para el alma turbada por las guerras surgidas del contacto con los demonios.

«No les temas, ni te aterres ante ellos, aunque sean casa exasperante» (Ez 3,9).

Del Evangelio de Mateo

66. Para el alma que no está convencida de que los demonios no tienen poder ni siquiera sobre los cerdos —aunque se jacten diciendo: «Tenemos poder sobre los hombres y los hacemos esclavos cuando queremos»—.

«Y había lejos de ellos una piara de muchos puercos, paciendo. Y los demonios rogáronle diciendo: “Si nos echas fuera, envíanos a la piara de los puercos”. Y díjoles: “Id”» (Mt 8,30– 32).

Del Evangelio de Juan

67. Para el alma que no comprende que la turbación y el terror se deben a la debilidad de la fe.

«No se conturbe vuestro corazón: creed en Dios y creed en mí» (Jn 14,1).

De los Hechos de los Apóstoles

68. Para el alma que se entristece cuando es difamada por el nombre del Señor.

«[Los Apóstoles] se fueron contentos del sanedrín porque se les consideró dignos de ser deshonrados por el nombre de Jesús» (Hch 5,41).

De la Carta a los Romanos

69. Acerca de la tribulación [provocada] por las tentaciones.

«Nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación obra paciencia; la paciencia, probación; la probación, esperanza; y la esperanza no confunde, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rom 5,3– 5).

70. Contra el pensamiento que me presagia que las tentaciones me traerán violentas tribulaciones.

«Pues estimo que los padecimientos del presente tiempo no son dignos en comparación de la gloria que se ha de revelar en nosotros» (Rom 8,18).

De la Primera Carta a los Corintios

71. Contra el pensamiento del que cree que es tentado más allá de sus fuerzas.

«Fiel es Dios que no dejará que seáis tentados por encima de lo que podéis; sino que, con la tentación, dará también la salida, para que podáis soportar» (1Cor 10,13).

De la Segunda Carta a los Corintios

72. Para el alma, a causa de una extraña e inexplicable tentación —no la quiero exponer con palabras debido a todos los que, por maldad e ignorancia, con palabras más o menos serias, se burlan de nosotros y, además, no creen que los demonios agreden a los monjes abiertamente; estos hombres no tienen experiencia alguna de la lucha contra los demonios, los cuales, después de haberlo pedido al Señor, obtienen el poder de tentarnos —.

«En nosotros hemos tenido la respuesta de la muerte, para que no confiemos en nosotros, sino en Dios, el que resucita los muertos, quien de tamaña muerte nos ha librado y nos libraré» (2Cor 1,9–10).

73. Contra el demonio que me trae a la memoria los pecados de mi juventud.

«Si alguno está en Cristo, es una nueva criatura; lo viejo ha pasado, todo se ha hecho nuevo» (2Cor 5,17).

74. Contra los pensamientos de tristeza que nos sobrevienen cuando los asuntos temporales hacen caer nuestra mente en gran aflicción y la hacen morir.

«La tristeza según Dios es arrepentimiento saludable e irreversible; pero la tristeza del mundo opera la muerte» (2Cor 7,10).

De la Carta de Santiago

75. Contra los pensamientos del que está cansado de luchar abiertamente contra los demonios.

«Someteos, pues, a Dios, y resistid al diablo, y huirá de vosotros» (Stgo 4,7).

De la Primera Carta de Pedro

76. Contra los pensamientos que esperan que los demonios asalten el alma, mientras el cuerpo cae en una enfermedad sin remedio.

«¿Quién os maltratará si os hicieréis celadores del bien? Y, aunque sufiereis por justicia seréis bienaventurados. No les temáis ni os conturbéis. Y santificad en vuestros corazones a Cristo, el Señor» (1Pe 3,13–15).

¡Bendito sea el Señor, nuestro Dios y nuestro Salvador, Jesucristo, que nos ha concedido la victoria sobre el demonio de la tristeza!

DISCURSO V: CONTRA EL DEMONIO DE LA IRA

Del libro del Génesis

1. Para el alma que no sabe que un regalo extingue fácilmente el rencor obstinado de un hermano.

«Jacob le contestó: “Si he encontrado favor ante ti, acepta los regalos de mis manos, puesto que he visto tu rostro como quien ve el rostro de Dios y me aceptarás favorablemente; toma los regalos que te he traído, porque Dios ha tenido compasión de mí y tengo de todo”» (Gén 33,10–11).

2. Contra los pensamientos de ira que surgen en el camino de los perfectos.

«No discutáis por el camino» (Gén 45,24).

Del Éxodo

3. Contra el pensamiento que, impulsado por la ira, testimonia en falso.

«No testificarás falsamente contra tu prójimo» (Éx 20,16).

4. Contra el pensamiento que brota de un rumor y suscita la cólera contra los hermanos.

«No acogerás rumor vano» (Éx 23,1).

5. Contra el pensamiento que es despertado por la ira y quiere injuriar a los hermanos.

«De todo lenguaje injusto te apartarás» (Éx 23,7).

Del Levítico

6. Contra el pensamiento que representa en la mente a un hermano que por odio dice algo malo o presta oídos a algo odioso —como explicaba Juan el profeta, vidente de la Tebaida²⁷¹, esto es posible cuando el odio está ligado a los bienes o a la comida; pero si el odio es por la gloria humana habrá que extirparlo con mucho esfuerzo—.

«No odiarás a tu hermano con tu pensamiento, reprenderás con firmeza a tu prójimo y no recibirás culpa por su causa» (Lev 19,17).

De los Números

7. Para el alma que piensa que la mansedumbre perfecta es algo extraño a la naturaleza.

«Moisés era el hombre más tranquilo de todos los que hay sobre la tierra» (Núm 12,3).

²⁷¹ Ver Ant., II,36; VII,19. No se ha podido encontrar otra fuente del apotegma al que se hace aquí referencia.

Del segundo libro de Samuel

8. Para el alma que no sabe que cuando es maldecida por los hombres es porque el Señor permite que ella sea puesta a prueba.

«Dijo David a Abisai y a todos sus niños: “He aquí que el hijo que salió de mi vientre busca mi alma, y mucho más ahora el hijo de Jemini. Dejadle maldecirme, pues se lo ha dicho el Señor. Tal vez repare el Señor en mi humillación y me devuelva bienes por esta maldición de hoy”» (2Sam 16,11–12).

De David

9. Para el alma que se aleja de la mansedumbre y espera conocer los caminos del Señor.

«Guiará a los mansos con su juicio; enseñará a los mansos sus caminos» (Sal 24[25],9).

10. Para el alma que acoge pensamientos de ira y reúne acusaciones viles y falsas sospechas contra los hermanos.

«Desiste de la ira y abandona el enojo; no te enceles hasta hacer el mal. Porque los que hacen el mal serán exterminados, pero los que aguardan al Señor heredarán la tierra» (Sal 36[37],8–9).

11. Contra el pensamiento que es suscitado por la calumnia de los hermanos y obnubila el alma de rabia.

«Sentado hablabas contra tu hermano; y ponías tropiezo contra el hijo de tu madre» (Sal 49[50],20).

12. Al Señor, porque la mente sabe que las espantosas visiones nocturnas provienen del desorden de la cólera y porque ha aprendido que se les elimina mediante la misericordia y la paciencia.

«Tu mandamiento me ha hecho más sabio que mis enemigos; pues siempre está conmigo. He comprendido más que todos los que me enseñan, pues medito en tus testimonios» (Sal 118[119],98–99).

13. Contra el demonio que enciende en nosotros la cólera contra los hermanos y después nos convence de cantar la doxología en la que está escrito el mandamiento de la paciencia que no hemos observado; pero así lo hace para burlarse de nosotros mientras cantamos el mandamiento que de hecho no hemos observado²⁷².

«¿Cómo cantaremos el cantar del Señor en tierra extraña?» (Sal 136[137],4).

De los Proverbios de Salomón

14. Contra el pensamiento que recoge reflexiones perversas contra el hermano, [induciéndonos a pensar] que es una persona inútil y censurable, incapaz de actuar como se debe.

²⁷² Ver In Ps., 136,3 β.

«No trames el mal contra tu amigo que habita contigo y confía en ti» (Prov 3,29).

15. Contra el pensamiento que proviene del odio y quiere litigar con el hermano por los bienes temporales.

«El odio suscita contienda; pero la amistad aplaca a todos los que litigan» (Prov 10,12).

16. Contra el pensamiento que nos empuja a proferir una maldición contra el hermano. «Los labios justos aplacan la enemistad, los que profieren contumelias son los más insensatos» (Prov 10,18).

17. Contra la ira que se enciende contra el hermano y deshonra el alma en el momento de la oración.

«El alma bendecida es toda sencilla, y el varón iracundo no es noble» (Prov 11,25).

18. Contra el pensamiento que suscita nuestra ira contra el rebaño que no va recto por el camino.

«El justo se apiada de las almas de sus bestias; las entrañas de los impíos no tienen piedad» (Prov 12,10).

19. Contra el pensamiento que es suscitado de improviso por la ira y perturba la mente por algo insignificante.

«El insensato anuncia su ira de inmediato; el hábil oculta su deshonor» (Prov 12,16).

20. Contra el pensamiento que medita un engaño en contra del hermano.

«No logrará presas el doloso, y una adquisición preciosa será del varón puro» (Prov 12,27).

21. Para el alma que camina por la senda de la cólera y, con los pensamientos, incita a la mente a inflamarse de ira —luego, el pensamiento de esta pasión duda un poco y viene un tiempo en el que desaparece el recuerdo de la palabra o del hecho; aún así, algo oscurece la mente y deja una impronta en ella²⁷³—.

«En los caminos de justicia está la vida; los caminos de los rencorosos conducen a la muerte» (Prov 12,28).

22. Contra el pensamiento de ira que, impulsado por el ansia de bienes, resquebraja y destruye la paciencia y nos propone actos insensatos; en su lugar se debería haber reanimado la mansedumbre.

«El varón paciente es rico en prudencia, y el pusilánime es muy imprudente» (Prov 14,29).

23. Contra el pensamiento que impide responder con mansedumbre a los que nos reprenden por buenos motivos.

²⁷³ Texto incierto; traducción conjetural.

«La ira pierde hasta a los prudentes; la respuesta sumisa aparta el furor, y la palabra ofensiva despierta iras» (Prov 15,1).

24. Contra el pensamiento que nos instiga a litigar con los hermanos y nos impide superar los pretextos.

«El varón iracundo causa riñas; el paciente apacigua hasta la que está en curso» (Prov 15,18).

25. Para el alma que cree que no es reprehensible ante el Señor el pensamiento de ira, sino el pecado que le sigue.

«El pensar injusto es abominación para el Señor, y las conversaciones de puros son sagradas» (Prov 15,26).

26. Contra el pensamiento que nos sugiere la compañía de personas coléricas y llenas de ira.

«No seas compañero de varón furioso; y con amigo iracundo no habites; no sea que aprendas sus caminos y pongas trampas a tu alma» (Prov 22,24–25).

27. Para el alma que padece una injusticia y quiere devolverla —esto es señal de la perversa pasión del alma que ama cosas vanas—.

«No digas: “le trataré del modo que me ha tratado, me vengaré de lo que me ha agraviado”» (Prov 24,29).

28. Contra el pensamiento que no se apiada de su enemigo ni se preocupa por él cuando lo ve en la miseria, y no quiere borrar la enemistad e invitarlo a la mesa.

«Cuando hambreare tu enemigo, aliméntale; cuando tuviere sed, abrévale. Que haciendo esto, juntarás ascuas de fuego sobre su cabeza, y el Señor te retribuirá bienes» (Prov 25,21–22).

Del Eclesiastés

29. Contra el pensamiento del alma que se enciende rápidamente de ira y se exaspera de improviso con los hermanos.

«No te precipites a encolerizarte en tu espíritu; pues la cólera reposará en el seno de los insensatos» (Ecle 7,9).

30. Para el alma que no quiere eliminar los motivos de la ira y desea en cambio comida, vestidos y bienes —estas cosas encienden una rabia que no se aleja del corazón y hace que la mente caiga en un abismo de perdición—.

«Aparta la ira de tu corazón y aleja la maldad de tu carne, pues la juventud y la insensatez son vanidad» (Ecle 11,10).

Del Cantar de los Cantares

31. Contra el demonio que con muchas tentaciones busca extinguir nuestro amor por los hermanos.

«Mucha agua no podrá apagar el amor, y los ríos no lo inundarán» (Cant 8,7).

De Isaías

32. Contra el pensamiento que me incita a escribir palabras hostiles contra el que nos ha afligido para herir su corazón.

«¡Ay de los que escriben maldad! porque escribiendo escriben maldad» (Is 10,1).

De las Lamentaciones de Jeremías

33. Al Señor, acerca de los pensamientos de cólera que ya no permanecen en nosotros.

«Has juzgado, Señor, los juicios de mi alma, has redimido mi vida» (Lam 3,58).

Del Evangelio de Mateo

34. Contra los pensamientos de ira que nos suscitan nuestros padres y hermanos cuando nos persiguen por el nombre del Señor.

«Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos» (Mt 5,10)

35. Contra el pensamiento que por acedia se altera con el hermano.

«Todo el que se airare con su hermano será reo de juicio» (Mt 5,22).

36. Contra el razonamiento que se irrita con el que lo ha golpeado y no quiere hacer desaparecer el pensamiento provocado por el primer golpe y dejarse golpear de nuevo.

«A quien te golpeare en tu mejilla derecha vuélvele también la otra» (Mt 5,39).

37. Contra los pensamientos que nos empujan a odiar y maldecir a nuestros enemigos.

«Orad por los que os persiguen para que os hagáis hijos de vuestro Padre de los cielos» (Mt 5,44–45).

Del Evangelio de Lucas

38. Contra el pensamiento de ira al que no le basta con el arrepentimiento del hermano y se exaspera y lanza nuevamente contra él.

«Si pecare tu hermano, intímale; y si se arrepintiere, perdónale. Y si siete veces al día pecare contra ti, y siete veces se volviere a ti, diciendo: “Me arrepiento”, le perdonarás» (Lc 17,3–4).

Del Evangelio de Juan

39. Contra la mente que acepta pensamientos de ira contra los hermanos y anula el mandamiento del amor, conocido como [mandamiento] nuevo.

«Un mandamiento nuevo os doy: que os améis según os he amado, que así también os améis vosotros» (Jn 13,34).

De la Carta a los Romanos

40. Contra los pensamientos de ira que vuelven hostil el amor.

«¿Quién nos apartará del amor del Cristo? ¿Tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro o cuchilla?» (Rom 8,35).

41. Contra los pensamientos de envidia que se alegran de la caída de los enemigos.

«Gozad con los que gozan; llorad con los que lloran. Sentid lo mismo entre vosotros» (Rom 12,15–16).

42. Contra el pensamiento que guarda rencor y busca devolver el mal a quien lo ha ofendido.

«Devolviendo a nadie mal por mal; proveyendo lo bello ante todos los hombres» (Rom 12,17).

De la Primera Carta a los Corintios

43. Contra los pensamientos de ira que nos sugieren actuar injustamente y cometer fraudes.

«¿Por qué más bien no sois injuriados? ¿Por qué más bien no sois despojados? Pero vosotros injuriáis y despojáis, y esto, a hermanos» (1Cor 6,7–8).

44. Contra el pensamiento de ira que se enciende contra quien me ha insultado por [mi] condición de esclavo.

«¿Has sido llamado siervo? No te importe; aun cuando puedas hacerte libre, más bien aprovéchate. Pues el que es llamado siervo en el Señor, es liberto del Señor; e igualmente el llamado libre, es siervo de Cristo» (1Cor 7,21–22).

45. Para el alma que no es consciente de la franqueza de palabra propia del amor y se pierde por un pensamiento de ira.

«Si yo hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, pero no tengo caridad, he sido hecho bronce retumbante o címbalo estrepitoso. Y si tengo profecía, y supiere todos los misterios y toda ciencia; y si tengo toda la fe, hasta trasladar montes, pero no tengo caridad, nada soy. Y si diere de comer con todos mis bienes; y si entregare mi cuerpo a ser quemado, pero no tengo caridad, nada aprovecho. La caridad es longánima, es bondadosa; la caridad no cela, no se jacta, no se infla; no avergüenza; no busca lo suyo; no se irrita; no piensa lo malo; no se goza en la injusticia; goza, empero, con la verdad; todo sufre, todo cree, todo espera; todo soporta. La caridad jamás cae» (1Cor 13,1–8).

De la Carta a los Gálatas

46. Para el alma que busca alcanzar en sí misma el vértice del conocimiento de la verdad pero se irrita violentamente.

«El fruto del espíritu es: caridad, gozo, paz, longanimidad, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, continencia» (Gál 5,22).

47. Contra los pensamientos que nos arrojan en el resentimiento a causa de las faltas de los hermanos.

«Sobrellevad unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo» (Gál 6,2).

48. Contra los pensamientos del alma que piensa con rabia en las personas que reciben muchos bienes de ella y, al alejarse, murmuran contra ella²⁷⁴.

«Y no desmayemos de hacer lo bello, que en el tiempo propio segaremos sin desfallecer» (Gál 6,9).

De la Carta a los Efesios

49. Contra los pensamientos de ira que no nos permiten reconciliarnos con los hermanos aun cuando a nuestros ojos se presentan con las mejores actitudes, como la humillación, el temor, la cortesía y [la promesa] de no caer más en las mismas insensateces que han cometido en el pasado —ésta es una señal de la astucia del demonio que no quiere dejar a la mente libre de la cólera—.

«El sol no se ponga sobre vuestro aparamiento, ni deis lugar al diablo» (Ef 4,26–27).

50. Contra los pensamientos de toda clase que genera la cólera por diversos tipos de cuestiones.

«Quítese de vosotros toda amargura, cólera, ira, vociferación y blasfemia, y toda malicia» (Ef 4,31).

De la Carta a los Filipenses

51. Contra los pensamientos que tienen la osadía de murmurar a causa del servicio a los hermanos.

«Haced todo sin murmuración ni vacilaciones, a fin de haceros intachables e íntegros, hijos de Dios irreprochables en medio de una generación torcida y depravada» (Flp 2,14–15).

De la Carta a los Colosenses

52. Contra los pensamientos que son inflamados por la cólera y de su incendio hacen brotar difamación y falsedad.

«Pero ahora ya vosotros deponedlo también todo de vuestra boca: ira, enojo, malicia, blasfemia, torpe habla. No os mintáis unos a otros» (Col 3,8–9).

²⁷⁴ Texto incierto; traducción conjetural.

De la Primera Carta a los Tesalonicenses

53. Contra los pensamientos que quieren devolver mal por mal.

«Ved que nadie retorne a alguno mal por mal; corred siempre tras lo bueno unos para con otros y para con todos» (1Tes 5,15).

De la Primera Carta a Timoteo

54. Para el alma que no conoce el fin del mandamiento del Señor y lo frustra con pensamientos de ira.

«El fin del mandamiento es la caridad de puro corazón, de conciencia buena y de fe no fingida» (1Tim 1,5).

De la Segunda Carta a Timoteo

55. Contra la mente que con los pensamientos hace nacer la discordia por medio de una doctrina.

«El siervo del Señor no debe reñir, sino ser suave para con todos, docente, paciente» (2Tim 2,24).

56. Contra el pensamiento de ira que me invade a causa de la persecución que he padecido de parte de mis padres y parientes por el nombre del Señor.

«Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús serán perseguidos» (2Tim 3,12).

De la Carta a Filemón

57. Contra el pensamiento que despierta en nosotros la ira contra el hermano que recibe dinero y otras cosas para su necesidad y no se preocupa por devolverlo.

«Y si te ha agraviado o te debe algo, cárgamelo a mí» (Fil 18).

De la Carta de Santiago

58. Para el alma que se irrita rápidamente e invoca la justicia de Dios.

«Sea todo hombre pronto para oír, tardo para hablar, tardo para la ira; pues la ira del varón no obra la justicia de Dios» (Stgo 1,19–20).

59. Contra el pensamiento que llena la mente de ira y pretende ver a su alma en la sabiduría de Dios.

«La sabiduría de arriba es, primero, pura; luego, pacífica, clemente, dócil, henchida de misericordia y buenos frutos, no juzgadora, ni hipócrita. Y el fruto de la justicia se siembra en la paz para los que hacen la paz» (Stgo 3,17–18).

60. Contra el pensamiento que, impulsado a la calumnia contra el hermano, desprecia al Dador

de la Ley —pues no habría sido justo al establecer la Ley que dice: «No calumniarás a tu hermano»²⁷⁵—.

«Hermanos, no murmuréis unos de otros. El que murmura del hombre o juzga a su hermano, murmura de la ley y juzga a la ley; y, si juzgas a la ley, no eres hacedor de la ley, sino juez. Uno es el legislador y juez que puede salvar y perder» (Stgo 4,11–12).

De la Primera Carta de Pedro

61. Contra la mente que quiere devolver mal por mal y ofensa por ofensa, y no busca neutralizar con bendiciones los pensamientos ofensivos y calumniosos.

«No devolviendo mal por mal o ultraje por ultraje sino, al contrario, bendiciendo; pues a esto habéis sido llamados, para que heredéis bendición» (1Pe 3,9).

De la Primera Carta de Juan

62. Contra la mente que dice tener en sí el temor de Dios pero odia a su hermano.

«El que dice estar en la luz y odia a su hermano, está todavía en las tinieblas» (1Jn 2,9).

63. Contra los pensamientos generados por el odio que hacen a la mente homicida del hermano.

«Todo el que odia a su hermano es homicida, y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en sí» (1Jn 3,15).

64. Contra la mente que proclama amar a Dios, pero después desmiente ese primer amor con el odio contra el hermano.

«Si alguno dijere: “amo a Dios”, y odia a su hermano, es mentiroso; porque el que no ama a su hermano, a quien está viendo, no puede amar a Dios, a quien no ha visto» (1Jn 4,20).

¡Bendito sea nuestro Señor Jesucristo, Dios nuestro, que nos ha concedido la victoria sobre los pensamientos del demonio de la ira!

²⁷⁵ Ver Éx 20,16; Dt 5,20.

DISCURSO VI: CONTRA LOS PENSAMIENTOS DEL DEMONIO DE LA ACEDIA

Del Génesis

1. Contra el pensamiento del demonio de la acedia, que odia el trabajo manual en el oficio que conoce y quiere aprender un nuevo oficio, más ventajoso para él y menos pesado.

«Con el sudor de tu rostro comerás tu pan hasta que vuelvas a la tierra de la que fuiste tomado; porque tierra eres y a la tierra volverás» (Gén 3,19).

Del Éxodo

2. Contra el pensamiento que, impulsado por la acedia, acusa al abad de no consolar a los hermanos, de ser duro con ellos y de no tener compasión de ellos en sus tribulaciones.

«A los dioses no maldecirás y de los jefes de tu pueblo no hablarás maliciosamente» (Éx 22,27).

De los Números

3. Para el alma que sucumbe al pensamiento de la acedia y cree que sin perseverancia podrá saciarse de los frutos del conocimiento de la verdad.

«Tened paciencia y recoged frutos de la tierra» (Núm 13,20).

Del Deuteronomio

4. Contra la mente que por los pensamientos de la acedia se vuelve nuevamente al mundo y anhela las cosas que provienen de él.

«Escucha, Israel: El Señor, nuestro Dios, es el único Señor. Y amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza» (Dt 6,4–5).

5. Contra el pensamiento de la acedia que nos aparta de la lectura y del estudio y nos aleja de las enseñanzas espirituales, diciéndonos: «Cierta anciano santo conocía sólo doce salmos y era agradable a Dios».

«Estas palabras que te prescribo hoy estarán en tu corazón y en tu espíritu, y se las enseñarás a tus hijos hablando sobre ellas cuando estés sentado en casa, cuando vayas por un camino, cuando estés acostado y estés levantado» (Dt 6,6–7).

6. Para el alma que acoge pensamientos de acedia cuando una pequeña enfermedad golpea el cuerpo.

«Eliminaré el Señor de ti toda debilidad, y todas las enfermedades malas de Egipto que has visto y que has conocido, no las pondrá sobre ti, pero las pondrá sobre todos los que te odian» (Dt 7,15).

7. Contra el pensamiento que por acedia busca a los familiares y parientes y piensa: «El

demonio de la acedia es muy poderoso y yo no estoy en condiciones de soportar el asalto de los pensamientos que suscita contra mí».

«Que te entregue el Señor, tu Dios, tus enemigos, los que se te han enfrentado, quebrantados ante ti; por un camino saldrán contra ti y por siete caminos huirán de ti» (Dt 28,7).

De Josué, Hijo de Nun

8. Contra el pensamiento de la acedia que huye de la lectura y la meditación de las palabras espirituales y nos aconseja que convengamos al Señor de que nos enseñe las Escrituras por medio de su Espíritu.

«No se apartará de tu boca el libro de esta ley; y meditarás en él día y noche, para que sepas hacer todo lo escrito en ella; entonces te encaminarás bien, caminarás bien tus caminos y acertarás» (Jos 1,8).

De los Jueces

9. Para el alma que en el tiempo de la acedia reflexiona y dice: «¿Por qué permite el Señor que sea tentado así por los demonios, que unas veces despiertan nuestra ira contra los hermanos que están cerca, y otras nos lanzan a la tristeza y nos fuerzan a estar airados incluso con los hermanos que están lejos?» —ésta es una estrategia de los pensamientos de la acedia—.

«Airóse con furor el Señor con Israel, y dijo: “Puesto que esta gente ha abandonado mi alianza, que mandé a sus padres, y no ha escuchado mi voz, tampoco yo proseguiré quitando de su faz algunas de las gentes que Josué, hijo de Nun, dejó en la tierra”. Y las dejó para probar con ellas si Israel guardare el camino del Señor y anduviere en él al modo que lo guardaron sus padres, o no. Y dejó el Señor estas gentes, sin quitarlas en breve, y no las entregó en mano de Josué. Y éstas son las gentes que el Señor dejó para probar con ellas a Israel, a todos los que no conocían las guerras de Canaán, sólo por las generaciones de hijos de Israel, para enseñarles la guerra (sólo porque sus antepasados no las conocieron)» (Jue 2,20–3,2).

De David

10. Para el alma endurecida que no quiere derramar lágrimas de noche a causa de los pensamientos de acedia. Derramar lágrimas es un gran remedio para las visiones nocturnas que provienen de la acedia. También el profeta David aplica sabiamente este remedio a sus males cuando dice:

«Fatigado estoy en mi gemido, bañaré cada noche mi lecho, en mis lágrimas mi estrado regaré» (Sal 6,7).

11. Al Señor, por los pensamientos de acedia que permanecen en mí.

«Ve mi humillación y mi trabajo; y perdona todos mis pecados» (Sal 24[25],18).

12. Contra los pensamientos de acedia que destruyen mi esperanza.

«Confío ver los bienes del Señor en tierra de vivientes» (Sal 26[27],13).

13. Contra el pensamiento de la murmuración proveniente de la acedia, que incluso llega a callar la proclamación de la alabanza.

«Bendeciré al Señor en todo tiempo; su loor está siempre en mi boca» (Sal 33[34],2).

14. Para el alma que debido a la acedia se llena de pensamientos que destruyen su esperanza y le hacen ver que la vida monástica es muy dura y que difícilmente la soporta un hombre.

«Espera en el Señor y haz bondad, habita la tierra y te apacentarás en sus riquezas» (Sal 36[37],3).

15. Para el alma triste y consumida por la acedia que busca otros lugares para vivir.

«Aguarda al Señor y observa su camino, y te exaltará para que heredes la tierra» (Sal 36[37],34).

16. Contra el intelecto que no sabe que cuando los pensamientos de la acedia habitan en él, éstos turban su condición y, durante la oración, apagan a sus ojos la santa luz —yo y el siervo de Dios Ammonio queríamos saber dónde se encuentra esta luz, y le preguntamos al santo Juan, vidente de la Tebaida²⁷⁶, si la naturaleza del intelecto es luminosa y la luz fluye de él, o si más bien hay algo que resplandece y lo ilumina desde fuera; él nos respondió diciendo: «El hombre no está en capacidad de explicarlo y, además, sin la gracia del Señor el intelecto no puede ser iluminado en la oración si no ha sido antes liberado de los muchos y crueles enemigos que obran para su perdición»—.

«Mi corazón está conturbado, me ha abandonado mi fuerza y la luz de mis ojos no está conmigo» (Sal 37[38],11).

17. Para el alma que quiere saber si realmente es arrojada a las tentaciones por los demonios cuando por breve tiempo la abandonan los santos ángeles.

«Mis amigos y parientes se han acercado y detenido frente a mí, los más allegados a mí se han quedado a lo lejos; me han violentado los que buscaban mi alma, y los que buscaban el mal para mí han hablado vanidades y meditado maquinaciones todo el día» (Sal 37[38],12–13).

18. Contra el pensamiento de la acedia que destruye la esperanza con la que perseveramos, como si ella con su empuje no fuese capaz de convencer al Señor de apiadarse de nosotros.

«Aguardando aguardé al Señor, y me atendió; y escuchó mi súplica» (Sal 39[40],2).

19. Para el alma que en el tiempo de la lucha contra la acedia cree que las lágrimas son completamente inútiles y no recuerda que David hizo precisamente eso, cuando dice:

²⁷⁶ Se trata de Juan de Licópolis, ya recordado en Ant., II,36 y V,6. Tenemos aquí el testimonio de un contacto directo entre Evagrio y Juan de Licópolis y la prueba de la reelaboración que debió sufrir HL, 35, que, en el texto elegido por Butler, se refiere a una única visita, la de Paladio. Respecto a todo el debate sobre este punto, véase G. Bunge, A. de Vogüé, *Quatre ermites*, ob. cit., p. 21, n. 23.

«Han sido mis lágrimas pan día y noche, al decirseme cada día: “¿Dónde está tu Dios?”» (Sal 41[42],4).

20. Para el alma caída a causa de la acedia y [por ello] llena de pensamientos de tristeza.

«¿Por qué estás triste, alma mía? ¿Por qué me conturbas? Espera en Dios que le he de confesar; salud de mi rostro, mi Dios» (Sal 41[42],6).

21. Al Señor, cuando el demonio de la acedia combate todo el día contra mí.

«Apiádate de mí, Dios, porque me ha conculcado el hombre; todo el día, guerreando, me ha atribulado» (Sal 55[56],2).

22. Al Señor, por haber alejado de mí los pensamientos de la ira y de la concupiscencia.

«Hemos pasado por fuego y agua, y nos has sacado a refrigerio» (Sal 65[66],12).

23. Al Señor, a causa de los pensamientos de la acedia que nos asaltan justo cuando uno de nuestros hermanos o parientes ha sido exaltado y ha alcanzado un puesto de prestigio y de poder.

«Para mí, empero, es bueno estar junto al Señor» (Sal 72[73],28).

24. Contra el pensamiento que en el tiempo de la acedia nos empuja a buscar a los hermanos para que nos consuelen.

«Se negó a consolarse mi alma. Me acordé de Dios y me alegré; hablé y se apocó mi espíritu» (Sal 76[77],3–4).

25. Contra el pensamiento de la acedia que nos predice largos años de amarga vida.

«El hombre, así como heno sus días; así como flor del campo, así se desflorará» (Sal 102[103],15).

26. Contra el pensamiento de la acedia que nos empuja a buscar otra celda para vivir, porque la que se tiene está fea y llena de humedad y provoca todo tipo de enfermedad.

«Aquí moraré, porque la he escogido» (Sal 131[132],14).

27. Al Señor, debido a los pensamientos que atormentan y aterrorizan mi mente.

«Ha perseguido el enemigo a mi alma; ha humillado hasta la tierra mi vida; me ha colocado en tenebrosidades, como a muertos hace siglos; y se angustió, sobre mí, mi espíritu; en mí se turbó mi corazón» (Sal 142[143],3–4).

De los Proverbios de Salomón

28. Contra el pensamiento de la acedia que hace que abandone el trabajo manual y, en el sopor, apoye el cuerpo en la pared.

«¿Hasta cuándo, perezoso, reposas? ¿Y cuándo del sueño despertarás? Un poco ciertamente duermes, otro poco estás sentado, brevemente dormitas, y otro poco cruzarás las manos sobre el pecho; luego te sobreviene, como mal caminante, la pobreza, y la indigencia, como buen corredor» (Prov 6,9–11).

29. Contra el pensamiento que rechaza los esfuerzos y la práctica de los mandamientos.

«Mejor el que comienza a ayudar de corazón, que el que promete y despierta esperanzas» (Prov 13,12).

30. Contra el pensamiento de la acedia que critica a los hermanos que no tienen amor y no quieren consolar a los enfermos y a los afligidos.

«Ocasiones busca el varón que quiere separarse de sus amigos; en todo tiempo reprobable será» (Prov 18,1).

De Job

31. Para el alma que se entristece a causa del pensamiento de la acedia.

«No deseches la admonición del Omnipotente. Pues Él hace sufrir, y, a su vez, restituye; hirió y sus manos sanaron» (Job 5,17–18).

32. Contra el pensamiento de la acedia que nos pronostica una larga vejez, una amarga pobreza sin consuelo, y enfermedades capaces de matar el cuerpo.

«Pregunta a la primera generación; investiga en el linaje de los padres. Que de ayer somos, y no lo sabemos; porque una sombra es nuestra vida sobre la tierra» (Job 8,8–9).

33. Contra el pensamiento de la acedia que nos hace ver otros lugares y nos aconseja construirnos allí una celda, pues allí encontraremos sin fatiga lo que necesitamos, reposo y el consuelo de los hermanos que nos visitarán.

«¿No es poco el tiempo de mi vida? Déjame reposar un poco, antes de partir de donde no he de volver: a tierra tenebrosa y caliginosa, a tierra de tinieblas sempiternas, donde no hay claridad ni se ve vida de mortales» (Job 10,20–22).

34. Para el alma que por acedia piensa que nadie ve sus dolores.

«No digas que nadie ve al varón; su custodia está en el Señor» (Job 34,9).

De Miqueas

35. Contra los pensamientos que consideran felices a los que viven en el mundo.

«Todos los pueblos irán cada cual por su camino, y nosotros iremos en nombre del Señor, Dios nuestro, por el siglo y más allá» (Miq 4,5).

36. Para el alma que debido a la enfermedad del cuerpo acoge pensamientos de acedia.

«La ira del Señor toleraré, pues he pecado contra Él, hasta que Él justificare mi causa. Y hará mi juicio, y me sacará a la luz; veré su justicia» (Miq 7,9).

De Isaías

37. Para el alma sobre la cual ha caído el peso de la acedia y grita a causa de la miseria de los pensamientos de la acedia.

«He aquí que se avergonzarán y ruborizarán todos tus adversarios; serán cual si no fueran; y perecerán todos tus contrarios» (Is 41,11).

De Jeremías

38. Para el alma que, como permanecen en ella algunos pensamientos de negligencia y acedia, se enferma, se debilita y se extenua en su amargura —su fuerza ha sido devorada por un gran abatimiento, está a punto de abandonar su esperanza debido a la violencia de este demonio, ha perdido el control, se comporta como un niño, con lágrimas angustiadas y gemidos, y no hay nada que la alivie—.

«Así dijo el Señor: “Deje tu voz el lloro, y tus ojos, tus lágrimas; que hay galardón para tus obras, y volverán tus hijos de tierra de enemigos; cosa estable [habrá de nuevo] para tus hijos”» (Jer 38,16–17).

39. Al Señor, a causa de los pensamientos de acedia que hacen vacilar nuestra perseverancia y nos incitan a que nos distraigamos un poco y visitemos nuestra casa y parientes por largo tiempo.

«Nuestros pecados se han alzado contra nosotros; Señor, obra por tu nombre; que son muchos nuestros pecados ante Ti, contra Ti hemos pecado. Eres la expectación de Israel, Señor, que salvas en tiempo de males» (Jer 14,7–8).

De las Lamentaciones

40. Contra los pensamientos que nos hacen ver las muchas necesidades y las grandes fatigas de la disciplina monástica.

«Bueno es el Señor con los que esperan en Él; bueno con el alma que le buscare, esperare y sosegare en la salvación del Señor» (Lam 3,25–26).

41. Contra el pensamiento que dice: «También se puede obtener pureza e integridad sin la vida monástica».

«Bueno para el varón cuando llevare yugo desde su adolescencia; se sentará solitario y callará, pues [el Señor] se lo impuso. Dará la mejilla al que le hiriere, saciado será de oprobios, porque no por siempre estará lejos el Señor» (Lam 3,27–31).

De Daniel

42. Al Señor, a causa del pensamiento de acedia que se fortalece contra mí.

«No quites tu misericordia de nosotros, por Abrahán, tu amado; por Isaac, tu siervo; por Israel, tu santo» (Dan 3,35).

Del Evangelio de Mateo

43. Contra el pensamiento que nos sugiere visitar a nuestro padre carnal.

«Jesús dícele: Sígueme, y deja a los muertos enterrar a sus muertos» (Mt 8,22).

44. Para el alma que a causa de la acedia cae y vuelve a buscar a los parientes según la carne.

«Todo aquel que ha dejado casas y hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o hijos o campos por mi nombre, el múltiplo recibirá y la vida eterna heredará» (Mt 19,29).

Del Evangelio de Lucas

45. Para el alma que no se convence de que Cristo llama odio al amor por los parientes, hablando así a los que se encuentran entre deseos pasionales y aman el mundo.

«Si alguno viene a mí, y no odia a su padre, y la madre, y la mujer, y los hijos, y los hermanos y las hermanas, y aún también su alma, no puede ser mi discípulo» (Lc 14,26).

De los Hechos

46. Contra los pensamientos de acedia provocados por nuestros parientes que nos dicen que no hemos dejado el mundo y abrazado la vida monástica por el Señor, sino porque nuestros pecados y nuestra debilidad nos impiden enfrentar virilmente las obligaciones del mundo.

«Hay que someterse a Dios más que a los hombres» (Hch 5,29).

De la Carta a los Romanos

47. Contra los pensamientos de acedia que nos asaltan a causa de las tribulaciones.

«Regocijaos con la esperanza, sed pacientes en la tribulación, perseverantes en la oración» (Rom 12,12).

De la Primera Carta a los Corintios

48. Contra los pensamientos que a causa de la acedia murmuran atrevidamente.

«No murmuréis, al modo que algunos de ellos murmuraron, y perecieron por el exterminador» (1Cor 10,10).

De la Segunda Carta a los Corintios

49. Contra la reflexión que se torna triste a causa de los pensamientos de la acedia y se olvida de las pruebas del Apóstol, que resumiéndolas dice:

«Yo más [ministro de Cristo que ellos]: en trabajos más abundantemente, en prisiones más abundantemente; en golpes desmedidamente; en muertes a menudo. De los judíos he recibido

cinco veces cuarenta, menos uno; tres veces he sido apaleado, una vez lapidado, tres veces he naufragado, una noche y día en el piélago he pasado; viajes a menudo, peligros de ríos, peligros de bandoleros, peligros de linaje, peligros de gentes, peligros en ciudad, peligros en páramo, peligros en mar, peligros en pseudohermanos, trabajo y miseria; en vigiliias a menudo, en hambre y sed, en ayunos a menudo, en frío y desnudez. Fuera de lo demás: la carga cotidiana, la solicitud por todas las Iglesias» (2Cor 11,23–28).

De la Carta a los Efesios

50. Contra los pensamientos de acedia que nos hacen ingratos para con nuestros padres y nuestros hermanos.

«Agradeciendo siempre todo en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, al Dios y Padre. Sujetándoos unos a otros en el temor de Cristo» (Ef 5,20–21).

De la Carta a los Filipenses

51. Para el alma que no sabe que sufrir por Cristo es un don del Espíritu.

«A vosotros ha donado, en cuanto a Cristo, no sólo en Él creer, sino también por Él padecer» (Flp 1,29).

De la Carta a los Hebreos

52. Contra los pensamientos provocados por la acedia que empujan al alma a abandonar el camino santo de los perfectos y la [propia] habitación.

«Que de paciencia tenéis necesidad, para que, haciendo la voluntad de Dios, consigáis lo prometido. Pues todavía un poco, tantito, tantito, y el que viene, llegará, y no tardará; y mi justo de fe vivirá, pero si se retrajere, no se complace mi alma en él» (Heb 10,36–38; ver Is 26,20; Hab 2,3–4).

53. Contra el pensamiento que nos incita a visitar la ciudad y [encontrarnos] allí con los parientes y amigos.

«No tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la venidera» (Heb 13,14).

54. Para el alma que está abatida a causa de la acedia y la tristeza y piensa en su corazón que ha sido entregada al tormento de los demonios.

«Otros de escarnio y azotes experiencia tomaron, y, a más, de prisiones y custodia: lapidados fueron, aserrados fueron, probados fueron, en matanza de cuchilla murieron, anduvieron en cuero de oveja, en pieles de cabra, necesitados, atribulados, maltratados; de quienes no era digno el mundo; en soledades errabundos, por montes, y cavernas y las grietas de la tierra» (Heb 11,36–38).

55. Contra los pensamientos de acedia que nos indisponen con los santos Padres como [si fuesen] personas sin misericordia que no quieren confortar a los hermanos; por eso, son los mismos pensamientos de amargura para con ellos los que no quieren permanecerles sumisos.

«Obedeced a vuestros prepositos, y someteos; pues ellos velan por vuestras almas, como que cuenta han de dar, para que, con gozo esto hagan, y no gimiendo; pues es inconveniente a vosotros esto» (Heb 13,17).

De la Carta de Santiago

56. Contra el pensamiento del alma que se entristece a causa del espíritu de la acedia que habita en ella y perturba su estabilidad.

«Todo gozo estimad, hermanos míos, cuando en varias tentaciones cayereis; conociendo que la probación de vuestra fe obra paciencia. Y la paciencia hace perfecta la obra, para que seáis perfectos e íntegros, en nada faltos» (Stgo 1,2-4).

57. Contra la mente que es golpeada de muchas maneras por el pensamiento de la acedia: cuando es expulsada por la ira o cuando es llevada de la garganta a otros lugares, con los hermanos o los parientes en el mundo, que muchas veces la han despreciado y humillado.

«Bienaventurado el varón que sobrelleva tentación; porque, después de probado, recibirá la corona de la vida que ha prometido el Señor a los que le aman» (Stgo 1,12).

¡Bendito sea nuestro Señor Jesucristo, que nos ha concedido la victoria sobre los pensamientos del demonio de la acedia!

DISCURSO VII

CONTRA LOS PENSAMIENTOS DEL DEMONIO DE LA VANAGLORIA

Del Génesis

1. Contra el pensamiento proveniente del demonio de la vanagloria, que en el momento equivocado nos aconseja salir al mundo a instruir a los hermanos y hermanas y exhortarlos a la vida monástica.

«¡Salva, salva tu vida!; no mires hacia atrás ni te detengas en todo el territorio; sálvate en la montaña, no vayas a ser atrapado también tú» (Gén 19,17).

De los Números

2. Contra el pensamiento de vanagloria que me suscita envidia por los hermanos que han recibido del Señor el don del conocimiento.

«¿Estás celoso por mí? ¿Y qué daría por que todo el pueblo del Señor fueran profetas cuando el Señor ponga su espíritu sobre ellos?» (Núm 11,29).

3. Para el alma que acoge pensamientos impuros y por vanagloria desea recibir el sacerdocio sin reflexionar en el peligro al que se dirige.

«Tomó Eleazar, hijo de Aarón, el sacerdote, los calentadores de cobre que habían ofrecido los abrasados y se pusieron como cerco del altar del sacrificio, como recuerdo para los hijos de Israel, para que no se acerque ningún extranjero que no sea de la descendencia de Aarón a poner incienso ante el Señor, según lo que dijo el Señor por medio de Moisés» (Núm 17,4–5).

Del Deuteronomio

4. Contra el pensamiento de vanagloria que obra la justicia para [que lo vean] los hombres.

«Con justicia perseguirás lo justo, para que sigáis vivos y para que, cuando entréis, heredéis la tierra que el Señor, tu Dios, te da» (Dt 16,20).

5. Contra el pensamiento de vanagloria que se subyuga al discurso sobre sus obras virtuosas y cae en un abismo de vanagloria²⁷⁷.

«No ararás con becerro y asno a la vez» (Dt 22,10).

Del primer libro de Samuel

6. Contra el siguiente tipo de pensamiento de vanagloria: «Tienes gran reputación entre todos los hermanos».

²⁷⁷ El propósito de comprometerse en grandes empresas ascéticas puede ser contaminado por el pensamiento de la vanagloria, que aparece así como una de las causas más frecuentes de la caída, muy impresionante para Evagrio y sus cercanos, de los mejores entre los monjes. Ver HL, 25,6.

«Yo, varón humilde y no renombrado» (1Sam 18,23).

Del [segundo] libro de los Reyes

7. Para el alma que a causa de una gloria mundana no quiere abandonar el lugar donde vive, que se ha vuelto inadecuado²⁷⁸.

«Dijeron los hijos de los profetas a Eliseo: “He aquí ahora que el lugar en que nosotros habitamos ante ti es angosto para nosotros; vamos ya hasta el Jordán y tomemos de allí cada varón una viga y hagámonos allí para habitar allí”. Y dijo: “Id”» (2Re 6,1–2).

De David

8. Para el alma que, presa de la vanagloria, les cree a los demonios que le prometen el sacerdocio.

«No hay en su boca verdad; su corazón vano; tumba abierta su garganta, con sus lenguas engañaron» (Sal 5,10).

9. Contra el pensamiento de vanagloria que nos incita a enseñar a los hermanos o a los laicos dejando de lado la salvación de [nuestra] alma.

«También el gorrión se ha hallado su casa, y la tórtola el nido donde pondrá sus polluelos: tus altares, Señor de los ejércitos, rey mío y Dios mío» (Sal 83[84],4).

10. Contra los pensamientos de vanagloria que cansan la mente con reflexiones de todo tipo, unas veces haciéndola administradora de los bienes de Dios, otras volviéndola custodio de los hermanos.

«Desviaos de mí, los malvados, y escudriñaré los mandamientos de mi Dios» (Sal 118[119],115).

11. Contra el pensamiento de vanagloria que presuntuosamente me aconseja que me aleje de la fraternidad y me aisle de los hermanos, con el propósito de llevarme a engaño.

«Ocultaron los soberbios una trampa para mí; y cuerdas tendieron: trampas para mis pies; a par de senda, tropiezo me pusieron» (Sal 139[140],6).

De los Proverbios de Salomón

12. Contra el pensamiento de la vanagloria que lleva a hablar mucho y sobre cosas superfluas —esto ocurre tarde o temprano a los monjes que viven en clausura y que, a causa de la vanagloria, se meten en los asuntos del mundo y reciben con gusto a hombres que luchan entre sí en su presencia—.

²⁷⁸ La *stabilitas loci* es sin duda fundamental para los anacoretas, pero la vanagloria amenaza con hacer permanecer en un puesto que se vuelve inadecuado a causa de los muchos visitantes. El peligro de la soberbia induce a Antonio a dejar su morada para buscar otra más conveniente en un lugar más desconocido. Ver Atanasio, Vida de Antonio, 49.

«De mucho hablar no escaparás a la culpa; y refrenando los labios juicioso serás» (Prov 10,19).

13. Contra el pensamiento que nos aconseja ponernos a la cabeza de los hermanos y guiar las almas en el conocimiento de Cristo, antes de [haber alcanzado] nuestra estabilidad.

«Hay camino que parece, ante los hombres, recto ser, pero sus postrimerías van al fondo del infierno» (Prov 14,12).

14. Contra el pensamiento de vanagloria que nos lleva a abandonar las Escrituras antes de haber recibido su fuerza²⁷⁹.

«Quien rebate una palabra antes de haber oído, insensatez y oprobio tiene» (Prov 18,13).

15. Contra el pensamiento de vanagloria que empuja a los muy jóvenes a vivir en soledad.

«En sus empeños deja ver el jovencillo si recto será su camino» (Prov 20,11).

16. Contra el pensamiento de vanagloria que nos aconseja hacernos garantes de los laicos que nos aman cuando un pesado acreedor los atormenta.

«No te des a fianza del que es deudor, pues, si no tuvieres de dónde pagar, tomarán el estrado bajo tus costillas» (Prov 22,26–27).

17. Para el alma que por vanagloria cuenta cosas de los misterios de la vida monástica a gente del mundo.

«A orejas de insensato nada digas; no sea que se mofe de tus sabias palabras» (Prov 23,9).

18. Contra los pensamientos que nos empujan a salir al mundo para edificar a los que nos miren²⁸⁰.

«Las palabras del seductor son blandas, y hieren hasta los arcanos de las entrañas» (Prov 26,22).

19. Contra el demonio que, luego de habernos enviado múltiples tentaciones abiertamente, vuelve para persuadirnos de que nos rindamos a él —esto lo consigue, como nos enseñó el santo profeta Juan²⁸¹, mediante la vanagloria—, nos conviene responder usando las palabras con que le rebatía aquel bienaventurado:

«Con los labios a todo asiente el despreciable enemigo, pero en el corazón trama ardides. Si te rogare el enemigo con gran voz, no le creas; pues siete maldades hay en su alma» (Prov 26,24–25).

20. Contra los pensamientos que nos exigen que hablemos de nuestras brillantes conductas para [así recibir] una gloria pasajera.

²⁷⁹ En la traducción seguimos el texto de Mingana 68 que trae «antes de» ('dlo) en lugar de «porque no» (metul dlo) del texto de Frankenberg.

²⁸⁰ Es una tentación que enfrenta, por ejemplo, Macario el Alejandrino, según HL, 17,23.

²⁸¹ Juan de Licópolis; ver HL, 35.

«Encómieme el vecino, y no tu boca; otro, y no tus labios» (Prov 27,2).

Del Eclesiastés

21. Contra el pensamiento de vanagloria que nos obliga a hablar cuando no conviene, y cuando sí conviene, nos aconseja callar.

«Hay tiempo de callar, y tiempo de hablar» (Ecle 3,7).

De Job

22. Para el alma que no está convencida de que Satanás también conoce a los que sirven al Señor.

«Respondió el diablo, y dijo delante del Señor: “¿Acaso de balde Job teme al Señor? ¿No lo has vallado Tú a él, a su casa, y todo lo que está en su contorno? ¿Y has bendecido las obras de sus manos y has hecho numeroso su ganado sobre la tierra?”» (Job 1,9–10).

De Isaías

23. Contra el demonio que nos aconseja y dice: «Os haré famosos en todo lugar ante todos los hombres», y se presenta como quien viene a ayudarnos.

«¡No [será] así! Sino que enviará el Señor de los ejércitos deshonra contra tu honra; y contra tu gloria fuego ardiente arderá» (Is 10,16).

24. Para el alma que ama la gloria [que viene] de los hombres más que el conocimiento de Cristo.

«Toda carne, heno, y toda gloria de hombre, como flor de heno. Se ha secado el heno y caído la flor; pero la palabra de nuestro Dios permanece por siempre» (Is 40,6–8).

De Jeremías

25. Al Señor, debido a los pensamientos vanos²⁸² que permanecen en nosotros y hacen que la pobre mente sucumba a los demonios de la ira, la tristeza y el orgullo.

«Sáname, Señor, y sanaré; sálvame y salvaré; que gloriación mía tú eres» (Jer 17,14).

De las Lamentaciones de Jeremías

26. Contra el demonio que de noche, en sueños, me hace pastor del rebaño, y de día me explica el sueño diciéndome: «Serás sacerdote y, muy pronto, mucha gente te buscará y te seguirá».

«Mataron mi vida en un hoyo; y pusieron piedras sobre mí» (Lam 3,53).

²⁸² Preferimos la lectura de Mingana 68 —«pensamientos vanos» (hushabe sriqe)— a la de Frankenberg —«pensamientos de gloria» (hushabe shubqô)—.

De Daniel

27. Contra el demonio que ataca la mente y dice: «Mira que pronto seréis arrebatados al cielo» —fue justamente eso lo que pensaron algunos de los hermanos, y cayeron en una dura tempestad y naufragaron²⁸³—.

«Has mentido contra tu vida; un ángel del Señor partirá tu alma hoy» (Susana 55 [Dan 13,55]).

28. Contra el demonio que sugiere en nuestro corazón la promesa de hacernos famosos por nuestra sabiduría ante reyes y gobernantes.

«El ángel del Señor está ahí teniendo la espada, para partirme por la mitad y exterminarte» (Susana 59 [Dan 13,59]).

Del Evangelio de Mateo

29. Contra el pensamiento de vanagloria que en vez de cumplir los mandamientos del Señor quiere enseñarlos a los hermanos.

«Pero, el que hiciere y enseñare, ése grande será llamado en el reino de los cielos» (Mt 5,19).

30. Contra el pensamiento de vanagloria que nos hace observar fielmente toda justicia, pero vuelve tortuosa la mente.

«Guardaos de no hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos; pues, de lo contrario, no tendréis galardón delante de vuestro Padre de los cielos» (Mt 6,1).

31. Contra el pensamiento de vanagloria que se nos manifiesta en el estado de oración pura e imprime en el intelecto la forma que quiere, justo cuando éste está privado de representaciones e imágenes, dándole así la impresión de que está en oración en presencia de la divinidad²⁸⁴ — así le sucede a la mente afectada por la pasión de la vanagloria que, durante la oración, es conducida por ese demonio a un lugar donde la puedan ver los jóvenes y mucha gente; quien pueda entender que entienda—.

«Cuando orareis, no seréis como los hipócritas; porque aman, en las sinagogas y en las esquinas de las calles, de pie, orar, para ser vistos de los hombres. En verdad os digo, reciben su galardón» (Mt 6,5).

32. Contra los pensamientos de vanagloria que, [llevándonos a asumir] un aspecto triste, buscan que evidenciamos nuestro ayuno, para que así la mente, suelta y liberada de la gula, sea atada y hecha prisionera por el pensamiento de la vanagloria —los demonios impuros vienen disimuladamente a hacer estas cosas para impedir que la mente se libere de los pensamientos y se eleve y alce la mirada al Señor—.

«Cuando ayunareis, no os pongáis como los hipócritas, mustios; pues demudan sus rostros para aparecer a los hombres ayunando. En verdad os digo, reciben su galardón» (Mt 6,16).

²⁸³ De este tipo de tentación se habla en HM, 2,9 (Rufino di Concordia, pp. 70–71). Véase las historias de Valente, Herón y Tolomeo, relatadas por Paladio: HL, 25–27.

²⁸⁴ Ver Or., 72.

33. Contra los pensamientos de vanagloria que obligan al alma a meditar en palabras vanas y se esfuerzan por unir el intelecto a bienes pasajeros; con estas cosas mueven en nosotros el deseo o la ira, y suscitan en el intelecto abominables visiones que destruyen el estado puro que adorna y corona nuestra oración.

«Y dígoos que, de toda palabra ociosa que hablen los hombres, darán cuenta en el día del juicio. Pues por tus palabras serás justificado, y por tus palabras, condenado» (Mt 12,36–37).

Del Evangelio de Lucas

34. Contra los pensamientos que surgen tras la alegría por el hecho de que los espíritus inmundos han huido de nuestras almas.

«En esto no os gocéis: que los espíritus se os sujeten, mas gozaos de que vuestros nombres están escritos en el cielo» (Lc 10,20).

Del Evangelio de Juan

35. Contra el demonio que me dice en mi corazón: «Eres un maestro a causa del don de curación que has recibido».

«Cuando hablare la mentira, de lo propio habla; porque mentiroso es y el padre de ella» (Jn 8,44).

De los Hechos

36. Contra el demonio que nos aconseja adquirir el sacerdocio con dinero.

«Tu plata contigo sea en perdición, porque el don de Dios has pensado por dinero adquirir» (Hch 8,20).

De la Primera Carta a los Corintios

37. Para el alma que es atormentada por la vanagloria y desea aprender la sabiduría de los griegos.

«La sabiduría de este mundo, estulticia ante Dios es» (1Cor 3,19).

De la Segunda Carta a los Corintios

38. Contra el pensamiento de vanagloria que busca gloriarse de la observancia de una buena conducta.

«El que se gloria, en el Señor gloríese; pues no es aprobado el que a sí mismo se recomienda, sino el que el Señor recomienda» (2Cor 10,17–18).

De la Carta a los Gálatas

39. Contra el pensamiento de vanagloria que nos exhorta a convencer a nuestros parientes de que viviendo rectamente la disciplina monástica seremos considerados dignos de la salvación del alma y del conocimiento de la verdad.

«Pues ahora, ¿a hombres persuado o a Dios? ¿O busco a hombres agradar? Si todavía a hombres agradara, de Cristo siervo no sería» (Gál 1,10).

De la Carta a los Hebreos

40. Contra el pensamiento de vanagloria que me aconseja hacer algo para ser honrado con el sacerdocio.

«No se toma alguno el honor, sino el que es llamado por Dios; así como Aarón» (Heb 5,4).

De la Carta de Santiago

41. Contra el pensamiento de la vanagloria que nos exhorta a enseñar sin haber alcanzado la salvación del alma o el conocimiento de la verdad.

«No os hagáis muchos maestros, hermanos míos, pues sabemos que mayor juicio recibiremos. En muchas cosas tropezamos todos; si alguno con la palabra no tropieza, es perfecto varón, capaz de poner freno a todo el cuerpo» (Stgo 3,1–2).

42. Contra los pensamientos de vanagloria que buscan los dones de la curación o del conocimiento del Señor.

«Pedís, y no recibís; por esto: porque malamente pedís, para en vuestras concupiscencias gastarlo» (Stgo 4,3).

De la Primera Carta de Juan

43. Contra los pensamientos de vanagloria que buscan el mundo y presentan su gloria ante sus ojos.

«No améis al mundo ni lo del mundo; si alguno ama al mundo, no está la caridad del Padre en él» (1Jn 2,15).

¡Bendito sea nuestro Señor Jesucristo, que nos ha concedido la victoria sobre los pensamientos del demonio de la vanagloria!

DISCURSO VIII: CONTRA LOS DETESTABLES PENSAMIENTOS DE LA SOBERBIA

Del libro del Génesis

1. Contra el pensamiento de soberbia que me dice que soy el santo del Señor.

«Dijo Dios a la serpiente: “Por haber hecho esto, maldita seas entre todo el ganado y todas las bestias de la tierra; caminarás sobre tu pecho y tu vientre y comerás tierra todos los días de tu vida”» (Gén 3,14).

2. Contra el pensamiento de soberbia que me exalta y me levanta en alto como alguien irreprehensible, que ya no acoge pensamientos impuros.

«Abraham replicó y dijo: “Ahora he comenzado a hablar al Señor, yo que soy tierra y polvo”» (Gén 18,27).

3. Contra el pensamiento blasfemo que reniega de Dios que me nutre y es ingrato con el ángel que me asiste.

«Los bendijo [Jacob] y dijo: “¡Que Dios, en cuya presencia le agradaron mis padres, Abraam e Isaac, el Dios que me ha alimentado desde la juventud hasta este día, el ángel que me libró de todos los males, bendiga a estos niños, y que en medio de ellos sea invocado mi nombre y el nombre de mis padres, Abraam e Isaac, y que se multipliquen a raudales sobre la tierra!”» (Gén 48,15–16).

Del Éxodo 4.

4. Para el alma que quiere saber qué dicen los demonios soberbios cuando nos ven investigar temas espirituales²⁸⁵.

«Que se agraven los trabajos de estos hombres, y se afanen en ellos y no se afanen en palabras vanas» (Éx 5,9).

5. Contra el pensamiento soberbio que rechaza la salvación de Dios, con cuya ayuda hemos vencido a los otros siete demonios, compañeros del demonio de la soberbia.

«Cantemos al Señor, porque ha sido espléndidamente glorificado; caballo y jinete arrojó al mar. Defensor y protector, ha sido para mí la salvación» (Éx 15,1–2).

6. Al Señor, a causa del pensamiento de soberbia que me exalta porque con mi gran fuerza he vencido a los demonios de la tristeza.

«Tu diestra, Señor, está glorificada en el poder; tu mano derecha, Señor, destrozó a los enemigos. Y por la plenitud de tu gloria has quebrantado a los adversarios» (Éx 15,6–7).

7. Contra los pensamientos de soberbia que atormentan tanto al alma que la hacen despreciar a los santos ángeles por no ser capaces de corregirle [cuando se encuentra] en la necesidad del

²⁸⁵ La curiosidad por las cuestiones más elevadas de la vida espiritual puede ser obra del demonio de la soberbia que nos quiere esclavizar.

error —de este modo, mientras piensa estas cosas, es abandonada por ellos y cae de nuevo en manos de los demonios impuros que son los pensamientos de la soberbia—.

«Mira, yo envió a mi ángel ante tu presencia, para que te guarde en el camino, de forma que te conduzca a la tierra que he preparado para ti. Aplicate y escúchale y no le desobedezcas, para que no se retire de ti, pues mi nombre está en él» (Éx 23,20–21).

De libro del Levítico

8. Contra el pensamiento que nos aconseja despreciar a nuestros santos Padres porque no han sufrido más que nosotros en su vida.

«Ante un rostro canoso te levantarás, y honrarás el rostro del anciano; y temerás a tu Dios. Yo soy el Señor Dios vuestro» (Lev 19,32).

9. Contra el pensamiento blasfemo que empuja la mente a la ruina suprema.

«Habla a los hijos de Israel y les dirás: “Un hombre, cualquier hombre, si maldijera a Dios, incurrirá en pecado, y si pronuncia el nombre del Señor, reciba muerte segura; con piedras lo lapide toda la congregación de Israel”» (Lev 24,15–16).

De los Números

10. Al Señor, cuando los pensamientos blasfemos permanecen en nosotros y le quitan libertad de expresión²⁸⁶ a nuestra oración.

«Y ocurrió que durante la marcha del arca dijo Moisés: “Despierta, Señor; que se dispersen tus enemigos, que huyan todos los que te odian”» (Núm 10,35).

11. Para el alma que no conoce la belleza del conocimiento y cede ante el demonio que le aconseja huir del conocimiento de Cristo y de sus mandamientos, disminuyéndolos a sus ojos.

«Josué, el de Nun, y Caleb, el de Jefoné, que estaban entre los que habían explorado la tierra, rasgaron sus ropas. Y hablaron a toda la congregación de los hijos de Israel diciendo: “La tierra que hemos explorado es extraordinariamente buena. Si nos escoge el Señor, nos llevará a esta tierra y nos la dará, una tierra que mana leche y miel. Pero no seáis rebeldes con el Señor”» (Núm 14,6–9).

Del Deuteronomio

12. Contra el pensamiento blasfemo que nos empuja a preguntarnos si Dios está o no con nosotros.

«No tentarás al Señor tu Dios como lo tentasteis en Massá» (Dt 6,16).

13. Para el alma que con soberbia cree haber derrotado con su propia fuerza a los demonios que se levantan contra la práctica de los mandamientos.

²⁸⁶ La palabra siria utilizada aquí es un calco del término griego, típicamente neotestamentario, parrhesía.

«No digas en tu corazón: “El vigor y la fuerza de mi mano me proporcionaron este gran poder”. Y te acordarás del Señor, tu Dios, porque Él te da el vigor» (Dt 8,17–18).

14. Para la mente que cree haber derrotado a sus enemigos, llegado a la meta y recibido en herencia el conocimiento de Cristo por el hecho de ser justa y digna.

«No digas en tu corazón, cuando consuma completamente el Señor, tu Dios, a estas naciones ante ti, lo siguiente: “Por mi rectitud me ha traído el Señor a heredar esta buena tierra”; el Señor exterminará ante ti a estas naciones por su impiedad. Ni por tu rectitud ni por tu piedad de corazón vas a entrar a heredar su tierra, sino por la injusticia de estas naciones: el Señor las exterminará ante tu presencia» (Dt 9,4–5).

15. Contra el demonio que me dice: «Todos los hombres te bendicen y tú eres padre de los sabios».

«Maldito tú en la ciudad y maldito tú en el campo. Malditos tus almacenes y tus provisiones. Malditos los descendientes de tu vientre y los frutos de tu tierra» (Dt 28,16–18).

16. Contra el pensamiento blasfemo que niega nuestra libertad y dice que no pecamos o somos justificados por nuestra voluntad, y que por eso el juicio no será pronunciado de modo justo.

«Mira, hoy he puesto ante ti la vida y la muerte, lo bueno y lo malo» (Dt 30,15).

De Josué

17. Contra los pensamientos del alma que ignora la importancia de no considerar como del Señor a cualquier ángel que aparezca de pronto, sino tan sólo a aquel cuya palabra da alegría y paz plena al alma, incluso si su aspecto es terrible y feo —los demonios con su aspecto no dan una paz así; por el contrario, suscitan gran espanto y miedo en el alma y en el cuerpo, y con su sutil voz provocan confusión y turbación en el corazón²⁸⁷—.

«Aconteció, estando Josué por Jericó, que alzó sus ojos y vio a un hombre parado enfrente de él, y la espada desenvainada en su mano; y, acercándose Josué, díjole: “¿Nuestro eres, o de los contrarios?” Y él díjole: “Yo, príncipe del ejército del Señor, ahora he venido”. Y Josué cayó sobre su faz sobre la tierra, y díjole: “Señor, ¿qué mandas a tu servidor?”» (Jos 5,13–14).

Del primer libro de Samuel

18. Contra el pensamiento orgulloso que rechaza la bondad de Dios.

«Si, pecando, pecare varón contra varón, rogarán por él al Señor; pero si contra el Señor pecare, ¿quién rogará por él?» (1Sam 2,25).

Del primer libro de los Reyes

19. Para el alma que tiene la voluntad y la disponibilidad para ponerse de rodillas, pero se ha cansado de humillar al demonio blasfemo que hace callar nuestras asiduas oraciones.

²⁸⁷ Anotación frecuente en Evagrio. Ver Pract., 8o y los fragmentos coptos de la HL sobre la vida de Evagrio, en G. Bunge, A. de Vogüé, Quatre ermites, ob. cit., p. 167.

«Ascendió Acab a comer y beber, pero Elías ascendió sobre el Carmelo y postróse sobre la tierra, y puso su rostro en medio de sus rodillas» (1Re 18,42).

Del segundo libro de los Reyes

20. Para el alma que es aterrorizada por espantosos pensamientos de blasfemia y pierde el vigor de la oración.

«Esto diréis a vuestro señor: “Esto dice el Señor: No temas por las palabras que has oído que blasfemaron los jovencillos del rey de Asiria contra mí. He aquí que yo doy en él un espíritu; y oirá un mensaje y se volverá a su tierra y le derribaré con espada en su tierra”» (2Re 19,6–7).

21. Al Señor, a causa de las palabras del demonio que pronuncia en nosotros vergonzosas blasfemias contra el Señor, que no escribiré para no turbar el cielo y la tierra —este demonio se levanta con ira y dice sin titubeos una gran blasfemia contra Dios y contra sus santos ángeles: los que lo han experimentado saben lo que digo; durante esta tentación es bueno el ayuno, la lectura de las Escrituras, la oración incesante, presentados con lágrimas—.

«Señor, Dios de Israel, sentado sobre los querubines, Tú solo eres el Dios en todas las reyecías de la tierra; Tú hiciste el cielo y la tierra; inclina, Señor, tu oreja y escucha; abre, Señor, tus ojos, y mira y escucha las palabras que Senaquerib ha enviado para improperar al Dios viviente» (2Re 19,15–16).

De Esdras

22. Al Señor, a causa del pensamiento de soberbia que no reconoce que la victoria [proviene] de Dios.

«De Ti, la victoria, y de Ti la sabiduría; y tuya, la gloria, y yo, tu siervo. Bendito Tú que me has dado sabiduría, y a Ti ensalzaré, soberano de los padres» (1Esd 4,59–60²⁸⁸).

De David

23. Al Señor, a causa de los pensamientos blasfemos que permanecen en mí.

«Señor, mi Dios, en Ti he esperado; sálvame de todos los que me persiguen, y líbrame, no sea que arrebaten, como león, a mi alma, no habiendo quién redima ni salve» (Sal 7,2–3).

24. Al Señor, a causa del demonio de la soberbia que se nos acerca y aparece muchas veces bajo la imagen de un ángel de luz, trayendo consigo un gran ejército de demonios.

«No me venga pie de soberbia; y mano de pecadores no me mueva» (Sal 35[36],12).

25. Al Señor, a causa del pensamiento de soberbia que rechaza la ayuda de Dios y atribuye la victoria a sus propias fuerzas.

«En mi arco no esperaré; y mi espada no me salvará. Porque nos has salvado de los que nos atribulaban; y a los que nos odiaban, has confundido» (Sal 43[44],7–8).

²⁸⁸ Se trata del apócrifo griego presente sólo en la Biblia de los LXX.

26. Contra el demonio que promete interpretarnos las Escrituras, nos tenemos que expresar como lo hacía nuestro bienaventurado padre Macario²⁸⁹:

«Al pecador, empero, dijo Dios: ¿Por qué tú narras mis justicias, y tomas mi testamento en tu boca, tú que has aborrecido enseñanza, y arrojado mis palabras hacia atrás?» (Sal 49[50],16–17).

27. Contra los pensamientos soberbios que rodean nuestra mente y la lanzan a un abismo de ruina.

«¿Hasta cuándo os lanzáis sobre un hombre? Lo matáis todos, cual a pared inclinada y cerca impelida» (Sal 61[62],4).

28. Al Señor, a causa de los pensamientos soberbios que permanecen en nosotros y privan a la mente de la libertad de palabra durante la oración.

«Palabras de inicuos han prevalecido sobre nosotros; pero nuestras impiedades perdonarás» (Sal 64[65],4).

29. Contra los pensamientos de blasfemia que pronuncian cosas indecibles contra Dios.

«No levantéis en alto vuestro cuerno; no habléis contra Dios injusticia» (Sal 74[75],6).

30. Contra el pensamiento de soberbia que me alaba porque he edificado almas [llevándolas] por caminos rectos y [guiándolas] al conocimiento de Dios.

«Si el Señor no edificare la casa, en vano han trabajado los edificadores de ella; si el Señor no guardare la ciudad, en vano han velado los guardas de ella» (Sal 126[127],1).

De los Proverbios de Salomón

31. Contra el pensamiento de soberbia que se burla de los hermanos por considerarlos negligentes en la práctica de los mandamientos.

«El Señor resiste a los soberbios; pero a los humildes da su gracia» (Prov 3,34).

32. Para el alma que busca saber cuál es el alimento de los pérfidos demonios.

«Éstos se alimentan con alimentos de impiedad, y con vino inicuo se embriagan» (Prov 4,17).

33. Contra el pensamiento que me prohíbe visitar a los hermanos porque no son mejores que yo en el conocimiento.

«Andando con sabios, sabio serás; y el que anda con insensatos será reconocido» (Prov 13,20).

34. Contra el pensamiento soberbio que en el tiempo de la tentación dura y persistente me prohíbe pedir ayuda al Señor a través de los hermanos.

²⁸⁹ Se trata de Macario el Alejandrino, presbítero de las Celdas; ver HL, 18.

«Hermano por hermano ayudado, como ciudad fortificada y excelsa; y se fortalece, como fundamentado reino» (Prov 18,19).

35. Contra el pensamiento soberbio que me tiene por puro e irreprensible.

«¿Quién se gloriará de tener puro el corazón? o ¿quién osará decir que es limpio de pecados?» (Prov 20,9).

36. Contra el pensamiento soberbio que a la prudencia la llama miedo.

«Venturoso el varón que recela de todo, por la piedad; y el duro de corazón, caerá en males» (Prov 28,14).

Del Eclesiastés

37. Contra los pensamientos soberbios que nos hacen ser orgullosos ante los hermanos por lo que consideramos [ser] nuestro alto linaje.

«Todo ha sido hecho de polvo; y todo vuelve al polvo» (Ecle 3,20).

38. Contra el pensamiento soberbio que me hace mirar los pecados de los hermanos.

«A todas las palabras que hablen los impíos no pongas tu corazón, a fin de que no oigas a tu siervo maldecirte» (Ecle 7,21).

39. Contra el demonio que me dice: «Ya eres un monje perfecto».

«Hay esperanza: pues mejor es el can vivo que el león muerto» (Ecle 9,4).

De Job

40. Contra los demonios que hacen que el perfecto pase de la sana humildad a la soberbia de los enfermos.

«Vosotros sois médicos injustos y curadores pésimos todos» (Job 13,4).

41. Contra los demonios que obligan a la blasfemia contra Dios.

«¿Acaso no habláis delante del Señor, y delante de Él proferís dolo?» (Job 13,7).

42. Contra el pensamiento soberbio que me enumera los pecados de los hermanos.

«Pues, ¿quién será puro de inmundicia? Empero nadie» (Job 14,4).

43. Para el alma que, bajo el dominio de la soberbia, cree que su conducta es aceptada como ofrenda ante Dios.

«¿Qué importa al Señor si tú has sido en tus obras intachable? ¿Qué provecho [gana], porque has allanado tu camino?» (Job 22,3).

De Zacarías

44. Contra el pensamiento del demonio que obliga a hablar de modo impío contra el cielo.

«Increpe el Señor a ti, diablo; e increpe a ti el Señor, el que ha elegido a Jerusalén» (Zac 3,2).

De Isaías

45. Contra el pensamiento soberbio que me engrandece como [si yo fuese] un hombre sabio.

«¡Ay de los prudentes en sí mismos, y a faz de sí, sabidos!» (Is 5,21).

46. Para el alma que no se deja convencer de que nada aleja y atemoriza más a los demonios que el conocimiento de Cristo, que deshace todos sus planes y revela la maldad de sus pensamientos ocultos.

«Será la región de los judíos, para los egipcios, espanto; con que se la nombrare, temerán, por el decreto que ha decretado el Señor sobre ella» (Is 19,17).

De Jeremías

47. Contra los pensamientos soberbios y blasfemos que toman por dioses a los demonios.

«Así les diréis: “Dioses que no han hecho el cielo y la tierra, perezcan de la tierra y de debajo de este cielo”» (Jer 10,11).

48. Al Señor, a causa del pensamiento de soberbia que me ensalza y me dice: «Mira, venciste a tus enemigos».

«Sé, Señor, que no es del hombre su camino, ni el varón irá y dirigirá su andanza» (Jer 10,23).

De las Lamentaciones de Jeremías

49. Para el alma que se entristece por el pensamiento blasfemo.

«No por siempre los rechazará el Señor. Pues quien humilló se apiadará, según la muchedumbre de su misericordia; no de corazón reprobó y humilló a los hijos de varón» (Lam 3,31–33).

49a. Al Señor, a causa de los pensamientos blasfemos que abruman la mente durante la oración²⁹⁰.

«Sombreaste en furor y nos perseguiste; mataste; no perdonaste. Te envolviste en nube, para oración; para cegarme y rechazarme. Nos pusiste en medio de los pueblos; abrieron sobre nosotros su boca todos nuestros enemigos» (Lam 3,43–45).

De Ezequiel

49b. Contra el pensamiento soberbio que se considera a sí mismo Dios.

²⁹⁰ Los capítulos 49a–e carecen de numeración en la edición de Frankenberg.

«¿Acaso diciendo dirás: ‘Dios soy yo’, a faz de los que te matan? y tú eres hombre y no Dios. En muchedumbre de incircuncisos perecerás a manos de extraños; porque yo he hablado», dice el Señor» (Ez 28,9–10).

Del Evangelio de Mateo

49c. Para el alma que desprecia al hermano por descuidado y perezoso, y bajo las cadenas de la soberbia no reflexiona en la magnitud de este pecado.

«¿Qué miras la paja en el ojo de tu hermano, y la viga en tu ojo no adviertes?» (Mt 7,3).

49d. Contra el demonio blasfemo que dice con falsedad que los pensamientos impuros son alimento.

«No lo que entra en la boca, contamina al hombre, sino lo que sale de la boca, esto contamina al hombre» (Mt 15,11).

Del Evangelio de Marcos

49e. Para el alma que es atormentada por los pensamientos de la soberbia y no sabe cómo rechazarlos.

«Este linaje con nada puede salir, sino con oración y ayuno» (Mc 9,29).

50. Para la mente soberbia de quien desea ser el primero entre los hermanos.

«Si alguno quisiere ser primero, será de todos último y de todos servidor» (Mc 9,35).

Del Evangelio de Lucas

51. Contra el pensamiento soberbio que cree haber superado la observancia de los mandamientos de Dios.

«Siervos inútiles somos: lo que debimos hacer, hemos hecho» (Lc 17,10).

52. Contra el pensamiento soberbio que se justifica a sí mismo y no es benévolo con lo que el hermano ha hecho por debilidad.

«Todo el que se exaltare, humillado será, y el que se humillare, exaltado será» (Lc 14,11).

De la Carta a los Romanos

53. Contra el pensamiento soberbio que desprecia al hermano que no come y lo considera como una persona débil que ayuna porque, si comiese, no estaría en condiciones de combatir.

«El que come, al que no come no desprecie» (Rom 14,3).

54. Contra el pensamiento soberbio que juzga al que come como alguien incapaz de poseer su alma.

«El que no come, al que come no juzgue» (Rom 14,3).

De la Primera Carta a los Corintios

55. Contra el pensamiento soberbio que me ensalza porque, luego de haber rezado, no sólo [ya] no soy esclavo del vientre, sino que además he vencido a la ira.

«Por gracia de Dios, soy lo que soy» (1Cor 15,10).

De la Segunda Carta a los Corintios

56. Para el alma que no está convencida de que también Satanás asume el aspecto de ángel verdadero y se hace maestro de falso conocimiento.

«No maravilla que el mismo Satanás se transfigura en ángel de luz. No es cosa grande, por tanto, si también sus ministros se transfiguran cual ministros de justicia, cuyo fin será según sus obras» (2Cor 11,14–15).

De la Carta a los Gálatas

57. Contra los pensamientos soberbios que menosprecian a los hermanos que se equivocan, a causa de sus errores.

«Hermanos, aunque sorprendido fuere un hombre en alguna caída, vosotros los espirituales, restituid al tal en espíritu de mansedumbre; mirándote a ti mismo, porque no seas también tú tentado» (Gál 6,1).

De la Carta a los Filipenses

58. Contra el pensamiento soberbio que me ensalza como si yo hubiera alcanzado la perfección en la práctica de los mandamientos.

«No que ya haya alcanzado yo o ya me haya perfeccionado; pero en pos corro, por si también prendo en lo que he sido también aprehendido por Cristo Jesús» (Flp 3,12).

De la Primera Carta de Juan

59. Contra el pensamiento soberbio que me enaltece como si no hubiera en mi mente rastro de pecado.

«Si dijéremos que pecado no tenemos, nos engañamos, y la verdad no está en nosotros. Si confesáremos nuestros pecados, fiel es y justo para perdonarnos los pecados y purificarnos de toda injusticia» (1Jn 1,8–9).

De la Carta de Judas

60. Contra los pensamientos del alma que pretenden del Señor la salvación definitiva del alma.

«Al que puede guardaros seguros y ponerlos faz a faz de su gloria, inmaculados en alborozo: a sólo Dios, Salvador nuestro, por Jesucristo Señor nuestro, gloria, magnificencia, imperio y potestad antes de todo el siglo, y ahora y por todos los siglos. Amén» (Jud 24–25).

¡Bendito sea nuestro Señor Jesucristo, Dios nuestro, que nos ha concedido la victoria sobre los pensamientos del demonio de la soberbia²⁹¹!

²⁹¹ El texto de Frankenberg se cierra con la siguiente anotación: «Termina este libro del bienaventurado Evagrio sobre los ocho pensamientos y la réplica [a los mismos, extraída] de la Santa Escritura; con ellos nos tientan los demonios. Son en total cuatrocientos noventa y siete capítulos».

Abreviaturas y siglas

Obras de Evagrio

Ant. Antirrhetikos, en W. Frankenberg, Evagrius Ponticus, Berlín 1912.

Ep. Epistulae LXII, en W. Frankenberg, Evagrius Ponticus. Fragmentos griegos: C. Guillaumont, Fragments grecs inédits d'Évagre le Pontique, en J. Dummer (ed.), Texte und Textkritik, TU 133, Berlín 1987, pp. 209–221; P. Géhin, Nouveaux fragments grecs des lettres d'Évagre, en «Revue d'Histoire des Textes» 24 (1994), pp. 117–147. Tr. al.: Evagrius Pontikos, Briefe aus der Wüste, ed. G. Bunge, Tréveris 1986 (= G. Bunge, Briefe).

Ep. fidei Epistula fidei, ed. J. Gribomont, en Basilio di Cesarea, Le lettere, a cargo de M. Forlin Patrucco, Turín 1983, vol. I, pp. 84–112. Tr. al. en G. Bunge, Briefe.

Gnost. Gnostikos. Évagre le Pontique, Le Gnostique ou À celui qui est devenu digne de la science, ed. A. y C. Guillaumont, SC 356, París 1989.

In Eccl. Scholia in Ecclesiasten. Évagre le Pontique, Scholies à l'Ecclésiaste, ed. P. Géhin, SC 397, París 1993 (= Géhin).

In Prov. Scholia in Proverbia. Évagre le Pontique, Scholies aux Proverbes, ed. P. Géhin, SC 340, París 1987 (= Géhin).

In Ps. Scholia in Psalmos. Por gentil concesión de la Srta. M.–J. Rondeau, que está preparando la edición crítica de esta obra, utilizamos la colocación elaborada por ella del manuscrito Vaticanus Graecus 754. Ver también su Le Commentaire sur les Psaumes d'Évagre le Pontique, en «OCP» 26 (1960), pp. 307–348.

KG Kephalaia Gnostica. A. Guillaumont, Les six centuries des “Kephalaia Gnostika” d'Évagre le Pontique, PO 28, París 1958.

Mal. cog. De diversis malignis cogitationibus. Évagre le Pontique, Sur les pensées, ed. P. Géhin, C. y A. Guillaumont, SC 438, París 1998.

Mal. cog. r.l. De diversis malignis cogitationibu, recensio longior. J. Muyldermans, À travers la tradition manuscrite d'Évagre le Pontique, Lovaina 1932 (Bibliothèque du Muséon 3), pp. 47ss.

Mon. Sententiae ad monachos. H. Gressmann, Nonnenspiegel und Mönchsspiegel des Evagrius Pontikos, TU 39,4, Leipzig 1913, pp. 152–165. Tr. cast.: Evagrio Póntico, Obras espirituales, ed. José I. González Villanueva, O.S.B., y Juan Pablo Rubio Sadía, Ciudad Nueva, Madrid 1995 (= Obras espirituales).

Oct. sp. Tractatus de octo spiritibus malitiae: PG 79, 1145–1164. Correcciones y anexos a cargo de J. Muyldermans, Une nouvelle recension du “De octo spiritibus malitiae” de S. Nil, en «Le Muséon» 52 (1939), pp. 235ss. Tr. it.: Evagrio Pontico, Gli otto spiriti della malvagità. Sui diversi pensieri della malvagità, a cargo de F. Moscatelli, Milán 1996. Tr. al.: Evagrius Pontikos, Über die acht Gedanken, ed. G. Bunge, Würzburg 1992.

Or. De oratione tractatus: PG 79, 1165–1200, corregido por Coislin 109 y Philokalía I, Atenas 1957, pp. 176ss, cuya numeración adoptamos. Tr. cast. en Obras espirituales.

Pract. Capita practica ad Anatolium. Évagre le Pontique, Traité pratique ou Le moine, ed. A. y C. Guillaumont, SC 170–171, París 1971. Tr. al.: Evagrios Pontikos, Praktikos oder Der Mönch, ed. G. Bunge, Colonia 1989. Tr. cast. en Obras espirituales.

Sk. Skemmata. J. Muyldermans, Evagriana. Tomado de la revista «Le Muséon» 44, aumentado con: Nouveaux fragments grecs inédits, París 1931, pp. 38ss.

Virg. Sententiae ad virginem. H. Gressmann, Nonnenspiegel und Mönchsspiegel des Evagrios Pontikos, pp. 143–151. Tr. cast. en Obras espirituales.

Otras fuentes

HL Palladio, Historia Lausiaca, ed. C. Butler, Cambridge 1898 y 1904. Tr. it.: Palladio, La storia lausiaca, a cargo de G.J.M. Bartelink, tr. Marino Barchiesi, Milán 62001.

HL syr. Id., versión siriaca. R. Draguet, Les formes syriaques de la matière de l’Histoire Lausiaque, CSCO 389–390 y 398–399, Lovaina 1979.

HM Rufino, Historia monachorum in Aegypto, ed. E. Schulz–Flügel, Berlín 1990. Tr. it.: Rufino di Concordia, Storia di monaci, a cargo de G. Trettel, Roma 1991.

Vita Palladio, Vita Evagrii coptice. Ver Quatre ermites égyptiens d’après les fragments coptes de l’Histoire Lausiaque, por G. Bunge y A. de Vogüé, Belle–fontaine 1994 (Spiritualité Orientale 60).

ÍNDICE BÍBLICO

Génesis

3,14 VIII,1
3,19 VI,1
14,22–23 III,1
18,27 VIII,2
19,17 VII,1
28,15 III,52
28,20–22 III,2
33,10–11 V,1
45,24 V,2
48,15–16 VIII,3
49,14–15 I,1

Éxodo

2,23–24 IV,1
3,7 IV,2
5,9 VIII,4
5,22–23 IV,3
6,6–7 IV,4
13,17 Pról.,4; IV,5
14,25 IV,6
15,1–2 VIII,5
15,6–7 VIII,6
15,9 IV,7
15,16 IV,8
17,16 IV,9
20,16 V,3
20,17 II,1
21,17 III,3
22,27 VI,2
23,1 V,4
23,7 V,5
23,9 III,4
23,20 IV,10
23,20–21 VIII,7
23,22–23 II,2
23,29–30 II,3
30,14 II,4
32,33 II,5
38,26 I,2

Levítico

19,17 V,6
19,18 III,5

19,32 VIII,8
24,15–16 VIII,9
25,17 III,6
25,35 III,7
25,46 III,8
26,6 IV,11

Números

10,35 VIII,
10 11,18a.19–20 I,3
11,29 VII,2
12,3 V,7
13,20 VI,3
14,6–9 VIII,11
17,4–5 VII,3
25,9 II,59

Deuteronomio

1,29–30 IV,12; IV,14
2,24–25 IV,13
3,4 Pról.,5
3,24 IV,15
4,31 IV,16
6,3 II,6
6,4–5 VI,4
6,6–7 VI,5
6,11b–12 I,4
6,13 II,7
6,16 VIII,12
7,15 VI,6
7,17–18 II,8
8,16 IV,17
8,17–18 VIII,13
9,3 II,9
9,4–5 VIII,14
12,8–9 II,10
15,7–8 III,9
16,20 VII,4
20,3–4 IV,18
22,10 VII,5
28,7 VI,7
28,16–18 VIII,15
28,17–18 III,10
30,11 I,5
30,15 VIII,16

31,6 IV,19
31,6.8 III,52
32,15 I,6
32,33 Pról.,3
33,29 II,11

Josué

1,8 VI,8
1,9 IV,19a
5,13–14 VIII,17
10,25 IV,20

Jueces

2,20–3,2 VI,9
4,14 II,12
5,12 IV,21
8,2 III,11
16,20–21 II,13

1 Samuel

2,1 II,14
2,4–5 II,15
2,25 VIII,18
11,1–2 II,16
16,23 IV,22
17,45 IV,23
17,47 IV,24
18,23 VII,6

2 Samuel

3,35 I,7
16,11–12 V,8

1 Reyes

8,61 III,12
17,14 I,8
18,42 VIII,19
19,19–21 III,13
20,3 II,17
21,11 IV,25
22,26–27 I,9

2 Reyes

4,38 III,14
4,43–44 I,10

5,25–27 III,15
6,1–2 VII,7
6,16 IV,26
6,17 IV,27
19,6–7 VIII,20
19,15–16 VIII,21
23,35 II,18

2 Crónicas

36,4a II,18

Esdras I

4,59–60 VIII,22

Esdras

9,6 II,19
9,11 II,20

Job

1,5 II,43
1,9–10 VII,22
1,10–11 IV,51
1,21 III,36
2,4–5 IV,52
2,10 I,38
3,8–9 IV,53
4,4 Pról.,5
5,14 II,45
5,17–18 VI,31
7,1 II,44
8,8–9 VI,32
10,20–22 VI,33
13,4 VIII,40
13,7 VIII,41
14,4 VIII,42
14,14 IV,54
22,3 VIII,43
34,9 VI,34
34,10–11 II,46
41,11 II,47

Salmos

2,4–5 IV,28
3,2–4 II,21
4,5 II,22
5,10 VII,8

6,3–5 IV,29
6,7 VI,10
6,9–10 II,23
7,2–3 VIII,23
9,7–8 II,24
10,1 IV,30
12,4–5 II,25
15,5 III,16
16,13 IV,31
17,43 II,26
19,8–9 IV,32
22,1 I,11
24,9 V,9
24,18 VI,11
26,1–2 IV,33
26,3 IV,34
26,10 III,17
26,13 VI,12
29,12–13 II,27
31,7–8 IV,35
33,2 VI,13
33,3 III,18
34,1–3 IV,36
34,4 II,28
34,5–6 II,29
34,13 II,30
34,17 IV,37
35,12 VIII,24
36,3 VI,14
36,8 Pról.,3
36,8–9 V,10
36,10 II,31
36,15 IV,38
36,25 I,12
36,32–33 III,19
36,34 VI,15
37,11 VI,16
37,12–13 VI,17
37,18 IV,39
37,19 I,13
37,22–23 IV,40
38,11 IV,41
39,2 VI,18
41,4 VI,19
41,6 VI,20
43,7–8 VIII,25
44,11 III,20
48,10 I,14
49,16–17 VIII,26
49,20 V,11
50,19 I,15

51,7 II,32
54,22 IV,42
54,23 I,16
55,2 VI,21
61,4 VIII,27
61,11 III,21
64,4 VIII,28
65,12 VI,22
68,7 IV,43
70,10–11 IV,44
72,28 VI,23
73,19 IV,45
74,6 VIII,29
76,3–4 VI,24
82,5 IV,46
83,4 VII,9
83,11 III,22
83,12 III,23
101,8 I,17
102,15 VI,25
108,24 I,18
117,7 IV,47
117,17 I,19
118,36 III,24
118,98–99 V,12
118,115 VII,10
118,131 Pról.,8
119,7 Pról.,5
123,7 IV,48
126,1 VIII,30
128,5–6 II,33
131,3–5 I,20
131,14 VI,26
136,4 V,13
139,6 III,25; VII,11
139,11 IV,49
142,3–4 VI,27
143,4 III,26

Proverbios

1,26–27 II,34
3,3–4 III,27
3,27–28 III,28
3,29 V,14
3,34 VIII,31
4,17 VIII,32
5,20 II,35
6,9–11 VI,28
6,25–26 II,36
6,27–29 II,37

10,3 I,21
10,12 V,15
10,18 V,16
10,19 VII,12
11,4 III,29
11,25 V,17
12,10 V,18
12,11a I,22
12,16 V,19
12,27 V,20
12,28 V,21
13,8 III,30
13,12 VI,29
13,20 VIII,33
14,12 VII,13
14,23 I,23
14,29 V,22
15,1 V,23
15,18 V,24
15,26 V,25
16,16 III,31
17,1 I,24
17,2 Pról.,1
17,3 II,38
18,1 VI,30
18,13 VII,14
18,19 VIII,34
19,10 I,25
20,1 I,26
20,9 VIII,35
20,11 VII,15
20,25 I,27
22,1 III,32
22,8a I,58; III,33
22,9 I,28
22,13 IV,50
22,24–25 V,26
22,26–27 VII,16
23,9 VII,17
23,20–21 I,29
23,31–32 I,30
24,15 I,31
24,29 V,27
25,21–22 V,28
26,4–5 Pról.,3
26,11 II,39
26,22 VII,18
26,24 I,33
26,24–25 VII,19
27,2 VII,20
27,6 I,34

28,14 VIII,36

Eclesiastés

1,2 III,34
1,13 Pról.,1
3,7 VII,21
3,11 I,35
3,20 VIII,37
5,9 III,35
7,2 I,36
7,5 II,40
7,9 V,29
7,16 I,37
7,21 VIII,38
8,11 Pról.,3
9,4 VIII,39
10,4 II,41
11,10 V,30

Cantar de los Cantares

1,6 II,42
8,7 V,31

Eclesiástico

4,21 I,32

Isaías

5,20 I,41
5,21 VIII,45
8,9–10 IV,58
10,1 V,32
10,16 VII,23
14,30 II,48
19,17 VIII,46
26,20 VI,52
30,20–21 I,42
32,6 II,49
40,6–8 VII,24
41,11 VI,37
50,5–8 IV,59
51,7 IV,60
54,14 IV,61
58,7 III,37

Jeremías

1,8 IV,62

10,11 VIII,47
10,23 VIII,48
14,7–8 VI,39
15,15 I,43
15,18 IV,63
17,14 VII,25
17,18 IV,64
20,12 II,50
38,16–17 VI,38

Lamentaciones

1,9 II,51
1,11 II,52
1,20 I,44
2,19 II,53
3,25–26 VI,40
3,27–31 VI,41
3,31–33 VIII,49
3,43–45 VIII,49a
3,53 VII,26
3,55–57 II,54
3,58 V,33

Ezequiel

3,9 IV,65
18,4 Pról.,2
28,9–10 VIII,49b

Daniel

1,11–16 I,45
3,35 VI,42
4,28–29 II,55
13,55 VII,27
13,59 VII,28

Miqueas

2,10 I,39
4,5 VI,35
7,8 IV,55
7,9 VI,36

Nahúm

1,7 IV,56

Habacuc

2,3–4 VI,52 137
3,18 I,40
Zacarías

3,2 VIII,44
14,12 IV,57

Mateo

4,1–2 I,46
4,1–11 Pról.,2
5,7 III,38
5,10 V,34
5,19 VII,29
5,22 V,35
5,28 II,56
5,39 V,36
5,40 III,39
5,42 III,40
5,44–45 V,37
6,1 VII,30
6,5 VII,31
6,16 VII,32
6,19 III,41
6,24 III,42
6,25 I,47
7,3 VIII,49c
7,12 III,43
7,14 I,48
8,22 VI,43
8,30–32 IV,66
12,36–37 VII,33
15,11 VIII,49d
19,29 VI,44
26,41 II,57

Marcos

9,29 VIII,49e
9,35 VIII,50
10,23 III,44

Lucas

3,11 I,49
4,1–13 Pról.,2
10,19 Pról.,2
10,20 VII,34
14,11 VIII,52

14,26 VI,45
17,3–4 V,38
17,10 VIII,51

Juan

8,44 VII,35
13,34 V,39
14,1 Pról.,5; IV,67
15,10 Pról.,5

Hechos de los Apóstoles

2,44–45 I,50
5,29 VI,46
5,41 IV,68
8,20 VII,36
14,22 I,51

Romanos

5,3–5 IV,69
8,18 IV,70
8,35 V,40
12,8–9 III,45
12,12 VI,47
12,15–16 V,41
12,17 V,42
13,14 I,52
14,2 I,53
14,3 VIII,53; VIII,54

1 Corintios

3,19 VII,37
5,4 Pról.,8
6,7–8 V,43
6,9–10 II,58
7,21–22 V,44
9,25 Pról.,6; I,54
10,8 II,59
10,10 VI,48
10,13 IV,71
13,1–8 V,45
15,10 VIII,55

2 Corintios

1,9–10 IV,72
4,8–11 I,55
4,16 I,56
4,18 III,46

5,1 I,57
5,17 IV,73
7,10 IV,74
9,6 III,47
9,7 I,58
10,5 Pról.,7
10,17–18 VII,38
11,14–15 VIII,56
11,23–28 VI,49
12,10 I,59

Gálatas

1,10 VII,39
5,22 V,46
6,1 VIII,57
6,2 V,47
6,9 V,48

Efesios

4,26–27 V,49
4,31 V,50
4,32 III,48
5,5 II,60
5,18–19 I,60
5,20–21 VI,50
6,11.13 Pról.,6
6,16 Pról.,2
6,19 Pról.,8

Filipenses

1,29 VI,51
2,4 III,49
2,14–15 V,51
3,7–8 III,50
3,12 VIII,58
4,5–6 I,61
4,12–13 I,62

Colosenses

3,5–6 III,51
3,8–9 V,52

1 Tesalonicenses

4,10–12 I,63
5,15 V,53
5,17 Pról.,6

2 Tesalonicenses

3,10 I,64

1 Timoteo

1,5 V,54
2,8 Pról.,6
5,22–23 I,67
6,7–9 III,53
6,10 III,54

2 Timoteo

2,4–5 III,55
2,24 V,55
3,12 V,56
4,7.8 Pról.,6

Tito

3,2 Pról.,6

Filemón

18 V,57

Hebreos

5,4 VII,40
10,36–38 VI,52
11,36–38 VI,54
12,4 Pról.,7
12,11 I,65
13,5 III,52
13,14 VI,53
13,16 I,66
13,17 VI,55

Santiago

1,2–4 VI,56
1,12 VI,57
1,13–14 II,61
1,19–20 V,58
3,1–2 VII,41
3,17–18 V,59
4,1 II,62
4,3 VII,42
4,4 I,68
4,7 IV,75
4,11–12 V,60

1 Pedro

3,9 V,61
3,13–15 IV,76
4,11 III,56
4,12–13 II,63
5,8–9 II,64

2 Pedro

2,9 II,65

1 Juan

1,8–9 VIII,59
2,9 V,62
2,15 VII,43
3,15 V,63
3,17 III,57
3,18 III,58
4,20 V,64 5,3–4 I,69

Judas

24–25 VIII,60

(Para el Antiguo Testamento se sigue la numeración de los LXX)

Índice Analítico

Discurso I: Contra los pensamientos de gula

Aflicción: 38
Añoranza del pasado: 30, 36, 41, 68
Antojos: 50
Ayuno: 1
 Arma para la tentación: 46
 Dudas del: 2, 5, 6
 Dureza del: 34
 Enfermedad por: 34, 35, 44, 47, 56, 59, 67
 Faltar al: 3, 6, 9, 8, 14, 29, 31, 32, 33, 34, 35
 Opresión del: 69
 Promesa del: 27
Avaricia: 10, 12
Cansancio: 42
Comida:
 Abundancia: 41, 45
 Calidad: 24
 Cantidad: 24, 25, 42
 Delicadeces: 3, 50, 54
 de mañana: 8, 10, 11, 12, 13, 16, 21, 28, 47, 49, 62
 Indulgencia: 2, 3, 4, 7, 20, 25, 26, 29, 32, 37, 52, 54, 59, 64, 65
 Placer: 25, 30, 36, 38, 39, 48
Concupiscencia: 52
Debilidad del cuerpo: 33, 43, 55
Desconfianza en Dios: 8, 16, 19, 21
Descuido: 1, 3
Dudas: 69
Exceso: 4
Familia: 39, 61
Fiesta: 3, 29, 36, 40, 60
Gula: 7, 23, 25, 31, 39, 40, 45, 48, 62, 64
Hambre: 62
Mundo: 68
Llanto: 37
Lujuria: 60
Negligencia: 61, 63, 64
Oración: 44
Perseverancia: 65
Pobreza: 11, 55
Premio: 54
Providencia divina: 8, 10, 11, 14, 16, 18, 21, 47, 50, 61, 62
Solidaridad: 10, 12, 28, 49, 58, 66
Tribulación: 51
Vejez: 57
Vigilia: 15, 17, 20
Vino: 22, 26, 29, 30, 35, 36, 60, 67

Discurso II: Contra los pensamientos de la Fornicación

Acedia: 12
Adulterio: 1, 24, 32, 36, 43, 54, 56
Amistades: 35
Ángeles: 42
Ayuno: 30, 48, 49, 55
Calentura: 11, 23, 25, 26, 45, 55, 63
Concupiscencia: 23, 36, 61, 62
Confianza en Dios: 2, 14, 54
Consentimiento: 5
Constancia: 3
Continencia: 4
Conversaciones: 35
Desertar: 49, 58
Desesperanza: 8, 18, 26, 26, 31, 44, 51, 57, 64
Diablo/Demonios:
 Amenaza: 29, 65
 Estrategia: 13
 Repreñión: 15, 17, 32, 46, 55
Engaño: 50
Fantasías: 6
Fidelidad: 14, 32
Indulgencia:
 Comida: 10
Imágenes: 9, 15, 22, 23, 24, 31, 32, 36, 56, 60
Impaciencia: 3
Impurezas
 Deseos: 7, 11, 16
 Palabras: 6
 Pensamientos: 5, 8, 9, 12, 13, 17, 21, 26, 41, 43, 47, 57
Ira: 22
Juventud: 4, 5
Malicia: 36
Masturbación: 6, 11, 15, 23, 53, 55
Matrimonio: 49
Memoria: 40
Mirada: 37
Mortificación: 30, 55
Muerte: 59
Mujer: 32, 56
Obstinación: 16
Ocio: 58
Oración: 19, 21, 24, 25, 26, 30, 51, 52, 54
Oración continua: 55
Pasión: 23, 26
Pasión de Cristo: 63
Perseverancia: 38, 41, 43, 48
Pornografía: 36, 37
Propósito: 43
Prueba: 38, 63, 64

Pureza: 20
Recaída: 39
Recomendación: 25
Salidas del monasterio: 58
Seducción: 39
Sueños: 15, 19, 34, 52, 53, 60
Templanza: 17, 20
Tentación: 38, 41, 44, 62, 65
Tribulación: 30, 64
Tristeza: 2, 12, 31, 64
Triunfo: 14, 34
Vigilia: 53, 55, 64
Virtud: 38
Visitas: 35
Violencia: 25

Discurso III: Contra la Avaricia

Abundancia: 1
Acumulación: 35, 37, 41, 49, 52
Administración: 19
Ahorro: 10, 14, 19
Amargura: 26
Ambición: 1,

Bienes: 20, 21, 29, 30, 34, 36, 39, 46, 49, 56
Bondad: 48
Celda: 22
Comida: 53
Confianza en Dios: 2, 23, 36, 52, 53
Desprendimiento: 13, 27, 36, 39, 52
Diablo/Demonios:
 Reprensión: 1
Dinero: 23, 25, 31, 52, 54
Duplicidad: 42, 58
Enfermedad: 28
Enfermos: 7
Estudio: 29
Familia:
 Hermanos: 18, 46
 Padres: 3, 16, 17, 20, 22

Futuro: 10
Generosidad: 12, 40, 47, 48, 49
Herencia: 3, 16, 20, 22, 34, 46
Honor: 32
Hospitalidad: 25
Indigencia: 55
Lectio Divina: 29
Limosna: 45, 57
Memoria: 24, 30, 34

Mentira: 15, 25
Mezquindad: 5, 12, 15, 47
Miedo: 27
Mortificación: 51
Negocios: 55
Oración: 16, 24
Pasado: 20, 24, 30, 34
Pobreza: 2, 10, 11, 13, 26, 27, 56
Pobres: 7, 9, 12, 37, 38, 43, 47, 57
Preocupación: 16, 41, 51
Prudencia: 2
Riqueza: 11, 18, 21, 29, 32, 44, 46, 50
Robo: 39
Sabiduría: 31
Seguimiento de Cristo: 50
Servicio: 43
Solidaridad: 5, 7, 9, 10, 14, 27, 33, 37, 40, 44, 45, 49
Trabajo:
 Manual: 29
 Opresión: 4, 6, 8
Tristeza: 33, 45
Veracidad: 58
Vestido: 53

Discurso IV: Contra la Tristeza

Abandonado: 1, 2, 4, 9, 10, 16, 44
Aflicción: 39, 42, 74
Ángeles: 27
Cansancio de luchar: 12, 75
Certeza: 6
Clamor: 1, 2, 4
Confianza en Dios: 23, 54, 55, 62, 72
Confusión: 24
Consuelo: 40
Defensa: 37
Demonios: 5, 7, 14, 39, 47, 48, 49, 57, 64, 65, 66, 72
 Ataque físico: 8, 22, 33, 36, 41, 53, 56
 Burla: 44
 Guerra: 23, 28, 30, 31, 34, 38, 46, 52, 75
 Voces: 58
Desprecio: 60
Difamación: 68
Disciplina: 20
Enfermedad: 41, 59, 76
Esperanza: 54
Espíritu Santo: 69
Familia: 42, 60
Fe: 67
Fidelidad: 18, 19, 20, 59, 69, 71, 76

Imágenes: 26, 45, 47
Juicio final: 57
Lamento: 1
Locura: 43
Memoria: 55, 73
Mentira: 25, 66
Miedo: 12, 14, 20, 28, 43, 61
Muerte: 54
Mundo: 5
Noche: 8, 11, 18, 19, 21, 38
Nombre del Señor: 48
Oración: 8, 15, 29, 31, 35, 37, 41, 43, 45, 49, 64
Pasado: 55, 73
Poder de Dios: 51
Pretextos: 50
Protección: 6, 9, 10, 12
Pruebas: 3
Recompensa: 17
Remedio: 22
Riquezas: 60
Salmos: 22
Seguimiento: 50
Soledad: 1, 2, 4, 9, 16
Sueños: 29
Sugestiones: 31
Temor de Dios: 19, 20
Tentaciones: 3, 17, 52, 69, 70, 71, 72
Terror: 8, 11, 13, 19
Tristeza: 63, 68, 74
Triunfo: 18
Turbación/Tribulación: 10, 11, 15, 35, 37, 50, 56, 58, 61, 65, 67, 69, 70
Vergüenza: 64
Vigilia: 21, 53
Visiones: 29, 62, 63

Discurso V: Contra la Ira

Acusaciones: 10
Altercado: 35, 36
Amistad: 26
Amor: 39, 45, 54
Amor a Dios: 39, 40
Arrepentimiento: 38
Bendición: 61
Bienes: 15, 22, 30
Calumnia: 11, 60, 61
Codicia: 22
Coherencia: 64
Cólera: 12, 13, 21, 49, 50, 52
Comida: 30

Chisme: 4, 5, 6
Crítica: 18
Demonio: 13
Dinero: 57
Discordia: 55
Discusión: 2
Doctrina: 55
Enemigo: 28, 48
Engaño: 52
Envidia: 41
Exasperación: 29
Familia: 34, 56
Fidelidad: 40, 48
Fraude: 43
Hermanos: 24
Hipocresía: 13
Injuria: 5
Injusticia: 27
Insulto: 44
Juicio: 60
Liberación: 33
Libertad: 44
Litigio: 24
Maldad: 32
Maldición: 8, 16, 37
Mansedumbre: 7, 9, 23
Mentira: 3, 20
Miseria: 28
Murmuración: 51, 60
Nimiedad: 19
Noche: 12
Ofensa: 23
Odio: 6, 15, 37, 62, 63, 64
Olvido: 21
Oración: 12, 17
Paciencia: 13, 22
Paz: 59
Pecado: 25
Perdón: 38, 49
Persecución: 34
Perturbación: 19
Perversidad: 14, 20
Planes: 14
Prueba: 8
Pureza: 25
Prójimo: 14, 15, 16, 17, 20, 31, 35, 36, 37, 38, 39, 41, 47, 49, 51, 57, 60, 62, 63, 64
Recuerdo: 21
Regalo: 1
Rencor: 1, 21, 42
Resentimiento: 32, 47
Rumor: 4

Sabiduría: 59
Seguimiento: 56
Sospecha: 10
Sueños: 12
Temor de Dios: 62
Tentaciones: 31
Venganza: 27, 32, 36, 38, 53, 58, 61
Violencia: 46
Visiones: 12

Discurso VI: Contra la Acedia

Abandonado: 17
Abatimiento: 38
Acción de Gracias: 22
Amargura: 25
Amigos: 24
Ancianidad: 32
Autocompasión: 34
Autoridad: 2
Cambio de Lugar: 26, 33
Confianza en Dios: 42
Consuelo: 38
Crítica: 30
Debilidad: 6
Demonio: 9
Deserción: 52, 53
Desesperación: 37
Destrezas: 1
Dios: 4
Disciplina: 40
Dureza: 10, 14
Enfermedad: 6, 32, 36
Envidia: 23
Esperanza: 12, 14, 15, 18
Estudio: 5
Familia: 7, 24, 39, 43, 44, 45, 46, 50, 53
Fatigas: 40
Fidelidad: 38, 49
Flojera: 5, 8, 28
Gracia: 16
Lágrimas: 10, 19
Lectura: 5, 8
Mandamientos: 29
Meditación: 8
Monacato: 14
Mundo: 4, 35
Murmuración: 13, 48
Obediencia: 55
Oración: 11, 16, 21, 22, 23, 39, 42
Paciencia: 3, 16, 56

Penthos: 10
Permanencia: 26, 33
Persecución: 27
Perseverancia: 3, 7, 8, 39, 41, 47
Piedad: 21
Pobreza: 32
Premio: 44, 57
Prójimo: 30
Prueba: 57
Remedio: 10
Renuncia: 43, 45, 46
Reposo: 33
Respeto: 2
Sufrimiento: 51
Tentación: 17, 41
Tormento: 54
Tribulación/Turbación: 16, 47
Trabajo manual: 1, 28
Tristeza: 15, 20, 31, 49, 54, 56

Discurso VII: Contra la Vanagloria

Adulación: 20
Alegría: 34
Alejarse: 7
Apariencias: 31
Ayuno: 32
Charlatanería: 12, 21, 33
Chisme: 17
Demonio: 22
Deserción: 7, 14, 18
Dinero: 36
Dones: 35, 42
Engaño: 27
Enseñanza: 41
Envidia: 2
Fama: 23, 24, 28, 39, 40
Familia: 1
Fraternidad: 11
Gloria: 38
Impureza: 3
Incoherencia: 29
Honra: 23, 24, 28, 38, 40
Mundo: 1, 16, 17, 18, 37, 42
Observancia: 30
Oración: 25, 31
Pastoral: 9, 13, 16, 18
Prójimo: 2, 11, 16
Reflexiones: 10
Reputación: 6
Sacerdocio: 3, 8, 26, 36, 40

Sagradas Escrituras: 14,
Sanación: 39
Secretos: 17
Silencio: 12, 21
Soledad: 15
Sueños nocturnos: 26
Superficialidad: 33
Superioridad: 13
Tentación: 19
Testimonio: 29
Tristeza: 32
Vanidad: 4, 5, 10, 25

Discurso VIII: Contra la Soberbia

Ancianos: 8
Ángeles: 7
Ataques en la oración: 20
Autocompasión: 8
Autosuficiencia: 13, 15, 25, 45, 48, 49b, 55
Ayuda: 34, 53
Ayuno: 21, 49e, 54
Blasfemia: 3, 9, 20, 21, 29, 41, 44, 47
Burla: 31
Conducta: 43
Conocimiento de Cristo: 46
Deber: 51
Demonios: 4, 7, 11, 17, 26, 32, 47, 56
Desprecio: 7, 8
Dios: 49a
 Bondad: 18
 Cansancio de luchar: 19
 Confianza: 14, 19
 Dones: 3
 Dudas: 12
 Ofrenda: 43
 Poder: 6
 Rechazo: 5, 25
Discernimiento: 17
Engaño: 49d, 56
Esclavitud: 28
Fidelidad: 11, 13, 58
Honor: 15, 30
Huir: 11
Humildad: 40, 50, 55
Impureza: 49d
Juicio: 53, 54
Justificación: 52
Lágrimas: 21
Libertad: 16, 28
Mandamientos: 51, 58

Méritos propios: 14
Miedo: 36
Obediencia: 17
Oración: 6, 19, 28, 49
Oración del corazón: 21
Orgullo: 18
Pasado: 59
Pecado: 59
Pereza: 49c
Perfección: 2, 39, 58
Predilección: 1
Prójimo: 31, 33, 37, 38, 42, 49c, 50, 52, 53, 54, 57
Prudencia: 36
Pureza: 35
Rechazo: 49e
Reparación: 57
Ruina: 9, 27
Sabiduría: 45
Sagradas Escrituras: 21, 26
Salvación: 60
Santidad: 1
Sufrimiento: 8
Superioridad: 2, 33, 37, 38, 39, 42, 43
Tentación: 34
Testimonio: 30
Tristeza: 6, 49
Triunfo: 5